

Mis memorias

Dr. Pedro Vallina





Centro Andaluz del Libro & Libre Pensamiento

La idea de homenajear al Dr. Pedro Vallina con la reedición de su libro autobiográfico, tiene el sentido de recuperar la memoria de las personas silenciadas por la historiografía oficial (y no oficial), y con ella, la de tantas personas de gran calidad humana que no deberían caer en el humillante silencio. Decía el escritor Günter Grass refiriéndose a su Alemania natal, que existe la tendencia a reprimir el pasado, o a olvidarlo: un error en ambos casos, porque las generaciones nuevas preguntarán en voz alta por lo sucedido. Con nuestra historia reciente ocurre lo mismo: el principio de no "abrir viejas heridas" durante una época de transición en convivencia, ha comportado un coste en memoria colectiva. Uno de estos testimonios es el de Pedro Vallina, libertario, médico, que vivió intensamente la historia política y social de la España modelada con la Restauración, hasta que tras el definitivo exilio del 39, reorganizó su vida en Méjico. Tan intensa y abnegada fue su vida, que sólo cuando se encontró mermado de energía, a sus 88 años, y a sugerencia de un compañero y amigo temiendo que la inactividad en un hombre de su vitalidad fuera fatal, pudo dedicarse a este libro autobiográfico. Escrito con el mismo estilo de su personalidad y de su vida, la pulcritud definiría ambas características, es decir, la condición de esmerado, delicado, limpio, claro y directo. Cualidad que, en su actividad profesional, explica el enorme reconocimiento y admiración que se ganó allí donde

RECORDANDO AL
DOCTOR
**Pedro
Vallina**
CONSORCIO HONENAL PARA REEDUCAR SUS MEMORIAS
8-9 oct. 99

Secretaría de Formación
Calle Alfonso XII, 26. Sevilla
954 563 331



ejercía. Su maletín médico y sus cajas de libros acompañaron a Vallina, junto a su familia, por todos los exilios que vivió. Ambos están permanentemente presentes en su vida rememorada como exponentes simbólicos de su forma de entender la vida: en todo momento y en todo lugar tuvo Vallina una conducta llena de generosidad y de bondad para con la gente del pueblo, lo que no le impidió tener una clara e inteligente visión de las causas que provocan la pobreza, el sufrimiento y la ignorancia. Antes al contrario, una y otra están estrechamente unidas por una concepción ética de la vida que le compromete a combatir las miserias y las cadenas que impiden una sociedad justa y libre ●

Mis memorias

Dr. Pedro Vallina



Centro Andaluz del Libro & Libre Pensamiento

Edita: LIBRE PENSAMIENTO
C/. Sagunto, 15. 28010 Madrid.
Teléfono 915 931 628
CENTRO ANDALUZ DEL LIBRO
Polígono Industrial La Chaparrilla. Sevilla.
Teléfono 954 406 614

Diseño de cubierta: Jacinto Gutiérrez

Imprime: EDICIONES GRÁFICAS VISTALEGRE
Polígono Industrial Amargacena. Córdoba
Teléfono 957 421 616
E-mail: info@egvistalegre

I.S.B.N.: 84-88067-46-1

Depósito Legal: CO-513/2000

Recordando al Dr. Pedro Vallina: Convocatoria-homenaje para la reedición de sus memorias

Para quienes nos incorporamos a los movimientos sociales (obrero, sindical, vecinal...) en el tardofranquismo y primeros años de la transición, era frecuente la sensación de cierto vértigo por el vacío generacional con aquellos hombres y mujeres que protagonizaron un periodo histórico truncado por la dictadura militar. Vacío generacional provocado por la guerra (y la revolución) del 36-39 que tantas vidas se cobró y que llevó al exilio a decenas de miles de familias rotas; pero también por el olvidado exilio interior, el que sufrió las generaciones de la postguerra por las experiencias de cárcel, horror y miedo.

Vértigo por el vacío y, al mismo tiempo, curiosidad al acercarnos al territorio de la Idea a través de gente como Ramírez, León, Becerril o Vicente Vives ("los viejos"), recomponiendo una memoria fragmentada y sentida como una necesidad de salud pública y personal. Una memoria que se nos abría en toda su dimensión en *La revuelta permanente* de Baltasar Porcel y que echábamos de menos en latitudes más meridionales. Por eso, cuando vio la luz el libro de Antonio Rosado (*Tierra y libertad*) no pudimos sino apurarlo de un solo trago; o sentir una profunda admiración por la iniciativa de un centro de adultos de hacer un trabajo sobre la vida y obra de un hombre como Sánchez Rosa, y editarlo con su propio esfuerzo. Porque en ambos casos, además de sumergirnos en un pasado tan injustamente mal tratado, la memoria se mueve en coordenadas próximas, en un espacio familiar de ciudades, pueblos y calles habitadas y reconocibles.

El doctor Pedro Vallina ha sido una referencia constante, pero escurridiza en boca de los demás, como si necesitara para ser más real verla impresa en tinta, en los libros de historia, una historia imposible por repetidamente negada. Así que, cuando llegaron a Sevilla a través de Ramonín, hace unos veinte años, las primeras fotocopias de MIS MEMORIAS, circularon y se reprodujeron tanto que llegaron a hacerse ilegibles. Cuanto más familiar se hizo Vallina, más creció la grandeza del personaje y de los valores que encarnaba gente como él. Valores humanos, cívicos, simplemente. Hemos sufrido un secuestro de estos valores por el poder y la ideología religiosa que no es fácil desembarazarse de un cierto "síndrome de Estocolmo": al referirse a estos hombres y mujeres generosos y altruistas que constituyeron el movimiento libertario, es corriente el uso de un lenguaje con evidentes analogías religiosas, e incluso se proponen teorías que explican el peculiar arraigo en España del anarquismo, basadas en frustradas renovaciones espirituales. Al comprobar que hubo una época en la que la cultura libertaria formaba parte de la vida cotidiana, en el mundo

del trabajo, de las relaciones personales, de la literatura, etc., ensanchándose en un medio ideológicamente dominado por fuerzas poderosas (la religión, el estado, el dinero), nos hacía ver la magnitud de la regresión sufrida en medio siglo, y lo mucho que debían de cambiar las cosas.

Es éste el sentir con el que se puso en marcha la idea de un homenaje al Dr. Pedro Vallina: la recuperación de la memoria de las personas silenciadas por la historiografía oficial (y no oficial), y con ella, la de tantas personas de gran calidad humana que no deberían caer en el humillante silencio. Decía el escritor Günter Grass refiriéndose a su Alemania natal, que existe la tendencia a reprimir el pasado, o a olvidarlo: un error en ambos casos, porque las generaciones nuevas preguntarán en voz alta por lo sucedido. Con nuestra historia reciente ocurre lo mismo: el principio de no “abrir viejas heridas” durante una época de transición en convivencia, ha comportado un coste en memoria colectiva.

Con el mismo propósito se ha elaborado un proyecto que cuenta con numerosos apoyos en distintos medios universitarios, profesionales, y de asociaciones, y que espera contar con el respaldo de algunas instituciones: el denominado “Banco Audiovisual para la Historia Social de Andalucía”. Un proyecto para dejar grabados los testimonios de hombres y mujeres que hacen, de forma anónima, la historia en su más amplio sentido; un proyecto entendido como servicio público, como registro no sólo de acontecimientos históricos y sociales, sino también de cómo han sido vividos por la gente.

Uno de los testimonios que por fortuna nos ha sido legado en forma de autobiografía es el de Pedro Vallina, libertario, médico, que vivió intensamente la historia política y social de la España modelada con la Restauración, hasta que tras el definitivo exilio del 39, reorganizó su vida en Méjico. Tan intensa y abnegada fue su vida, que sólo cuando se encontró mermado de energía, a sus 88 años, y a sugerencia de un compañero y amigo temiendo que la inactividad en un hombre de su vitalidad fuera fatal, pudo dedicarse a escribir sus memorias. Dejó escritos dos tomos de sus memorias —publicados por Tierra y Libertad en Venezuela (1969) y México (1971)—, escritas con el mismo estilo de su personalidad y de su vida. La pulcritud definiría ambas características, es decir, la condición de esmerado, delicado, limpio, claro y directo. Cualidad que, en su actividad profesional, explica el enorme reconocimiento y admiración que se ganó allí donde ejercía. Su maletín médico y sus cajas de libros acompañaron a Vallina, junto a su familia, por todos los exilios que vivió. Ambos están permanentemente presentes en su vida rememorada como exponentes simbólicos de su forma de entender la vida: en todo momento y en todo lugar vivió Vallina con una conducta llena de generosidad y de bondad para con la gente del pueblo, lo que no le impidió tener una clara e inteligente visión de las causas que provocan la pobreza, el sufrimiento y la ignorancia.

Antes al contrario, una y otra están estrechamente unidas por una concepción ética de la vida que le compromete a combatir las miserias y las cadenas que impiden una sociedad justa y libre. Compromiso que llevó a cabo desde el ideario anarquista, una corriente del pensamiento de particular arraigo en España, tan fructífero en todos los campos de la creación social como perseguido (todavía no aniquilado) por los poderes públicos. A su extraordinaria implantación en España no es ajeno el profundo sentido ético que inspiraba el ideario ácrata; imagen que contrasta con la

interesadamente difundida imagen del terrorista individualista. Hasta tal punto que se asume sin más, como sinónimos, anarquía y desorden, produciéndose una curiosa inversión semántica dado que el desorden reside, más bien, en las condiciones estructurales del poder económico, político e ideológico dominante. Nada más lejos de la realidad, aunque sea cierto que en la sociedad de entonces las situaciones tan injustas provocaran conflictos y respuestas de defensa; pese a ello, fueron siempre las gentes del pueblo las víctimas.

El interés de esta obra y de su protagonista animó un proyecto de homenaje concebido bajo la fórmula de maratón mecanográfico para reescribir el texto de *MIS MEMORIAS*, junto a la celebración simultánea de conferencias-tertulias, y una exposición gráfica con el fin de ampliar la semblanza humana y política del Dr. Vallina. Dicho homenaje contó con la presencia de sus familiares, en particular de su hijo Harmodio y su compañera Sara y su nieta Xóchitl (residentes en México desde 1939, y a cuyo viaje contribuyó la Junta de Andalucía), así como Xilonén (otra nieta) y su marido Jordi. A todos ellos les debemos días emotivos además de agradecimiento por su apoyo moral y material.

La repercusión de dichos actos en los medios de comunicación revela la deuda que esta ciudad tiene con Pedro Vallina como hombre y como médico. También Cantillana vino a sumarse a este homenaje, así como otras iniciativas ciudadanas que convergieron en el tiempo, como la de dar nombre a una calle en Sevilla, o a un centro de salud. Pero, sin duda, el mejor homenaje es la propia reedición de este libro en la que han colaborado muchas personas desinteresadamente, y a quienes debemos público agradecimiento.

Esta edición reúne en un solo volumen los dos tomos de la edición original que comprende el relato autobiográfico, una serie de “temas diversos”, un apéndice de “correspondencia” y otro de “opiniones” sobre Pedro Vallina. El relato autobiográfico concluye en 1939, y serán los otros componentes del libro los que nos ofrezcan algunas pistas de su vida en México. El apartado de “opiniones” se ha incrementado con los prólogos a la edición anterior. La estructura original —más de 100 capítulos sin numerar— ha requerido una adaptación formal: su agrupación en ocho bloques que coinciden con momentos significativos de su vida, a los cuales se les ha otorgado el tratamiento de capítulo, teniendo los epígrafes originales la consideración de apartado.

La aportación que hace esta edición es ofrecer un cierto material complementario: las ilustraciones, dado que ha sido prácticamente imposible reproducir las originales; una ampliación de las “reseñas biográficas”, manteniéndose intercalados en el texto, con sus correspondientes ilustraciones, las que redactara Renée Lamberet para la versión original; y, finalmente, unos índices, por entender que las referencias a tantos personajes y la obligada movilidad son características que hacen especialmente atractiva esta obra.

Hubiera sido de gran interés un aparato crítico de cierto calado, y hasta necesario para darle mayor alcance a una trayectoria vital que discurre por numerosos acontecimientos de la vida política y social del primer tercio del siglo xx. Confiamos que con esta nueva edición se suscite el interés de historiadores, y propicie nuevas investigaciones sobre tan rico testimonio.

Sevilla, febrero del año 2000



Recordando al Dr. Pedro Vallina (Sevilla, 11-12 de octubre de 1999) en la sede de CGT.A (▲). Maratón mecanográfico (▲). La familia Vallina en el Parlamento de Andalucía (▼), antiguo Hospital de las Cinco Llagas, en el que ejerció el Dr. Vallina.



Prólogo a la nueva edición

Una sensación que suele dejar la lectura de estas memorias en aquellas personas que tengan alguna idea sobre la historia de Andalucía y de sus movimientos sociales es la de incredulidad. Una incredulidad que se basa en el siguiente razonamiento: cómo es posible que quien narra, muchas veces en primera persona y como coprotagonista, acontecimientos que están en los libros de Historia, de España y del mundo, no haya sido merecedor de una mayor atención por parte de la historiografía oficial. Más aún teniendo en cuenta los esfuerzos que, desde mediados de los setenta, se han hecho por recuperar la memoria después de los cuarenta años de oscurantismo.

La relación de esos acontecimientos es prolija: atentados contra Alfonso XIII en Madrid y París, entierro de Pi i Margall, movimiento antimilitarista europeo anterior a la I Guerra Mundial, primeros escauceos de la lucha por una Irlanda libre, conspiración en pro de la II República Española, candidatura "Por una Andalucía Libre" en Sevilla en las elecciones generales de 1931, movimiento revolucionario tras el triunfo del Frente Popular, etc. Eso, sin contar con su activa participación en otros hechos de ámbito más local como son la lucha contra la tuberculosis en Sevilla y, en clara unión con ésta, contra los abusivos propietarios de viviendas en Sevilla, algunos de los levantamientos campesinos del primer tercio del siglo, etc.

Evidentemente, no puede ser objeto de este prólogo desvelar ese misterio, pero valga lo dicho como muestra de la profundidad del corte histórico que supuso el franquismo y la necesidad que tenemos, aún hoy, de investigar y profundizar en el conocimiento de lo que pasó antes de él a fin de que la Historia cumpla algo que dicen que es parte de su función, ser maestra del futuro.

En esto, las memorias de Pedro Vallina son un ejemplo encomiable, tanto en los aspectos que todos aceptamos como positivos de su vida (su absoluta dedicación a los más débiles, su honradez, su profundo sentido humanitario, su talante poco dogmático a la hora de juzgar a las personas, etc.) como en aquéllos más opinables, como puedan ser su recurso a la acción directa, su profunda ideología anarquista o su crítica feroz contra las clases dirigentes de Sevilla (en lugares destacados su "inteligentzia" y su clerecía) y contra los "valores" de sus clases populares. Igualmente encomiables pueden considerarse estas actitudes porque, al hacer análisis de las injusticias, Vallina coincide con personajes de talante liberal, con cristianos y con analistas ecuanímenes, en señalar los motivos esenciales del ansia revolucionaria: las actuaciones y comportamientos inhumanos de los déspotas, los explotadores, los que someten al pueblo a la ignorancia y los que mantienen o toleran las tremendas situaciones de injusticia que se dan en la España y en la Andalucía de esa época.

En Vallina el anarquismo no es una ideología, es una concepción vital en la que el avance de la Humanidad hacia la civilización está basado en los valores del trabajo, en la inteligencia aplicada a la mejor forma de resolver los problemas y en la prevalencia del espíritu fraternal entre todos los hombres. Pese a todo lo ocurrido, seguía proclamando los principios de la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad, colocando la igualdad económica por encima de los demás. Pero también consideraba que la historia de la humanidad era un constante desviarse de esos principios y que sólo vivir conforme a ellos podía suponer la recuperación de la senda perdida. De ahí que fuera tan importante dar ejemplo con la propia forma de vivir.

Aunque el mantenimiento de esos principios sólo era patrimonio de los anarquistas, no desdeñaba los comportamientos honrados de los demás. En estas páginas se encuentran ejemplos como su admiración por el sistema democrático inglés, sus comentarios elogiosos de personas a las que define como “hombre de negocios librepensador”, por curas de pueblos en los que vivió, etc. Tiene, por otro lado, frases ambiguas como cuando, refiriéndose a un cura de su pueblo, dice que “...había equivocado el camino de la vida y en vez de seguir la doctrina de Cristo, que lo hubiera hecho un hombre feliz, siguió la del demonio, que lo llevó al infierno”. Lo que no es óbice para que tenga claro que la Religión y la Iglesia son enemigos del pueblo.

Y esto es así porque Vallina no es un pensador, ni un analista, ni un teórico. Vallina es una persona a la que le sublevan las injusticias, tanto se trate de un médico anclado en conocimientos arcaicos que boicotea el trabajo de quienes tienen ideas nuevas, como de un religioso que pretenda que las enfermedades son castigos divinos, como de un propietario de viviendas que vive de sus rentas, como de un político que no detecta que la satisfacción de las demandas del pueblo son la mejor garantía para el éxito de un sistema. Y esa indignación, más moral que otra cosa, no se para en analizar si ahora es conveniente o no lo es para una determinada actuación, porque el tamaño de la injusticia no admite más que el que se la combata.

La época que le tocó vivir a Vallina es, desde luego, propicia para esa forma de enfrentarse a los problemas sociales. Hijo intelectual de los revolucionarios republicanos y federalistas españoles y de los anarquistas de la I Internacional, se relaciona con las diversas familias de anarquistas europeos y se esponja tanto de los partidarios de “la propaganda por el hecho” (en París) como de los comunistas libertarios (en Londres). Cuando vuelve a España después de doce años de exilio, se zambulle en una Sevilla arcaica, sin vida intelectual, con terribles injusticias sociales, con epidemias ya erradicadas en los países europeos que conocía y, para más *inri*, sin una clase trabajadora que sea “firme y constante en el combate”, como dice en un momento. Y aquí, la situación de los campesinos sin tierra, explotados casi como esclavos y de los vecinos que mueren a decenas por la desidia de quienes deben velar por su salud, le produce la indignación que será la base de su vida revolucionaria en este periodo.

Pero sus años de Sevilla (mezclados con constantes destierros a Extremadura, a Marruecos, Navarra, Lisboa...) ya no presentan al mismo activista que fabricaba bombas en París para el movimiento revolucionario en España, o trabajaba para el movimiento independentista irlandés o preparó su marcha a Portugal para trabajar por la revolución a la caída de la monarquía en este país. Su amigo y discípulo Antonio Rosado dice en sus memorias que “no fue nunca amigo ni vio con buenos ojos...

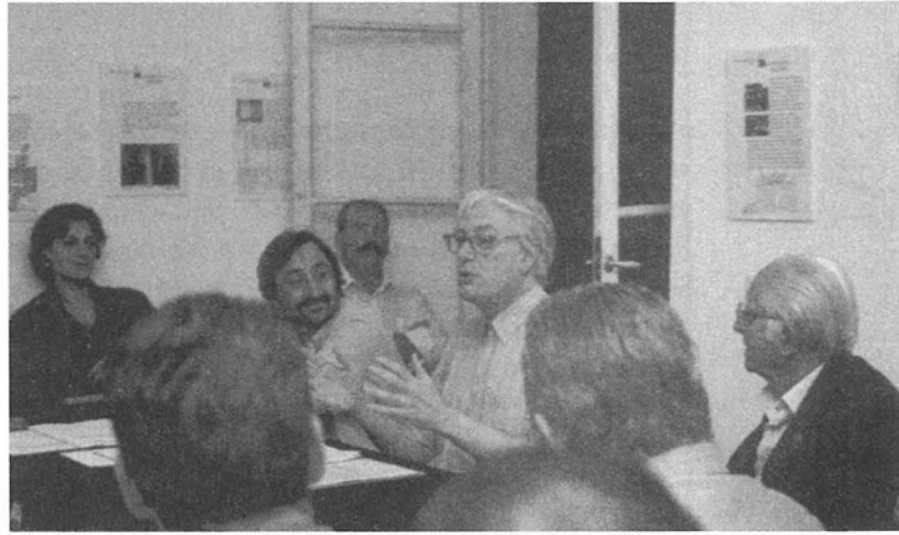
a los petardistas dinamiteros”, lo que parece colocarle muy lejos de sus actividades juveniles. Su también íntimo amigo Blas Infante dice que “es preciso concluir de una vez para siempre con la leyenda del «Tigre» como los privilegiados denominan a Pedro Vallina”. En otro momento, es capaz de presentarse en el Gobierno Civil de Sevilla (que le acusa de preparar una matanza al mismo tiempo que, efectivamente, se prepara un torpe levantamiento jornalero) para acusar a su titular de lo que pueda ocurrir, y pedir a los campesinos a través de un periódico que no participen en la insurrección, porque está provocada para deslegitimar a la República y permitir la represión de la organización cenetista.

En el plano político, él mismo señala su papel de hombre que, tras una entrevista con el que sería primer presidente de la II República, Alcalá Zamora, llega a Sevilla como enlace con el comité revolucionario que se ha creado en Madrid para proclamar la República con motivo de las elecciones municipales de abril del 31. Por otro lado, su apoyo a la candidatura andalucista de Blas Infante, aunque sin compartir totalmente sus planteamientos, es sincera y comprometida, arriesgando su prestigio entre los cenetistas, poco dados entonces a la participación electoral. Y aunque la justifique en que al mismo tiempo se preparaba un levantamiento, las contradicciones que se encuentran en estas memorias al respecto parecen apuntar a que se trate de una justificación posterior o un planteamiento parcial de alguno de los participantes en la candidatura.

Todo lo cual nos presentan a un Pedro Vallina con muchas facetas, con muchas aristas que, sin embargo, se reducen a una sola cuando se trata de actuar en la vida personal: es el médico sabio que descubre las causas de la insalubridad de la ciudad, que las combate al tiempo que lucha por desenmascarar las condiciones sociales que la hacen posible, que denuncia a los que son tolerantes con esa situación, que encabeza el movimiento popular por su solución y que trabaja —hasta llevando las cuentas— para mantener una lucha en la que él no va a conseguir nada. Es también el médico que atiende a quien lo necesita a cualquier hora del día, que es capaz de no salir de casa de un enfermo hasta que ha dejado limpia la habitación donde yace, que se despreocupa de su supervivencia hasta el extremo de que haya días en los que su familia no come más que una vez y gracias a la generosidad de algún vecino, pero dispone de la escasa fortuna de su familia para contribuir a la construcción del Sanatorio Antituberculoso de Cantillana, en el que ningún atendido tiene la obligación de pagar si no puede hacerlo.

Es a esta última faceta, en exclusiva, a la que dedica la última etapa de su vida, en un momento de evolución vital en el que ya no debe albergar muchas esperanzas de que triunfe su ansiada revolución. Si antes siempre espera que su comportamiento pueda contribuir a levantar la fe revolucionaria del pueblo, es ilógico pensar que ésta sea la motivación de su altruista tarea con los nativos del estado mejicano de Oaxaca, a cuya situación sanitaria dedica el resto de sus casi treinta años de vida. Es aquí, pues, donde destaca sobremanera la fuerza vital que le impulsó toda su existencia y la que algunos (entre ellos su buen amigo Blas Infante) han destacado: su ideal de una revolución civilizadora que traiga la cultura y el bienestar a toda la Humanidad sobre la base del trabajo, la inteligencia y, sobre todo, la igualdad y la fraternidad. Una revolución que él no vio realizada en la sociedad pero que parecía acompañarle allá donde fue porque él sí la vivió.

MARTÍN RISQUEZ



En los pueblos de la Siberia extremeña (Peñalsordo, agosto de 1999), recogiendo testimonios sobre el Dr. Vallina (▲). Conferencias-tertulias con Antonio-Miguel Bernal, Sebastián de la Odra y José Luis Gutiérrez, presididas por Harmodio Vallina (▶). Con la familia Domínguez Villalba en el antiguo sanatorio de Cantillana (▼).



[1]

- Guadalcanal
- Sevilla
- Cádiz
- Madrid



Guadalcanal

Mi nombre es Pedro Vallina Martínez, y nací en Guadalcanal, provincia de Sevilla, el 29 de junio de 1879. Mi padre era asturiano y de muchacho marchó a pie a Sevilla, con otros de su edad, en busca de ocupación. Allí tenía un tío que lo orientó al llegar. Mi madre era andaluza, de Cantillana, provincia de Sevilla. Después de casarse se fijaron en Guadalcanal y llegaron a reunir una pequeña fortuna, estableciendo una confitería y cultivando unas fincas campestres que fueron comprando. Eran en extremo buenos, trabajadores infatigables y queridos por todos. Gastaron lo que tenían en la educación de sus hijos y en la lucha que yo sostuve por el triunfo de la libertad y de la justicia social en España.

Aquel matrimonio tuvo siete hijos, cuatro murieron de corta edad, y quedaron dos hermanas, una, Rocío, murió muy joven, de paludismo mal atendido, y otra, Natalia, quince años mayor que yo, consagró su existencia a mi cuidado, y me acompañó a prisiones y destierros. Un hermano, Juan Antonio, diez años mayor, era en extremo bondadoso, muy instruido, ateo, republicano federal y por último anarquista. Consagró su vida a una labor pedagógica, y murió en Igualada, Cataluña, durante la guerra civil, donde se encontraba al frente de una expedición de niños, llevados de Madrid.

Mi pueblo, que contaba entonces con 5.000 habitantes, estaba situado en un escabroso valle de la Sierra Morena, fronterizo con la provincia de Badajoz. Al norte lo limitaba la Sierra del Viento, al sur la Sierra del Agua, y al oriente y poniente elevados montículos que cerraban el horizonte. En las tierras soleadas del sur, se daba el naranjo, y en las umbrosas del norte, el castaño. El paisaje era encantador y desde niño lo recorría y admiraba. Este amor a las bellezas campestres lo he conservado toda la vida. La riqueza agrícola y pecuaria estaba por explotar. Había minas de plata, cobre y hierro; estas últimas se trabajaban en pequeña escala y por temporadas. En la Biblioteca Colombina de la Catedral de Sevilla leí una obra en tres gruesos volúmenes, titulada *Memorias de las minas de plata "Pozo Rico" en Guadalcanal*, y había quien aseguraba que de ellas se extrajo tanta plata como llegó de América. La industria única entonces era la fabricación de aguardientes, factor importante en el embrutecimiento y degeneración de la gente. Después de algunos años de ausencia volví a

mi pueblo, y pude observar que jóvenes de mi edad estaban en ruina física y moral por el abuso del alcohol.

Las calles del pueblo eran rectas, y las casas construidas de piedra, con balcones y ventanas, donde no lucían las flores como en otros pueblos de Andalucía. Las casas de los pobres estaban muy mal construidas con adobes y tapias, y se venían abajo en los fuertes temporales. El empedrado faltaba a trechos, sustituido por charcos cenagosos; las farolas de petróleo de las calles se encendían pocas veces. Lo que abundaba extraordinariamente era el agua que bajaba de la sierra. Había una plaza espaciosa, adornada con naranjos, que tenía una fuente de agua potable que surtía con exceso a la población, y le sobraba líquido para regar las huertas vecinas, ricas en verduras y frutas. Además había otras fuentes y pilares en los alrededores del pueblo. La higiene más elemental era desconocida; a orillas del pueblo se amontonaban las estercoleras, recogidas y vendidas por las viudas y los huérfanos a los campesinos pudientes; los animales muertos eran arrojados a charcos pestilentes. Detrás de las ruinas de un palacio señorial se amontonaba la basura y aquel lugar servía de retrete público al aire libre. La mortalidad era muy alta, sobre todo en la infancia, y la fiebre tifoidea era endémica.

El personal en su mayoría valía poco y no aspiraba a otra cosa que a vegetar. La propiedad de la tierra estaba en las manos de unos pocos, los más malos y brutos del lugar. Los ricos holgazanes pasaban el día en el casino, hablando tonterías; los artesanos, las noches en las tabernas, y los pobres jornaleros sin tierra ni pan, vivían miserablemente, ganando una peseta cuando encontraban trabajo. Había un pequeño número de montañeses llegados de fuera, como mi padre, más civilizados, de ideas libres y dedicados al comercio. Las mujeres de los ricos hablaban como cotorras, se visitaban entre ellas, y organizaban fiestas religiosas, bailes y corridas de toros. Las mujeres de los pobres servían de criadas y de lavanderas, y en la cogida de la aceituna ganaban cincuenta céntimos, escasamente para una mala comida. En aquel ambiente monótono las fiestas anuales eran esperadas con impaciencia. La más distraída era la de Semana Santa, en la que salían varios pasos, caricaturas de los de Sevilla. Se hacían las cosas a lo vivo. A "Judas" se le perseguía y apedreaba, escapando vivo por la ligereza de sus pies. Se detenía a un viejo mendigo, se le encerraba en un calabozo y al día siguiente un cura le lavaba los pies. Una buena moza, que gritaba fuerte, hacía de Verónica y en la plaza pública cantaba y limpiaba las lágrimas a la Virgen. Pero sobre todo, el sermón de las cuatro horas era imponente. Se traía a un predicador de fama y todas las damas acudían emocionadas con sus mejores atavíos a escuchar su "santa" palabra. Se bebía mucho aguardiente y se comía ricos dulces preparados con la miel de la sierra.

En aquella época todos los años se sorteaban los mozos que les tocaba servir al rey, y el que no sacara buen número, tenía que ir al cuartel por tres años si no podía pagar una cuota de 1.500 pesetas que les libraba de aquella servidumbre. El año que entró en quinta mi hermano, cuando llegó la noticia que había sacado buen número, mi madre sacó de un escondite una caja llena de moneditas de oro por valor de 1.500 pesetas que durante años había ido reuniendo para librar a su hijo. Y así en casi todas las familias pudientes del pueblo, porque la contribución de sangre era odiada y no faltaban los tumultos al grito de "¡Abajo las quintas!"

Aquel ejército español no servía más que para amordazar al pueblo, y por otra parte lo iban arrojando con la punta del pie de todas las colonias, las últimas Cuba y

Filipinas. Las guerras en Marruecos eran frecuentes, a veces catastróficas, pero servían a los militares para ganar galones y vender las armas al enemigo, y al final para reclutar mercenarios e invadir España.

Esta contribución de sangre, la más temida, se cobraba una vez por año, pero cada trimestre pasaban por allí unas sanguijuelas, los cobradores de contribuciones, que chupaban al pueblo hasta la última gota de sangre.

El Ayuntamiento no era nombrado por el pueblo sino por el cacique, que escogía a los más pillos y se quedaban con todos los ingresos municipales, faltando la luz y el empedrado. El Juzgado Municipal era una cosa por el estilo; el juez sólo atendía a los más influyentes. Lo que allí estaba en su puesto era el cuartel de la guardia civil, para proteger a los ricos y atemorizar a los pobres con sus procedimientos crueles.

Desde niño me fijaba en la conducta de los más ricos del lugar, que hacían de caciques, y llegué a la conclusión que el rico era un ladrón o el hijo de un ladrón, frase acertada atribuida a San Basilio. Uno de aquéllos llamado Castelo, había estado con otro hermano empleado en Filipinas donde además de robar a los nativos, parece ser robaron y asesinaron a un viejo chino. Volvieron a Guadalcanal y uno se dedicó a la usura y a la conquista de buenas mozas, engendrando varios hijos de aquellas infelices mujeres. El otro hermano murió loco, según se decía atormentado por los crímenes que había cometido en Filipinas. Los Castelos tenían una hermana muy bella y una vez que pasó por el pueblo un político se la llevó de querida, colocando a los hermanos en las islas Filipinas.

Otro de los más ricos era un canónigo llamado "El Padre Mariano", que vivía en un palacio de mármol que hizo construir, en el que tenía un suntuoso harén de mujeres. Un hermano del canónigo, llamado don Curro Arriva, que frecuentaba mi casa, le contó a mi padre lo siguiente: "Mi hermano tenía en el cercano pueblo de Llerena relaciones amorosas con una beata muy rica, y ésta le entregó un tesoro de oro y alhajas que tenía. Un día me lo hizo ver y quedé asombrado de tantas riquezas, mientras me decía «esto será para ti, pues no tengo otros herederos, así que puedes dejar tus estudios de abogado y ocuparte de administrar la que será tu futura hacienda». Así lo hice, y cuando murió lo había gastado todo en sus vicios, no quedándome más que gastos y disgustos. Un banco se incautó del palacio y de la finca de campo San Miguel, con capilla y todo, que valía por lo menos dos millones de reales. Si hubiera infierno —terminó diciendo el amargado don Curro—, mi hermano estaría ardiendo en el peor sitio".

* * *

La religión católica, de la peor índole, dominaba en el pueblo. Había tres grandes iglesias parroquiales con altas torres cuadradas de piedra provistas de campanas que en los días festivos atolondraban al vecindario, pues había una pugna de los monaguillos por ver quién tocaba más fuerte. La iglesia de Santa María estaba unida a un antiguo palacio en ruinas, del que se conservaba un alto arco de piedra, en cuyos pilares habían grabado dos guerreros o santos, que los muchachos apedreábamos con frecuencia, tomándolos por judíos. Además había pequeñas capillas como la Concepción, San Vicente, San Benito y la Caridad. Había un convento cerrado, el Espíritu Santo, en el que últimamente se colocaron unas monjitas para educar a las

niñas de los ricos. En las ruinas de un antiguo convento de San Francisco se hicieron excavaciones y se sacaron numerosos cráneos de frailes, que nos sirvieron para tirar al blanco con balas. A más de cuatro kilómetros de la población se conservaban bien atendidas las capillas de San Miguel y de la Virgen de Guadalupe, patrona del pueblo, donde los devotos iban de romería. Por lo visto los habitantes de aquel pueblo respiraban una atmósfera de peste religiosa.

Una de las ceremonias religiosas que más se han grabado en mi memoria era la del célebre Rosario de la Aurora. Las noches de invierno solían ser imponentes en aquellos pueblos de la sierra. Yo era muy niño y me despertaba en mi camita asustado por el ruido del viento y de la lluvia. En el silencio de la noche, interrumpido a ratos por los elementos desencadenados, se oía a lo lejos el sonido de una campanilla que se iba acercando lentamente hasta pasar frente de mi casa. Era uno de los hermanos del Rosario que tenía la misión de despertar a los otros para que se reunieran en la iglesia de San Vicente. La campana de aquella iglesia lanzaba sus escandalosos sonidos, unidos a los del viento y de la lluvia. Cuando estaban todos los hermanos reunidos sacaban en procesión a la Virgen del Rosario, y allí iban por aquellas calles gritando como locos. Se detenían en su marcha en las casas que les dejaban en las ventanas algunas monedas, y arreciaban con sus cantos; entraban en las casas de los enfermos y de los muertos, aumentando sus oraciones con una exaltación extrema. Luego supe que uno de los motivos que unía a los hermanos del Rosario, antes de partir para sus labores del campo, era la cantidad grande de aguardiente que consumían en la sacristía de la iglesia, acicate de las voces y lamentos que daban por las calles del pueblo.

De vez en cuando el jolgorio religioso llegaba hasta el paroxismo, cuando aparecían por allí los padres misioneros, tan deseados por las mujeres. Eran unos frailucos que colocaban una tribuna en la plaza pública y allí se despachaban a su gusto vociferando como energúmenos. Y llegaban a ejercer una influencia extraordinaria en las mujeres, que por oírlos abandonaban sus quehaceres domésticos más urgentes. “No se vayan ustedes, padres misioneros”, les gritaban las mujeres al marcharse, y a uno de ellos le descompusieron un brazo, tratando de detenerlo.

Hay que advertir que las mujeres del pueblo se desvivían por las sotanas y corrían detrás de ellas, así que no pasaba sacerdote que no dejase una santa descendencia. Uno de estos curas tenorios, joven y guapito, se dedicaba activamente a la tarea de multiplicar la especie con extraordinario éxito; tuvo un hijo del ama de la casa de huéspedes en que paraba, una jamona sin cejas que tenía fama de fea. El escándalo tomó tales proporciones que el obispo de Sevilla, hombre ilustrado que conocía el neomalthusianismo, acabó por trasladarlo del pueblo e inutilizarlo para que no siguiera como cura engendrando seres humanos sin preocuparse de quién tendría que mantenerlos.

Cuando era grandecito, un día me contaron mis padres cómo se habían separado de la religión católica, rechazando las otras, tan falsas como ésta. En frente de la casa que tenían se encontraba la iglesia de San Sebastián, y una vez arrendaron unas habitaciones al cura que vivía con un ama o querida. Cada vez que nacía un niño a término de aquella santa pareja, lo ahogaban al nacer y luego lo descuartizaban y lo arrojaban al retrete.

Una vez se cometió un robo en aquella iglesia, llevándose el ladrón oro y plata en abundancia. El ladrón era el cura que después hizo una fábrica de monedas falsas,

dejando enriquecidos a sus herederos, que derrocharon el capital en el alcohol, el juego y la prostitución.

En las iglesias no sólo se encontraban el oro y la plata, sino también los objetos de arte antiguo que se vendían muy bien a los ingleses y americanos. En 1914 me encontraba en Londres y me había acogido a una amnistía dada con motivo de la guerra. Fiel visitador de los museos, el día antes de salir de Londres, visité un Museo de Arte Antiguo que se abría al público, y cuál sería mi sorpresa al contemplar numerosos objetos que se habían comprado en las iglesias de los pueblos de Andalucía, probablemente vendidos por los curas párrocos. Y el negocio siguió con los pocos objetos artísticos que quedaban, pues mientras me encontraba en Guadalcanal desapareció de la iglesia de Santa Ana, robado por el cura, para venderlo a los ingleses, una bella escultura de San Joaquín, tallado por el famoso Alonso Cano.

* * *

De los recuerdos de mi niñez conservo dos que influyeron mucho en la conducta moral que he observado toda mi vida y que voy a relatar a continuación:

La primera vez que hice conocimiento con la guardia civil tendría yo de 5 a 6 años de edad y era tan pequeño que todavía mi padre me llevaba en sus hombros a la cama, cuando la familia se retiraba a descansar. Sin embargo, me impresionó tanto la escena que voy a contaros, y se grabó de tal manera en mi cerebro, que parece que fue ayer cuando tuvo lugar, por lo claro que apercibo las imágenes que se sucedieron entonces.

Era una noche muy mala de invierno y el agua y el viento azotaban con furia nuestra vivienda. Los inviernos eran terribles en el pueblo andaluz en que vivíamos. La familia, sentada, rodeaba la camilla, una mesa redonda vestida con bayeta y cubierta por hule, en cuyo interior había un brasero que caldeaba la estancia. Cada uno se ocupaba en silencio de sus labores, leyendo unos y cosiendo las otras. Pero de improviso penetraron en la estancia dos hombres extraños, que yo no había visto hasta entonces y que en el futuro habrían de seguirme siempre, como la sombra al cuerpo: era una pareja de la guardia civil.

Vestían un uniforme de color azul, un capote de tela gruesa y un sombrero de hule; cada uno llevaba en sus manos un fusil y de la cintura colgaba una bayoneta. Eran de edad madura, altos de cuerpo, de rostro duro y amenazador y de grandes bigotes negros. Después supe que eran guardias civiles, los más fieles guardadores del orden social y del dinero de los ricos. Entre ellos venía encuadrado un joven campesino, como de veinte años de edad, un jornalero andaluz, la mayor parte del año sin trabajo, que más tarde había de ser mi fiel compañero de luchas, pobremente vestido, descalzo y con un saco pesado sobre sus espaldas. El agua de lluvia, que caía a torrentes, lo había empapado de pies a cabeza, lo que le daba un aspecto más miserable. Aquel joven de cara agradable, de frente despejada, de tez morena, de ojos grandes y negros, enmarañado cabello del mismo color, no tenía razón de temor, y sus ademanes eran modestos, y su mirada tranquila y penetrante. Como si fuera consciente de una conducta irreprochable.

Uno de los guardias civiles se dirigió a mi padre y, señalando al pobre campesino, le dijo: "Hemos cogido a este ladrón robando castañas en su propiedad y aquí lo traemos para que usted lo conozca, antes de pasarlo por el cuartel (para darle una paliza) y llevarlo después a la cárcel".

—Pongan ustedes en libertad a ese hombre —contestó mi padre con voz firme—, que no es un ladrón, sino un honrado campesino, muy pobre como todos los de su clase, por carecer de tierra que cultivar ni trabajo que hacer. Yo le di un permiso verbal, como a tantos otros, para que cogiera castañas y no pasaran hambre este invierno.

La guardia civil, que ya sabía cómo se pensaba y obraba en aquella casa, aceptó con incredulidad la orden de mi padre y puso en libertad al labriego, que se marchó a toda prisa con el saco de castañas para que las comieran los suyos.

Poco después llegó a casa el padre del joven acusado del robo de las castañas, un anciano campesino de pelo blanco encorvado por el peso de los años y de un trabajo abrumador, con los ojos llenos de lágrimas, y después de dar las gracias a mi padre, con voz entrecortada por los sollozos, quiso besarle la mano y arrodillarse a sus pies, lo que éste impidió, advirtiéndole que no había motivo por su parte de agradecimiento, porque él había obrado en justicia y como su hijo merecía. Mi hermano, aunque muy joven, conocía las ideas de Proudhon y de Pi y Margall, y le dio al viejo campesino una ligera plática sobre la injusticia de la propiedad privada y lo invitó a combatirla con energía, uniéndose para eso con sus compañeros de infortunio.

Cuando salió el anciano, entonces erguido y reconfortado, mi padre y hermano comentaron lo ocurrido, que yo escuchaba con atención, y supe que había unos hombres, los campesinos, condenados a la miseria y a la esclavitud, como había otros hombres, salidos también del pueblo, los guardias civiles, convertidos en mercenarios y en verdugos de sus propios hermanos y al servicio incondicional de los que habían despojado al pueblo de sus tierras.

Y desde aquel momento, no vacilé y tomé el partido de los primeros, de los campesinos, que me abrieron sus brazos como hermanos, en contra de los segundos, de los guardias civiles, al servicio de los malvados, que me han perseguido con saña toda mi vida.

El crimen monstruoso de apoderarse de la tierra, que es de todos, por unos pocos explotadores, engendró otro crimen mayor, la rotura de la ayuda y la división de los hombres en esclavos y verdugos, ambos extraídos del pueblo trabajador, sin libertad, sin tierra y sin trabajo.

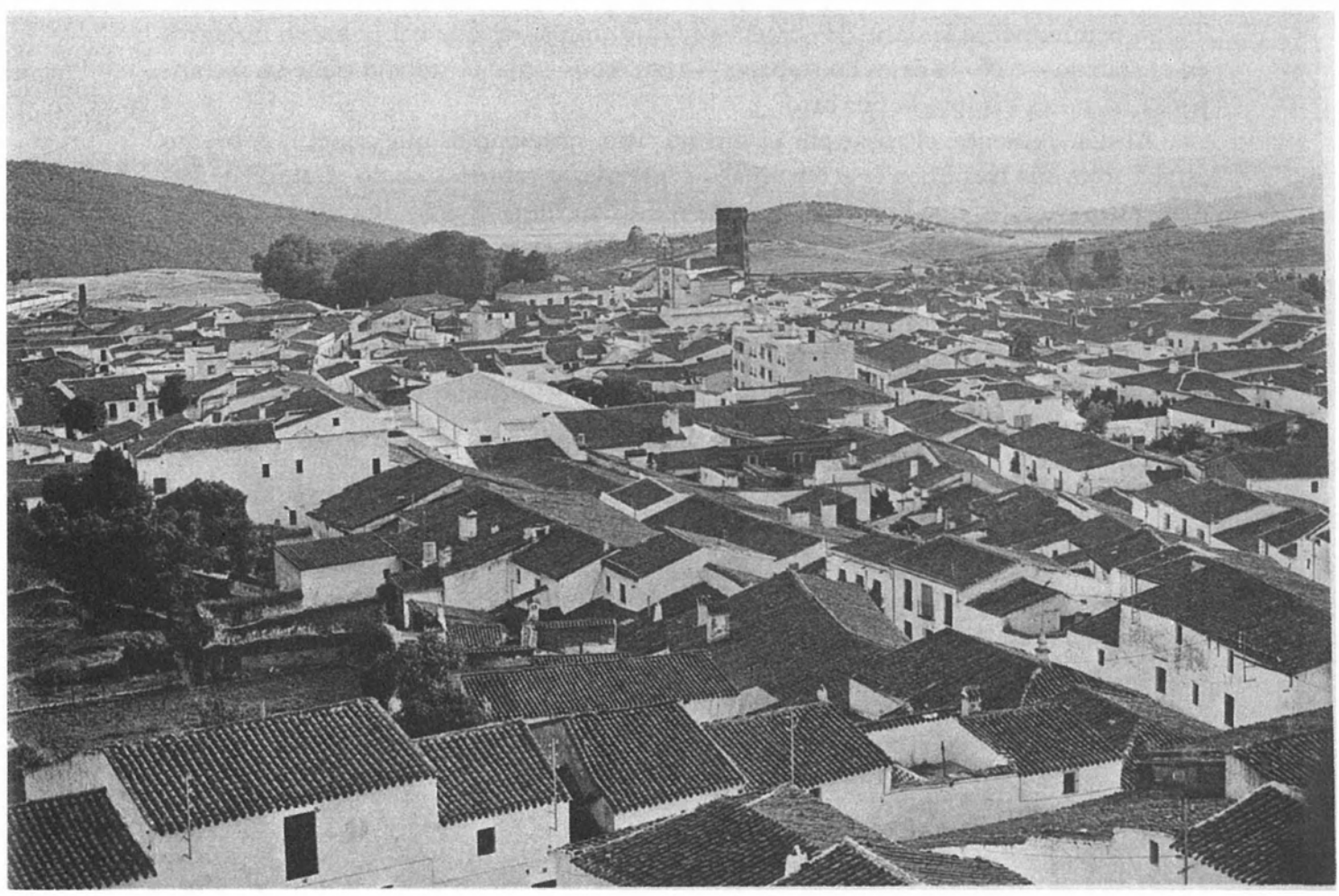
En otra ocasión, mi padre fue llamado con urgencia a una fábrica de harinas y aceites que había en aquel pueblo, y el gerente le comunicó que el encargado de su campo lo estaba robando en la cogida de las aceitunas, depositándolas en otro lugar que en el suyo, y como dudara de lo que le decían, lo llevaron a un piso alto y desde una ventana se apercibió del fraude de su empleado. Como no había lugar a dudas, el gerente ordenó la detención inmediata del ladrón, a lo cual mi padre se opuso resueltamente y consiguiendo que aquel hecho no se divulgara y que su encargado siguiera en el mismo puesto que tenía hasta que se terminase la cogida de las aceitunas. Si no hubiera sido así, aquel hombre, después de recibir una tremenda paliza en el cuartel de la guardia civil, hubiera sido condenado a varios años de prisión, y después de su salida de la cárcel a no encontrar trabajo con facilidad.

Mi padre era anarquista sin saberlo, como tantos otros, y hubiera vivido feliz en una sociedad anarquista.

* * *



Partida de nacimiento de Pedro Vallina (▲).
El paisaje de su infancia, Guadalcanal, en la Sierra Morena sevillana (▼ ▶).



En aquellos pueblos andaluces, los hombres que tenían algún desahogo económico, pasaban más tiempo en el casino que en su casa, por lo general hablando necedades. Mi padre aborrecía el casino, como después sus hijos, considerándolo un centro de vagos, y nunca lograron atraerlo a aquel lugar. En cambio, siempre que tenía algunas horas desocupadas las pasaba en el campo labrando la tierra.

Entonces poseía una bella finca campestre, a cuatro kilómetros del pueblo, con olivar, huerta, viña, árboles frutales, muchas flores y varios estanques con agua cristalina para regar las siembras. Todas las noches llevaban a mi casa una carga de flores olorosas que perfumaban la estancia y servía a las mozas para adornarse el cabello. Por lo general acompañaba a mi padre en sus paseos, unas veces a pie y otras montado en una borriquita blanca que era mi delicia. En los lugares agrestes mi padre me cogía de la mano, pero en los llanos la borrica corría delante y saltaba como una cabrita. ¡Qué tiempos aquellos! Pero después huyó la alegría y la vida se fue ennegreciendo, al vivir en el manicomio de los hombres.

El camino era pedregoso, y en algunos trechos bordeado por toscas paredes de piedra que lo separaba de ricas fincas sembradas de olivo. Por lo general era estrecho, pero en un lugar se ensanchaba en forma oval, limitando un espacio de unos 200 metros de largo y 150 metros de ancho. Este terreno era estéril por lo rocoso, con escasas yerbas y algunos matujos sequerones, que con dificultad aprovechaban la cabra o algún asno hambriento. Ni un hilo de agua corría por aquella sedienta tierra.

Un día que pasábamos por allí, pudimos observar a un hombre que marchaba de un lado a otro, como si buscara algo en el suelo. “¿Busca usted algo?”, le preguntó mi padre por curiosidad, viéndole en actitud tan extraña.

—Exploraba esta tierra que no tiene amo —le contestó—, y que produciría sus frutos, a condición de que se la trabajase duro.

—Seguramente le daría de comer —le dijo mi padre, que había hecho milagros en el trabajo—. No la dejes de trabajar —continuó— que el trabajo tiene su recompensa, si no es explotado por otro.

Al día siguiente, al pasar por el mismo sitio, observamos que aquel hombre no estaba solo, sus tres hijos le acompañaban, grandes y robustos como el autor de sus días. Por los gestos que hacían parece que discutían sobre el plan de trabajo a seguir. Después volvieron con sus instrumentos de labor y se pusieron a trabajar la tierra, silenciosos y sin contestar a los curiosos que los interrogaban al pasar por el camino.

Fueron triturando las rocas blandas, como la pizarra, y respetando, por necesidad, las duras como el granito. Los huecos pequeños que quedaban entre las rocas los rellenaron de tierra y los sembraron de árboles. Se abrió un pozo del que manaba abundante agua potable; se construyó una alberca; se cerró el terreno cultivado con una pared hecha con las piedras que arrancaron de la tierra.

Como era un lugar de mucho paso, todos los que por allí transitaban se detenían un rato y conversaban sobre lo que se hacía. Primero era la burla, después el respeto, y por último, la alabanza. Pero estos hombres imperturbables continuaban su trabajo en silencio y sin preocuparse del juicio de los otros. Como se hablaba mucho del esfuerzo de aquellos campesinos, se llamó a aquel lugar la “Huerta de las conversaciones”, y todavía conserva ese nombre.

Pasaron los años y contemplamos, convertido en vergel, lo que antes era un erial. Había una huerta que producía toda clase de legumbres; había árboles frutales de los

que se daban por allí: higueras, manzanos, perales, melocotones, ciruelas, membrillos, etc., algunos olivos y una viña. Una casita blanca, rodeada de enredaderas y flores de todos los colores, servía de vivienda a la familia. Y seguían aquellos hombres trabajando la tierra que les daba para vivir sin someterse a la esclavitud del salario.

Haría falta la pluma de un Víctor Hugo para describir a aquellos trabajadores de la tierra, como había descrito a los trabajadores del mar. Y siempre que pasábamos por allí, se detenía mi padre en el camino y saludaba de lejos con el sombrero a unos hombres, que según me decía, son a los que debe premiar la humanidad, no a los sangrientos guerreros y conquistadores.

El caso a que me refiero no era raro en Andalucía y Extremadura. Lo observé con frecuencia.

En la provincia de Badajoz, lindando con la de Ciudad Real, había varios montes altos y escarpados, muy difíciles de trabajar, que nadie aprovechó ni reclamó como suyos. Los trabajadores de la tierra los cogieron ansiosos y se pusieron a trabajar como desesperados, y sembraron olivos hasta las más altas cumbres, y los valles de huertas y árboles frutales, con mejor tierra y abundante agua. La labor fue muy dura, pero el trabajo rindió abundantes frutos, y lo que era un erial se convirtió en un rico vergel. Los exquisitos frutos de aquel lugar abastecieron al mercado de la ciudad de Almadén.

En mis correrías por los lugares más apartados de Sierra Morena me encontraba con familias de campesinos que habían cogido un pequeño rincón de tierra abandonado al margen de una extensa finca de propiedad particular, y allí vivían en pequeñas chozas, criando algunos animales y cultivando un trozo pequeño de tierra, que les producía lo necesario para vivir sin amo. Conversaba con ellos y siempre mostraban la dignidad del hombre y aspirando al triunfo del comunismo libertario.

* * *

¡Pero qué atrasado se vivía en aquel pueblo dominado por malvados e imbéciles! Era yo muy niño y tenía una fiebre alta; la sed me atormentaba y hacía sufrir horribilmente. “¡Madre! ¡Madre! —gritaba—, tengo sed, dame una poquita de agua que no me muera”. Y como entonces se creía que el agua era mala con la fiebre, me la negaba con los ojos cegados por las lágrimas. Y yo soñaba con el agua que en aquel territorio tanto abundaba en ríos, arroyos y fuentes.

Una hermana mía sufrió paludismo durante siete años, y cada vez que tenía una recaída en su enfermedad, se le daban unas píldoras de quinina hechas con migajas de pan. A consecuencia del paludismo, murió de una nefritis, tan joven, tan bella y tan buena. ¡La mató la ignorancia lugareña!

De mi vida escolar conservo los peores recuerdos. El local de la escuela era un espacioso salón que tenía la apariencia de una bodega. Sus paredes estaban adornadas con grandes cromos de la historia sagrada, en los que se desarrollaban escenas horripilantes, como el diluvio universal. Dos ventanas daban a la calle, y una tercera a un corralillo en el que se encontraba la cárcel. Ésta era una mazmorra inmundada en la que había un armatoste de hierro, en el que acostaban al preso peligroso y se le fijaban las piernas con unas argollas. Los niños miraban con horror aquel instrumento de tortura. El tiempo que pasaba en la escuela se me hacía interminable, y no

pensaba en otra cosa que en la hora de la salida, y así hasta el mismo maestro que con frecuencia mandaba a un discípulo a ver qué hora era en el gran reloj de la torre. El maestro tenía a su lado una vara para pegar a los niños, y siempre que podíamos se la escondíamos, pero él la sustituía por otra que tenía de reserva. “La letra con sangre entra”, era su divisa.

Bajo las órdenes del cura, el maestro tenía que llevar a los niños a confesar y tomar parte en todos los desfiles religiosos. Cuando yo me apercebía de lo que se trataba, me escapaba de la escuela con el consentimiento de mis padres. Los maestros cobraban un sueldo mezquino y siempre con retraso, así que se hizo proverbial la frase “tiene más hambre que un maestro escuela”. El día que mis padres decidieron sacarme de la escuela, fue un día de gozo para mí. Sin embargo, yo era bastante aplicado y aprendí bien, no en la escuela, sino en las lecciones que me daban en casa.

* * *

Desde niño fui un amante apasionado de la madre Naturaleza, madrastra muchas veces. Con frecuencia hacía una escapatoria y me recreaba en los sitios más recónditos y bellos de la Sierra Morena. Seguía el curso de los ríos y de los arroyos, bordeados por las rojas adelfas y los verdes álamos y sauces. Subía a las ásperas montañas cubiertas de matorrales, entre los que colgaban, como zarcillos, los encendidos madroños. Visitaba las cavernas, parecidas a catedrales subterráneas, de cuyos techos colgaban las estalactitas, que en el transcurso de los años, se unían con las estalagmitas que se elevaban del suelo, formando altas y robustas columnas. Me arrastraba por las estrechas galerías, y me colgaba con una soga hasta el fondo de los pozos. En los animales, las plantas, las rocas, en todas las manifestaciones de la vida encontraba un motivo de observación. Y de noche, aquellas noches embriagadoras de Andalucía, tendido sobre el mullido césped, contemplaba el cielo rociado de estrellas, la plateada luna, la vía láctea, como faja de luz y escuchaba los chillidos de las aves nocturnas. Pero lo que más me encantaba era acechar la aurora del nuevo día y la salida del padre sol, dando vida a todos los seres con su calor y luz. Me levantaba un poco antes de amanecer y me subía a lo más alto de un montículo, esperando la luz del día. Primero era la perdiz, la que en plena noche todavía cantaba al día cercano; ladraban los perros en la lejanía; escuchaba el mugir de las vacas y el balido de las ovejas. Un tenue rayo de luz rasgaba el horizonte lejano. Las estrellas desaparecían unas tras otras, y la vía láctea perdía sus contornos. Y después, un rayo de sol naciente, iluminaba el paisaje de oro. La alondra subía a grande altura y saludaba con sus trinos la llegada del nuevo día.

* * *

Desde que aprendí a leer, buscaba los libros con pasión. Mi hermano tenía una biblioteca escogida de autores nacionales y extranjeros, cuyos libros iba leyendo y le interrogaba sobre los puntos que no comprendía. Mis padres nos advirtieron que para aprender y comprar libros, nos proporcionarían todo el dinero necesario, así que con frecuencia llegaban pedidos de libros que nos repartíamos. Además se recibían periódicos de ideas revolucionarias, que repartíamos entre los aficionados a la lectu-

ra, como *Las Dominicales*, *El Motín*, *Don Quijote*, *Justicia*, *El Cencerro*, *El Productor* y otros. Cuando no sabía leer, escuchaba la lectura de los otros, y cuando pude, los leía por mi cuenta. Aquellas lecturas me fascinaban por completo.

En aquel pueblo había un nutrido grupo de republicanos, la mayoría federales, rayando en las ideas anarquistas, pertenecientes a la clase acomodada y a los artesanos. Además los campesinos, sin tierra ni pan, aspiraban al comunismo libertario; éstos respondían siempre al llamamiento de los republicanos. Todos se mostraban anticlericales, como respuesta a la intromisión del clero en todos los asuntos y su apoyo a los ricos y autoridades. De vez en cuando tocaban los músicos del pueblo que recorrían las calles. Se reunían por centenares los republicanos, y se constituía un Comité Republicano. Desde el primer momento yo me apuntaba de socio y enseñaba a leer a los más pequeños, en una escuela laica que teníamos. Pero había poca constancia en aquellos hombres, disminuyendo cada día los socios, quedando siempre un pequeño número que cerraba el local esperando tiempos mejores.

Cuando se proclamó la primera república, los campesinos de aquel lugar se imaginaron que había sonado la hora de la justicia social, y se apoderaron de las tierras incultas y comenzaron a trabajarlas, pero fueron arrojados violentamente por los soldados y durante mucho tiempo fueron molestados por las autoridades judiciales. Más avispados que los políticos republicanos, fueron los campesinos. Para ellos la república tenía que resolver el problema de la tierra, pero los otros no lo entendieron así en los dos ensayos de república que hicieron.

Era todavía un niño cuando herían profundamente mi sensibilidad las desigualdades e injusticias que observaba entre los hombres. ¿Para qué vivir tan mal cuando era tan fácil vivir bien? Entonces me di cuenta de las causas que se oponían a la armonía de los hombres: la propiedad privada, en manos de los que no trabajaban, y la autoridad al servicio de los explotadores. Y como ya había leído algo sobre las revoluciones de los pueblos, en particular de los franceses, decidí sumarme a los hombres que luchaban por una revolución salvadora en España. Al leer algunos escritos anarquistas me sorprendió encontrar en ellos ideas en concordancia con lo que yo pensaba. Confieso que me impresionó favorablemente la conducta heroica de los mártires de Chicago, así como la vida ejemplar de Fermín Salvochea, del que tanto se hablaba por aquellos lugares. Decididamente me declaré anarquista, y pronto me siguieron la mayor parte de los republicanos federales que allí había, como mi hermano y Juan Antonio de Torres Salvador, un intelectual de valía.

* * *

Disgustados mi hermano y yo de vivir en un medio social que tanto nos repugnaba, decidimos pasar la vida en el campo, en una hermosa finca que mi padre tenía a una legua de la población. Y allí nos aposentamos, trabajando a ratos la tierra, y otros admirando las bellezas de la naturaleza, cultivando la amistad de los libros, haciendo estudios de historia natural, y, al mismo tiempo, tratando de despertar la inteligencia de los campesinos de los alrededores, para prepararlos a vivir en la sociedad futura.

Un día llegó a Guadalcanal a pasar unas vacaciones de estío, un hombre que había de influir mucho en nuestras vidas. Me refiero a don Francisco Barnés, cate-

drático de Historia Universal en la Universidad de Sevilla, acompañado de su esposa, una bellísima mujer, y de dos hijos de pocos años, Domingo y Francisco, que más tarde alcanzaron renombre en la esfera de las letras españolas. Barnés había sido sacerdote católico, a cuya carrera renunció, y fue amigo de Salmerón, participando en sus ideales. Un día, en sus paseos por el campo, llegó allí Barnés y quedó sorprendido de nuestra manera de ser y de pensar. Entonces insistió con mi padre para que nos sacara de allí y nos mandase a Sevilla a estudiar una carrera, siendo así más útiles a los hombres. Y de allí salimos con no pocos pesares. Ése fue el origen del cambio de nuestro rumbo en la vida. A veces me acuerdo de aquel lugar tan bello y de la vida que hacíamos, y siento haberlo dejado, pero luego reflexiono y me conformo. ¡Había que vivir entre los explotados y humildes para ayudarlos en sus dolores!

* * *

Pero la semilla que arrojamos en el surco social germinó más tarde y cuando estalló la revolución popular contra la agresión fascista, se sublevó en masa el pueblo de Guadalcanal. Se sacaron de todos los edificios religiosos los objetos combustibles, como imágenes de madera, altares, retablos, etc., y los amontonaron en una alta pirámide en la plaza pública. Se prendió fuego a la pira y las llamas iluminaron con sus resplandores todo aquel territorio, hasta las más altas montañas. A pocos pasos estaban encerrados en el Ayuntamiento los peores fascistas, desde donde contemplaron sus símbolos reducidos a cenizas por el fuego purificador, y después fueron llevados al cementerio y fusilados. El cura principal, que había ejercido influencia perniciosa en el pueblo, fue fusilado dos veces. La primera vez quedó mal herido y a la mañana siguiente lo encontraron con vida, sentado sobre una tumba y rezando, y fue fusilado definitivamente. El cura había equivocado el camino de la vida, y en vez de seguir la doctrina de Cristo, que lo hubiera hecho un hombre feliz, siguió la del demonio, que lo llevó al infierno.

Así se derrumbó la sociedad aquella que se había edificado sobre los cimientos de la injusticia social y el dolor de los hombres. En realidad era una horda hipócrita y malvada donde vivían crucificadas la inocencia y la virtud.

* * *

Dos hombres, nacidos en Guadalcanal, se distinguieron en el cultivo de las letras:

Adelardo López de Ayala (1828-1879), figura en la historia de nuestra literatura como hombre de mérito, sobre todo, por sus obras de teatro. Pero como político fue un verdadero arribista. Escribió el manifiesto de la revolución de septiembre en el que se hablaba de los Borbones como de una raza espúrea. En política, después de revolucionario, fue sucesivamente moderado, de la unión liberal, ministro de la restauración, y era Presidente del Congreso cuando murió. En ocasión de la muerte de la reina Mercedes, pronunció un discurso necrológico, modelo de este género de oratoria. Ni él ni sus familiares, hicieron nada bueno por el pueblo, por lo que fueron muy mal estimados. Uno de sus descendientes fue fusilado por el pueblo en los comienzos de la sublevación fascista.

Juan Antonio de Torres Salvador (*Micrófilo*). Tendría unos 35 años cuando lo conocí, siendo yo muy niño. Era de familia rica y republicano federal. Publicó en Sevilla el periódico *El Pacto*; librepensador, tradujo un poema atribuido a Víctor Hugo, "Cristo en el Vaticano", editado por Nakens en forma de folleto. Murió de tuberculosis, poco después de una hija suya, víctima de la misma enfermedad. Abrazó las ideas anarquistas poco después que yo lo conocí y traté. Era una excelente persona, querido por todos.

Con motivo de un atentado con dinamita en Barcelona, culpando a un anarquista de ser el autor, el poeta Manuel de Palacio, en boga en aquel tiempo entre los lectores de *El Imparcial*, publicó en este periódico una poesía furibunda contra los anarquistas, en la que decía que no quería la libertad de las panteras. Juan Antonio de Torres le contestó con otra poesía, impresa en hoja especial, que circuló mucho por la región andaluza. Con el tiempo transcurrido se ha borrado de mi memoria, y sólo conservo estos versos:

*La anarquía es la protesta de Espartaco,
El ilota, el paria en rebeldía,
En un país donde gobierna Caco.
¿Pantera el que no come? ¿Qué sería
Pues, el que fleta el "Machichaco"?*

El autor habla del "Machichaco", barco que llevaba de contrabando una carga de dinamita que hizo explosión y ocasionó una horrible catástrofe en uno de los puertos del norte de España, Santander. Aquel barco pertenecía a los jesuitas.

Sevilla

Con frecuencia mi familia iba a Sevilla, a 60 kilómetros de Guadalcanal, a pasar las fiestas de Semana Santa y Feria. Aunque era muy pequeño, hay escenas que no he olvidado.

Era una madrugada y toda la familia estaba en movimiento esperando al arriero Pepe, que los llevara a Sevilla, porque entonces no había servicio de trenes. Por fin, con júbilo de todos, apareció el arriero con sus recuas de burros, de cuyos cuellos colgaban grandes cencerros. Pepe era un hombre alto y delgado, encorvado, de edad madura, con los carrillos chupados por falta de dentadura. Una ancha faja roja rodeaba su cintura, que al mismo tiempo que de abrigo, le servía de bolsillo para guardar el pañuelo de la nariz, la petaca del tabaco y otras cosas de uso diario. Las mujeres se acomodaban en hamugas¹ y a mí me llevaba mi madre sobre las faldas. Pero habíamos andado un corto trecho, cuando me puse a llorar como un desesperado. Entonces mi padre se bajaba de su caballería, me cogía en sus brazos y marchaba a pie. De hombre viajé mucho a pie por las carreteras de Andalucía y Extremadura, de una cárcel a otra, conducido por la guardia civil; pero nunca perdí la afición, tanto que

1 Especie de silla que se colocaba sobre la albarda del burro o mula que se usaba para que las mujeres fueran sentadas.

una vez emprendí un viaje a pie desde París al Cabo Norte, pero no pasé de Amsterdam, no por mi culpa, sino por la de mi acompañante que se rajó, como dicen los mexicanos. Esta particularidad fue heredada de mi padre, que prefería ir a pie antes que a caballo, aunque lo tuviese a su disposición.

En la época a que me refiero todavía solía haber alguno que otro bandido merodeando por los vericuetos de Sierra Morena, pero la costumbre era otra. En vez de “¡manos arriba!”, se gritaba “¡boca abajo!”, y los viajeros se bajaban apresuradamente de sus cabalgaduras o carruajes y se tendían en la tierra boca abajo, mientras los bandoleros les apuntaban con sus trabucos y los despojaban de los objetos de valor que llevaban. El último de los bandidos célebres en aquella época fue Andrés el “Barquero de Cantillana”, capitán de una partida de ladrones que recorría aquellos lugares, y que alguna vez mi abuelo materno tuvo que enterrar en los almiares de paja para salvarlos de las persecuciones de la guardia civil, que acabó por darles muerte. Siempre había algo de social en la vida de aquellos hombres, y por eso contaban con la simpatía popular. Todavía recuerdo esta copla que se cantaba por allí:

*¿Adónde va Diego Corrientes
por los caminos de Andalucía,
el que a los ricos robaba
y a los pobres socorría?*

En una ocasión paramos en la casa de don Luis Montoto, un poeta de mérito, autor de una poesía “El peregrino” que llegué a recitar de memoria. También era el autor de un libro de poemas titulado *Historia de muchos Juanes*, en el que estaba como un pegote la historia de Juan el Predicador. Luis Montoto estaba empleado en el Palacio Arzobispal para poder vivir. No sé si eran esas sus convicciones, pero en Sevilla, donde dominaba la clerigalla y el jesuitismo, era muy difícil para los hombres cultos el vivir independiente.

Una vez acompañé a mi familia al teatro, donde la gente hacía cola en la puerta. Gayarre cantaba la ópera la *Favorita*. También le oí cantar el *Miserere*, en la catedral. Me impresionaba tanto que quería imitarle y alzaba mi vocecita. De aprendiz de herrero había llegado como cantante a la cumbre de la fama. A su muerte y examinarse la laringe se comentó que tenía un desarrollo mayor que el normal.

Un día me llevaron a la iglesia del Salvador, donde se celebraba un congreso de obispos. Una multitud muy grande formaba una larga cola para ver pasar a aquellos parásitos. Todos eran muy obesos, y se oía decir a la gente: “Éstos comen mejor que nosotros”. Uno de los más cebados, resbaló y cayó redondo al suelo, lo que motivó una carcajada de algunos de los presentes. Una beata gritaba furiosa a los que se mofaban de la caída: “Donde no hay religión, no hay corazón”.

Otra vez fuimos a la puerta del Alcázar a ver salir al rey. Un grupo de personas de humilde aspecto esperaban su salida. El rey salió en coche acompañado de su madre; era un peloncillo, de cabeza gorda y rostro enfermizo, y tendría de 4 a 6 años. Los papanatas arrojaron una lluvia de memoriales pidiendo alguna cosa. La reina madre protegía la cabeza del rey con la mano, para que los memoriales de aquellos pedigüños no le hicieran daño. Nadie se hubiera imaginado las persecuciones que tuve toda mi vida a causa de aquel funesto monigote.

Las visitas frecuentes de mi tía Amparo, que la mayor parte del tiempo lo pasaba en Sevilla, las esperaba con impaciencia, por los juguetes que me traía. Era una solterona muy inteligente y enérgica, con un sentido común extraordinario. Amante de la instrucción, le dio la carrera del magisterio a varias sobrinas, y a un sobrino lo hizo cura "porque era el más brutillo de la familia". En esto se equivocó, porque era hombre inteligente, bueno y democrático.

Mi madre había nacido en Cantillana, a veinte kilómetros de Sevilla, bonito pueblo situado en la confluencia de los ríos Guadalquivir y Viar. Todos los años nos llevaba a pasar unos días en su pueblo. Todavía vivía mi abuela materna, varias hermanas, y numerosos primos y otros parientes. La gente de aquel pueblo era muy beata y aficionada a los toros. Estaban divididas en dos bandos, asuncionistas y pastoreñas, es decir, devotas de la virgen de la Asunción o de la Pastora. Ambos bandos se odiaban ferozmente. Un rico comerciante se gastó un millón de reales en construir una plaza de toros. La gente aquella era buena, pero con pocos sesos. Ahora bien, cuando llegaron allí conmigo los anarquistas para fundar la obra generosa del Sanatorio Antituberculoso, el pueblo de Cantillana se transformó por completo y nos prestó la más desinteresada ayuda. Sobre esta obra tendré ocasión de referirme más adelante.

* * *

Después de la intervención de Barnés, mi hermano dejó la vida campestre y marchó a Sevilla a estudiar la carrera de Magisterio, con la cual, según decía, podía hacer más daño al enemigo reaccionario. Al mismo tiempo estudiaba el grado de Bachiller para seguir la carrera de Filosofía y Letras. Yo me marché también a Sevilla, y unas veces estuvimos alojados en casas de huéspedes, y otras veces vinieron mis hermanas y tomamos un piso para vivir.

Un día fui testigo de una maniobra inmoral que se repetía en todas las oposiciones a cargos públicos. Juan Cacho y Manga era el secretario de la Escuela Normal de Maestros y por aquel entonces se celebraban unas oposiciones a escuelas públicas, con un miserable sueldo de 825 pesetas anuales. En una habitación contigua a la mía, separada por una cortina, se entablaba este diálogo entre el secretario y un opositor: "Si usted, quiere obtener en las oposiciones la escuela que desea —decía el secretario—, no le cuesta más que 1.500 pesetas".

Por lo visto, los bandidos de Sierra Morena se habían pasado y operaban en los puestos oficiales.

En aquella época me examiné de ingreso en la Escuela Normal de Maestros y en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza, siguiendo los estudios de este último, por ser de poca edad para los estudios del Magisterio.

De los cinco años que estudié en aquel Instituto no conservo buenos recuerdos. Los alumnos no eran muy numerosos, pero en cambio había varios colegios oficiales, como el de San Ramón, San Lorenzo y otros, todos con nombres de santos, repletos de alumnos internos de las familias acomodadas y ricas de la provincia. Además, una institución religiosa, los Escolapios, contaba con numerosos niños, que al final de curso eran allí examinados por los profesores del Instituto. Por otra parte, en la vecindad del Instituto había un cura que tenía un colegio con numerosos niños ma-

tricolados en el Instituto, que él educaba y conducía a las clases. Entre ellos se encontraba un "sobrinito" del sacerdote que sobresalía como el mejor estudiante del Instituto. El profesor de matemáticas, hombre de dudosa moralidad, era el protector del cura a cambio de costosos regalos. El clericalismo lo invadía todo, aunque el espíritu liberal dominaba en algunos profesores, y el viejo Meneses, catedrático de agricultura, sostenía con tesón sus ideas republicanas. Los alumnos oficiales que seguíamos los cursos del Instituto, éramos los parias de aquella institución y los que cargábamos con los "suspensos", porque los restantes, distribuidos en los colegios religiosos, tenían con seguridad aprobado el año.

Recuerdo con cariño a un anciano profesor de latín, de nacionalidad italiana, llamado Giralti Pauli, que me tenía en mucha estima como estudiante y me hacía leer en las clases las traducciones que yo hacía de Cicerón, Horacio y otros. Como me era muy penoso buscar en el diccionario la significación de las palabras que desconocía, trataba de enterarme y entonces hacía una traducción libre que el bueno del profesor aplaudía.

Pero mi estudio favorito en aquella época era la Retórica y Poética, tanto por la materia que trataba como por el autor de la bella obra de texto, Narciso Campillo, que yo conocía por sus artículos antirreligiosos publicados en *Las Dominicales* con pseudónimo de "Un Sacristán Jubilado". El profesor de esta asignatura era el canónigo y poeta de asuntos religiosos Luis Herrera, que hacía una traducción en versos libres de *La Eneida* de Virgilio, y que todos los días llevaba los pliegos de la imprenta a la clase para que yo los leyera en voz alta y se corrigieran. Aquel sacerdote era un hombre muy democrático y estimado por todos.

En cambio, había en el Instituto un profesor de Psicología, Lógica y Ética, llamado Vicente Peñalver, un cavernícola formidable con ribetes de inquisidor. Para aquel hombre no había otra filosofía verdadera que la Escolástica y otro filósofo que Santo Tomás de Aquino. Insultaba en sus lecciones a todos los filósofos y cuando hablaba de Kant, el célebre filósofo alemán, hacía un juego de palabras y le llamaba el can, el perro. Tenía escrito un libro de texto detestable y obligaba a los alumnos a que se lo aprendieran de memoria, palabra por palabra y el que no se sabía bien la lección, lo hacía encerrar por un bedel en un cuarto oscuro, como un calabozo, que había en el patio del local. Todos los estudiantes le temían mucho y a los que podía les hacía perder un año de sus estudios. Desde que entré en el Instituto me prometí no tolerar a aquel energúmeno. Así que, en las vacaciones de verano, la víspera de seguir su curso, me retiré al campo para que nadie me molestase, y me aprendí el libro de memoria, de manera que fui bien preparado. Aunque confesó en la clase que no había tenido un estudiante tan bueno como yo, lo cierto es que un día perdí la paciencia y le expuse, ante el asombro de todos, con elocuencia y energía, lo indigno de su proceder, insultando en sus lecciones a filósofos insignes y dignos de todo respeto, y al acabar mi peroración me declaré anarquista, materialista y ateo. Se sorprendió tanto Peñalver de mi inesperada intervención, que se sintió enfermo y llamó al bedel para que le asistiese, dando por concluida la clase de aquel día, con regocijo de los estudiantes que después de felicitar me ofrecieron su ayuda. No volví más por aquella clase, pero pocos días después al llegar al Instituto, se me acercaron los bedeles y me dieron la enhorabuena, y era que la noche anterior había muerto de repente Peñalver, de una

hemorragia cerebral. Al final de curso fui examinado y con éxito por el profesor Manuel Diéguez, el polo opuesto de Peñalver.

* * *

Entonces se publicaba en Sevilla un periódico bisemanal, con el título de *El Programa*, de tendencia democrática, pero de baja política local. Su director, Ramos García, abría sus columnas a los jóvenes que él creía de porvenir en las letras. Allí publiqué varias poesías y unos artículos referentes a una exploración que hice a las "Cuevas de Santiago", situadas en el término de Cazalla de la Sierra. También colaboraba asiduamente en el mismo periódico Juan Ramón Jiménez, gran poeta y premio Nobel.

También aparecieron varios números de un periódico republicano, *El Ideal*, editado por Pablo Íñiguez y el estudiante Bernard, en el que colaboraba mi hermano.

Como me aburría de las fiestas de la capital y de los amigos de mi edad, hacía una vida retirada y solitaria, entregado a los placeres que me proporcionaba la amistad de los libros, la contemplación de la belleza de ciertos lugares y la admiración de los edificios artísticos, y en el fondo de todo, mi dolor para los desvalidos. Yo era un muchacho triste, como triste me parecía la sociedad de los hombres que me rodeaban.

Todas las noches pasaba un par de horas leyendo en la biblioteca de los Amigos del País, en la calle Rioja, y de día, siempre que podía, en la biblioteca Colombina de la Catedral, leyendo y soñando, cerca de aquel hermoso patio de naranjos que perfumaba de azahar el suntuoso edificio.

Como era muy grande mi afición a los libros, no dejaba de ir un día por semana al "Jueves", una larga calle, llamada de la Feria, donde se vendían toda clase de objetos, unos en las tiendas y otros colocados en el suelo, entre ellos libros usados, la mayoría religiosos, sin mérito alguno, aunque se encontraban varios tomos de las obras de Feijoo y del Diario de las Cortes de Cádiz. Allí encontré *Los Puritanos de Escocia*, de Walter Scott, que me agradó mucho y que no pude encontrar con ese título en las obras completas de ese autor, en lengua inglesa. Un día tuve la sorpresa de encontrar en el "Jueves" numerosas publicaciones en francés referentes a la Revolución Francesa, entre ellas algunas firmadas por Marat. Parece ser que pertenecían a un francés que vivió algunos años en Sevilla. Pero ¡ay! en aquella ocasión no llevaba dinero y el codiciado material fue adquirido por otro.

* * *

En los años que permanecí en Sevilla, en aquella época, no observé ninguna agitación social ni política que llamase mi atención. Se conoce que el pueblo estaba distraído con sus toros y procesiones. Sin embargo, un día se anunció un mitin público en favor de los torturados de Montjuich, al que me apresuré a concurrir. Aun cuando el salón no era muy grande, estaba atestado de gente. Hablaron varios oradores, entre ellos Lerroux, quien hizo una descripción patética del prisionero Callís y de un hermano de Teresa Claramunt, y fue llamado varias veces al orden por el delegado de la autoridad. La campaña por los martirizados de Montjuich no tuvo en Sevilla el impulso que debía, y era que el fraile y el torero eclipsaban al mártir obrero.

Como había estallado una huelga de las cigarreras y se habían producido algunos disturbios en la calle, con el atropello por las autoridades de las huelguistas, compré una pistola de dos cañones, y al cargarla, falto de experiencia, se disparó el arma y me atravesó la bala la mano izquierda, herida leve que sólo hirió un grupo de músculos. Me envolví la mano herida con un pañuelo, y llevando la pistola cargada con una sola bala, salí a la calle. Al llegar a la Alameda de Hércules, un escuadrón a caballo de la guardia civil daba una carga sobre la muchedumbre desarmada, que huía dominada por el pánico. Pero yo, a pie firme, disparé contra la guardia civil el tiro que me quedaba, aumentando la confusión hasta el paroxismo. Y cuando pasó el turbión me fui a una Casa de Socorro cercana y me estuvo curando la mano herida el médico Joaquín Ruiz, que era muy conocido de mi familia.

* * *

Mi hermano había terminado sus estudios en la Escuela Normal de Maestros, y obtenida por oposición la escuela de Santiponce, donde había ido a vivir con la mujer que escogió como esposa. Yo continuaba mis estudios en el Instituto y con frecuencia iba a aquel pueblo con él, aprovechando las fiestas, porque también me interesaban los estudios arqueológicos.

Santiponce era un villorrio campesino asentado sobre una parte de las famosas ruinas de Itálica, unido a Sevilla por una carretera regular, que recorría un coche en poco más de una hora. No había más que una calle urbanizada, y varias calles sin urbanizar, cubiertas de tierra y riscos. De las ruinas se conservaba en parte el Circo Romano, aunque un ingeniero poco culto había volado con dinamita algunos muros para arreglar una carretera. Pero donde quiera que se escarbaba aparecía la vieja ciudad romana. En la calle cubierta de tierra, se descubrió un bello mosaico. Los días en que la fuerte lluvia lavaba las calles del pueblo y los campesinos no iban a sus labores, ganaban sus jornales buscando las piedrecitas finas que quedaban descubiertas por las aguas y que habrían servido para anillos y otros objetos de arte. Las vendían a cinco pesetas cada una. Mi hermano había comprado algunas, entre ellas un granate con un guerrero grabado blandiendo una lanza, y un topacio con una cabeza de dos caras, una que representaba la comedia y otra la tragedia. Un día mi hermano, ayudado por unos trabajadores sacaba un bello mosaico, y teniendo que ausentarse un momento del lugar, dejó instrucciones de cómo debían seguirse los trabajos, pero no se cumplieron y se fueron los obreros a la taberna. Entonces llegaron dos campesinos buscando tierra para unas macetas y encontraron un cántaro lleno de monedas de oro de la época romana. Como se disputasen entre ellos por el reparto del tesoro, el asunto se hizo público e intervinieron autoridades, incautándose de las monedas. Los señores que llegaron de Sevilla para hacer el inventario del tesoro encontrado, se llevaron una buena parte escondida en las mangas de la chaqueta, según nos contaron los guardias civiles que estaban presentes. El oro se había conservado muy bien, pero una barra de plata, que estaba entre las monedas fue tirada, creyéndose que era de plomo. Por indicación de mi hermano fue recogida por unos campesinos y vendida por 700 duros.

Allí había un tipo pintoresco, llamado Remolino, dueño de un terreno a la entrada del pueblo, muy rico en objetos antiguos, algunos anteriores a la época

romana. Tenía un pequeño museo con los objetos encontrados, que vendía a los extranjeros que por allí pasaban. Con frecuencia se embriagaba, venía a visitarnos y nos decía tartamudeando: “En el futuro yo figuraré en la historia natural como Don Quijote”.

Se encontraba allí, con mi hermano, el doctor Pueyes, que acababa de terminar su carrera de médico y establecido en el pueblo. Fueron íntimos amigos y de la misma manera de pensar. En la casa del médico conocí por primera vez la obra del que fue mi amigo en París, Sebastián Faure, *El Dolor Universal*, admirada por los dos amigos. Más adelante volveré a hablar del doctor Pueyes, cuando los dos ejercíamos la medicina en Sevilla.

En una ocasión que residía en Sevilla el gran hispanista norteamericano, Archer M. Huntington, pasó algunas veces a las ruinas de Itálica, acompañado por Rodríguez Marín, y no se marchaba sin visitarnos. Estaba interesado en la compra de algunos objetos antiguos que tenía mi hermano, y los hubiera pagado muy bien, porque era muy rico, pero no eran para la venta.

También venía a visitarnos el poeta Muñoz San Román, compañero de estudios de mi hermano, que vivía en el cercano pueblo de Camas. Llegó a ocupar una cátedra de letras en la Escuela Normal de Maestros de Sevilla, y publicó algunos libros de poesías muy celebrados, sobre todo, sus madrigales, que han sido traducidos a diversas lenguas. Pero a mí la poesía suya que más me agradaba fue una que dedicó a la buena Luisa Michel.

En diferentes épocas se habían hecho excavaciones en las ruinas de Itálica y se habían encontrado muchos objetos antiguos y valiosos que pasaron a diferentes museos o fueron vendidos a los particulares, el más notable de ellos fue una gran puerta de bronce que ocupa un pequeño salón del Museo Arqueológico de Sevilla, en la que estaba grabada una disposición de un emperador prohibiendo las luchas en el circo. Si los objetos de allí llevados, se hubieran conservado en su sitio, habría sido un punto de atracción para los turistas estudiosos.

¿Qué motivó las ruinas de Itálica, la ciudad levantada sobre siete colinas como la soberbia Roma? Nadie lo sabe. Yo hice numerosas exploraciones por mi cuenta en la ciudad subterránea, penetrando por los huecos encontrados, pero todas las vías estaban obstruidas a mi paso por los escombros acumulados. ¿Habría sido un espantoso terremoto la causa de la destrucción de la ciudad romana? No hay pruebas evidentes de un cataclismo de esa naturaleza, pero sí las hay de los asaltos de feroces guerreros que llenaron los pozos con los restos de bellas estatuas hechas pedazos...

Pero quedó algo que será eterno, la canción a las ruinas de Itálica, de Rodrigo Caro, una de las mejores poesías de la lengua castellana:

*Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa...*

A corta distancia de Santiponce se alza arrogante el convento medieval de San Isidoro del Campo, donde parece que surgieron los primeros religiosos protestantes en España. Allí se conserva un magnífico nacimiento, tallado en madera, del célebre escultor Alonso Cano, pero la Noche Buena, lo cubría con un lienzo el zafio del cura, para colocar en su lugar unos muñequitos de barro que él hacía. Parece que un

cráneo que se mostraba a los turistas perteneció a la mujer de Guzmán el Bueno, el famoso defensor de Tarifa.

* * *

Mis lecturas favoritas en la niñez fueron las que se referían a la lucha heroica de los hombres por romper las cadenas que les oprimían y recobrar su libertad. Apenas si sabía deletrear y ya leía con emoción un libro que me conmovía profundamente: *La redención del esclavo*, de Emilio Castelar.

Las luchas de Cuba no me eran desconocidas y veneraba en mi corazón a los mártires de aquella causa. *La plegaria*, de Concepción Valdés (*Plácido*), que recitaba su autor, camino del suplicio, me la había aprendido de memoria y la repetía en toda ocasión. Algunos años más tarde, en Filipinas, otra víctima de la maldad oficial española, el doctor Rizal, al ser fusilado repetía otra poesía análoga a la de Plácido. Otro de los mártires de la libertad cubana, que intensamente admiraba, era el dulce poeta Juan Clemente Zenea, también fusilado, autor de la bella poesía *Las Tres Novias del Poeta* (la mañana, la tarde y la noche), cuyas estrofas no he olvidado.

Pero de todas las barbaridades que allí se cometieron, la que me indignaba hasta la exasperación, fue el fusilamiento de los estudiantes de medicina en La Habana, culpados de haber profanado la tumba de un periodista peninsular. Reclamaron tan cruel castigo los militares y residentes españoles en La Habana, que se creían ultrajados en su dignidad; cuando ellos no eran más que unos miserables, ladrones y asesinos.

La última guerra por la independencia de Cuba comenzó el 25 de febrero de 1895, dándose el grito de libertad en Baire. Tendría yo entonces 16 años. Desde el primer momento acogí con el mayor entusiasmo la insurrección cubana, y en ella puse mi corazón. Me encontraba en Sevilla, y lo primero que hacía todas las mañanas al levantarme era un largo recorrido, desde un extremo de la población en que vivía a la calle Sierpes, donde en la puerta de una librería, que creo era de Fernando Fes, se ponía un cartelito al público con las noticias de mayor interés. Pero lo que a mí me interesaba era lo referente a la insurrección cubana. Aquel movimiento libertador, según la información oficial, era promovido por bandidos de la peor especie, que tomaban por pretexto la liberación de Cuba. Claro está que las noticias que allí se estampaban eran todas favorables a la mala causa española. Un encuentro en la manigua, un tiroteo, huida de los bandidos con muchas bajas, y la muerte de algunos caballos por nuestra parte. Eso era todo. Pero yo sabía a qué atenerme, y desde el primer momento predije la derrota española, porque no creía que pudiera triunfar la injusticia.

Pronto comenzaron a sonar los nombres de los más distinguidos caudillos de la insurrección cubana: Martí, Maceo, Máximo Gómez y otros muchos, sin olvidar a los combatientes anónimos, dignos del mayor respeto. El 21 de mayo de 1895 murió en combate José Martí. Éste fue un día de júbilo para los imbéciles y de dolor para mí; y desde entonces he recordado con veneración la figura de aquel hombre extraordinario. El 7 de diciembre de 1896 murió otro gran libertador: Antonio Maceo. Aquel día me encontraba en Guadalcanal, donde se desbordó el entusiasmo popular y hubo grandes fiestas. Ni que decir tiene que fui una nota discordante y me puse enfrente de todos, que me miraban con extrañeza. Ya se decía por allí que yo era anarquista, lo que explicaba mi actitud.

La guerra en Cuba se fue complicando y ya no se ocultaba a nadie su gravedad. Se llamaron las quintas con anticipación y yo hacía una propaganda activa a favor de los cubanos, aconsejando a los reclutas que se pasaran a las filas de los insurrectos cuando llegasen a Cuba, porque aquéllos defendían una causa justa.

A la satisfacción por los sucesos de Cuba se unió mi alegría por la insurrección de Filipinas. Había llegado la hora de ajustar las cuentas a los frailes.

El 8 de agosto de 1897, un anarquista italiano, llamado Miguel Angiolillo, que tuvo noticias en Londres de los martirios a que estuvieran sometidos los anarquistas en el Castillo de Montjuich, mató a uno de los mayores malvados de la política española: Cánovas del Castillo. Entonces me encontraba en Sevilla y con frecuencia se oía decir a la gente: "Todos los días debería de caer uno de esos peces gordos". Yo no pude conocer a Angiolillo, pero años después sí conocí a la persona que le regaló la pistola con que ejecutó al monstruo político.

Una noche surgió en Sevilla una manifestación popular y la muchedumbre atacó el Consulado de los Estados Unidos, arrancó el escudo y la bandera y, hechos pedazos, se arrojaron a una fuente que había en la Plaza de la Magdalena. Mi activa participación en aquellos sucesos no fue patriótica, todo lo contrario, pues yo esperaba la declaración de guerra entre los dos países y que los americanos dieran a los españoles la paliza que merecían. Como entonces había leído el libro *París en América*, de Laboulaye, sentía por los Estados Unidos la mayor simpatía, que ahora he perdido por completo.

En 1898 terminé en Sevilla mis estudios del grado de bachiller, y me hice el propósito de marcharme a Cádiz, atraído por sus luchas en defensa de la libertad, y sobre todo, con la intención de relacionarme con Fermín Salvochea, el batallador anarquista.

Cádiz

Como dejo dicho, en junio de 1898 terminé en Sevilla mis estudios, y en septiembre del mismo año me matriculé en Cádiz en el curso de Ampliación de Ciencias de la carrera de medicina. Conmigo iba un amigo de Guadalcanal, Isidro Arriva, para hacer los mismos estudios.

Yo tenía una costumbre muy extraña en aquella época, que se prolongó casi toda mi vida, y era que cuando llegaba a una capital, lo hacía de noche, y luego vagaba por la ciudad hasta el amanecer, buscando impresiones nocturnas. El nacer del nuevo día y el bullicio creciente de la gente en las calles tenía para mí mucho atractivo.

Así que cuando llegué una noche a Cádiz, acompañado de mi amigo, estuvimos recorriendo la ciudad y contemplando el mar, que no conocíamos, desde las murallas. Cansados de ir de un lado para otro, sin rumbo fijo, y rendidos por el sueño, decidimos dormir uno y velar el otro, alternándonos. Entonces llegamos a una plaza, cubierta de hermosos árboles, llamada Fragela, y allí decidimos pasar el resto de la noche. Isidro se acostó sobre un banco y a poco se quedó dormido. Yo resistí algún tiempo, pero pronto abandoné mi misión de vigilante y me acosté también en otro banco, colocando la mano sobre el pecho, donde llevaba algún dinero.

La del alba sería, cuando alguien nos movió suavemente y entonces nos despertamos. Ante nosotros se encontraba el que nos había llamado tan temprano. Era un hombre de unos 40 años de edad, alto, delgado, huesudo y vestido de guardia municipal. Se reía a carcajadas de la ocurrencia que tuvimos de tomar como dormitorio una plaza pública. Nos levantamos y nos pusimos a platicar con aquel hombre, que desde el primer momento se ganó nuestra simpatía. Informado de quiénes éramos y del objeto que nos había llevado a Cádiz, nos dijo, que en una calle cercana, llamada Jesús de Nazaret, vivía una hermana suya viuda, de nombre Isabel, que tenía una casa de huéspedes para estudiantes, donde seríamos bien asistidos y encontraríamos otros escolares parecidos. Y contentos de aquel encuentro inesperado, allí dirigimos nuestros pasos, después de dar las gracias y estrechar la mano de aquel hombre.

La señora Isabel, a la que fuimos a visitar en nombre de su hermano Jacinto, nos recibió amablemente y nos brindó su casa para residir. Vivía en un reducido segundo piso con balcones a la calle. Isabel era una buena mujer de aspecto muy modesto, como de 35 años de edad, viuda y con dos hijas jóvenes, una de 20 años y otra de 12 años. Además vivía allí un músico viudo llamado Caro, cuñado de Isabel, con dos niños de 6 y 8 años de edad. Y dos estudiantes de medicina, como huéspedes, Benítez y Villamor, en una habitación a la calle. En otra habitación me coloqué yo con mi amigo.

Entre aquella gente reinaba el respeto y la armonía más completa y sobre todo el buen humor.

Recuerdo que una mañana, Jacinto, el guardia municipal, que tenía como norma huir de aquellos lugares en que había disputas, no encontraba el borlón rojo que llevaba sobre el quepis, y para pasar revista lo sustituyó por un rabanito rojo que encontró en la cocina...

Han pasado muchos años y recuerdo con cariño todo aquel personal.

Enfrente de la casa de Isabel había un teatro de barrio que era divertido en extremo, como no he visto igual. Allí podían intervenir los espectadores de buen humor y sus interrupciones eran muy ocurrentes y a veces valían más que la obra representada.

* * *

A poco de haber comenzado el curso escolar se me presentó un problema espinoso que tuve que resolver de acuerdo con mi ideal anarquista. Me refiero a la infame costumbre de la novatada, en la que se maltrataba y humillaba a los estudiantes recién llegados, en vez de ser recibidos con una fiesta de fraternidad humana. En la casa de huéspedes que yo me encontraba, el estudiante Villamor me contaba que en la novatada había sido desnudado por completo, pintado de negro, disfrazado de obispo, y otras barbaridades por el estilo. Aquellos atropellos duraron dos o tres días, en los que sufrieron humillaciones él y los otros. Hacía dos años que aquello había ocurrido, y cuando lo refería la amargura aparecía en su semblante y las lágrimas en sus ojos.

—Eso no volverá a repetirse, al menos mientras yo esté aquí —le dije con energía. Y entonces me miró atento y la alegría reapareció en su rostro.

Un día, al salir de clase, nos encontramos bloqueados en el corredor de un patio que daba a la calle por una muralla de alumnos de los restantes cursos de medicina,

un millar por lo menos, que gritaban y hacían gestos como salvajes, dispuestos a divertirse con nosotros. Pero cuál no sería su sorpresa, cuando esta vez los que iban a ser burlados y sometidos como borregos, se irguieron, como hombres dignos, empuñando una arma corta en la mano, ante lo cual se doblegaron y abrieron sus filas los cobardes para dejarnos pasar.

Y para no encontrarnos otra vez entrillados en un corto espacio por un número mucho mayor de estudiantes que deseaban atropellarnos, nos declaramos en huelga y nos estacionamos delante de la Facultad de Medicina, desafiando a los otros que vinieron a buscarnos. Como la huelga se prolongara, el Rector de la Facultad, Rubio y Díaz, un anciano, catedrático de Física Médica, muy exigente con sus discípulos, nos invitó a que nombráramos una delegación que recibiría para solucionar tan enojoso asunto. Por cierto, que yo sólo fui nombrado en representación de nuestro grupo para asistir a la invitación del Rector.

En la entrevista que tuvimos, Rubio y Díaz me propuso, con voz apagada y vacilante, que declináramos nuestra actitud intransigente y aceptáramos la novatada por ser una costumbre muy antigua. Mi contestación fue tan rápida y enérgica, diciéndole que con su filosofía de la antigüedad, no hubiéramos todavía salido de las cavernas, se quedó con la boca abierta y confesó que yo tenía razón. Y es que pensaba lo mismo, pero no había tenido valor para decirlo y menos para ejecutarlo.

Y se dio por terminada la huelga, y volvimos a clases y se terminaron, en lo sucesivo, las novatadas. Y yo quedé muy amigo de Rubio y Díaz, y fui el único alumno a quien aquel año le dio sobresaliente en la asignatura, no como un favor especial, sino por merecido.

* * *

Cádiz es una bella ciudad y sus habitantes muy amables y de ideas libres. Es conocida por sus luchas por la libertad y en ella se proclamó la Constitución de 1812, influida por las corrientes de la Revolución Francesa. Allí quedó abolida la Inquisición en España, que tantos millares de víctimas causó, y que en esta época han resucitado Franco y sus secuaces.

Desde el primer momento de mi llegada me puse a estudiar aquellos acontecimientos, que tanto interés habían despertado en mí.

De la primera época de la lucha por la libertad, la que llamó Toreno *Guerra y Revolución en España*, no quedé satisfecho. Aquellos hombres de las Cortes de Cádiz no estuvieron a la altura de las grandes revoluciones y de lo que las circunstancias exigían en aquel momento supremo. Eran hombres tímidos y acomodaticios, y habían olvidado la frase de Danton que tiene esculpida en el pedestal que le levantaron en París los franceses: "Pour vaincre les ennemis de la patrie, il faut de l'audace, encore de l'audace, toujours de l'audace". Es decir, audacia, audacia y siempre audacia. No parece sino que consideraban el liberalismo como un pecado. Ellos no fueron revolucionarios ni innovadores peligrosos, y no pretendían nada que no estuviera consagrado en la vieja legislación española. Eran liberales, pero católicos y monárquicos al mismo tiempo. Proclamaban la libertad de imprenta, pero sometida a la censura ordinaria toda materia religiosa. Afirmaban la soberanía nacional, pero reser-

vaban en el trono a Fernando VII, el rey-hiena, como le llamó Víctor Hugo. Proclamaban la libertad de opinión y de discusión, pero, a su vez, declararon que la religión católica, apostólica y romana sería en perpetuidad de los españoles...

Y cuando volvió Fernando VII acabó con aquellos hombres irresolutos y con la obra emprendida de liberar a España, y unos fueron a la cárcel y otros al destierro.

¡Cómo se reirían de ellos los representantes retrógrados sentados en los mismos bancos de aquellas Cortes!

“Cuando una revolución es tímida —decía José María Orense—, y no se atreve a tomar el primer día una medida por radical que sea, se necesita otra revolución para proclamarla”.

Para presenciar en Cádiz una lucha revolucionaria que esté a la altura que debe, hay que remontarse hasta Fermín Salvochea, el héroe anarquista. Entonces la lucha no reconocía al Estado, la propiedad y la religión. Ni pactaba con el enemigo, porque cuando Castelar, desde la Presidencia de la República, puso un telegrama a Salvochea para que se respetase el último convento que quedaba en pie, lo primero que dispuso Fermín al leerlo, fue que inmediatamente se destruyera aquel edificio.

* * *

Desde mi llegada a Cádiz, pude observar la popularidad de que gozaba Fermín Salvochea y lo querido que era por los gaditanos. Al anunciar un día que llegaba a Cádiz, cumplida su injusta condena en el presidio, una inmensa muchedumbre se congregó en la estación del ferrocarril y sus alrededores. Una manifestación, en la que participaban todas las clases sociales, lo acompañó a su casa. A causa de las persecuciones desencadenadas por el más leve motivo, la gente estaba retraída y no se oía más que algún grito de “viva la libertad”, de cuando en cuando lanzado, pero yo me despaché a mi gusto y mis gritos fueron de “viva la anarquía”, repetidos con frecuencia. Por cierto que entre la muchedumbre causó extrañeza que un sujeto con porte de estudiante, fuera el que gritase más fuerte. Una vez en su domicilio, Salvochea salió al balcón seguido de su buena madre, que se secaba las lágrimas de los ojos.

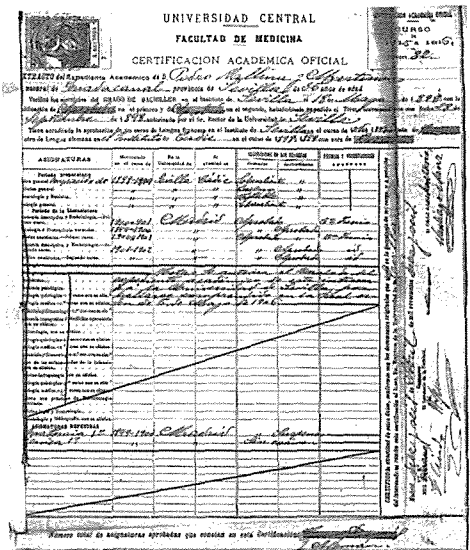
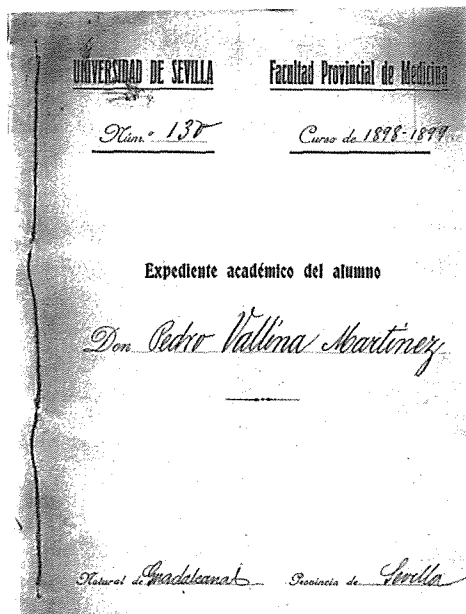
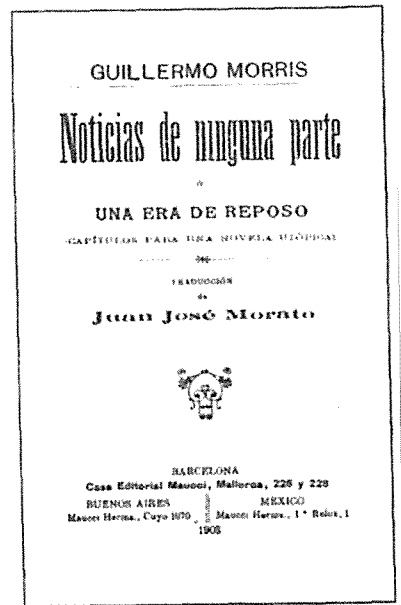
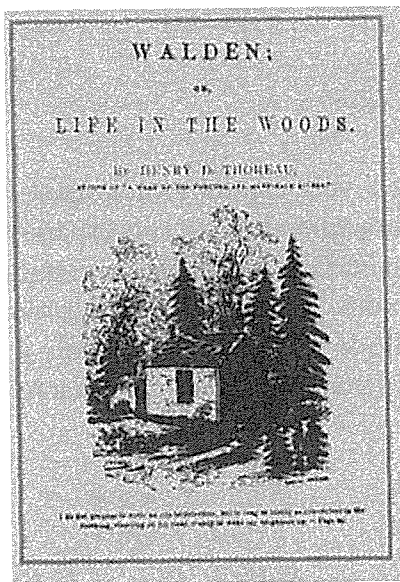
Salvochea fue parco en palabras, y pródigo en hechos heroicos y desinteresados. Sólo dijo estas palabras dirigiéndose a la muchedumbre: “Compañeros: yo soy siempre el mismo ¡Viva el comunismo y lo que ustedes saben!”

Y la gente contestó enardecida y se retiró dispuesta para las luchas futuras.

* * *

Por entonces finalizaba la desdichada guerra de Cuba y Filipinas, con la derrota militar de España y el triunfo de los Estados Unidos. Y comenzaron a llegar a Cádiz barcos de Cuba cargados de soldados repatriados, en una situación tan horrible que muchos de ellos eran llevados en camillas y en ambulancias a los edificios destinados para albergarlos, y los que podían ir por su propio pie, parecían verdaderos cadáveres movidos por un resorte. La gente se agolpaba en el muelle para contemplar aquellos cuadros de horror, y unos lloraban y otros maldecían a los culpables.

Como se corriera la voz que los barcos de guerra americanos se acercarían a nuestras costas para sublevar al pueblo español y ayudar a derrocar la monarquía,



La pasión por el estudio y la lectura es una constante en la vida de Pedro Vallina. Algunos libros anarquistas de principio de siglo (▲). Expediente académico (▶), y lección de anatomía de Ramón y Cajal (▼), profesor de Vallina.



pasé muchas noches en vela esperándolos aparecer, pero nunca llegaron. Aquella amenaza sólo sirvió para que el gobierno español cediera a los vencedores en todas sus pretensiones y se salvara la monarquía, aunque el pueblo siguiera en el fango.

Conseguido su objeto por los Estados Unidos, no hizo acto de presencia en la costa de Cádiz y se olvidó del pueblo español, y cuando volvió, muchos años después, fue para prestar ayuda a Franco y remachar las cadenas que esclavizan a los españoles.

* * *

Al finalizar el curso que estudiaba en Cádiz, de la ampliación de la carrera de medicina, obtuve las mejores notas en los exámenes y fui considerado como el mejor estudiante de aquel año. Sin embargo, el resultado práctico, fue de poco provecho o ninguno, porque algunos años después, continuando en Londres mis estudios, tuve que volver a estudiar de una manera práctica lo que no había aprendido de rutina en Cádiz.

El año a que me refiero comprendía las asignaturas de Física, Química Orgánica e Historia Natural, esta última dividida en dos partes. Además un curso breve de lengua alemana. Los profesores de Física e Historia Natural no faltaron un solo día de dar clases y de tomar las lecciones a los estudiantes, pero no se hacía ningún trabajo práctico ni se presentaba ninguna pieza que pudiera ilustrar la lección. En cuanto a la Química Orgánica, que tanto me interesaba por lo útil que podía ser a un verdadero revolucionario, puede decirse que no se estudió. El profesor de dicha asignatura no se presentó a clase más que la primera semana, pero después no apareció en todo el curso, así que al final se limitó a firmar las papeletas de exámenes de los estudiantes, como aprobados, sin examinarlos. El profesor de lengua alemana era un comerciante, parecido en cuerpo y espíritu a Sancho Panza, que sabía poco de la materia y enseñaba menos. Su examen se limitó a traducir algunas frases al castellano, que tenía yo traducidas al margen del alemán en el libro de texto, y que sirvió para que se examinasen todos los alumnos.

Entonces me propuse no seguir estudiando en Cádiz y dirigirme a Madrid, donde además de poder estudiar en otras condiciones más aceptables, me encontraría con Fermín Salvochea para renovar la lucha por nuestros ideales.

Madrid

En septiembre del año 1899, o sea el último del siglo XIX, llegué por primera vez a Madrid para continuar mis estudios de medicina. Entonces era joven y profesaba las ideas anarquistas, sin embargo, ahora ya viejo, sigo profesando las mismas ideas, con la diferencia de que las tengo más arraigadas cada vez, convencido de que su triunfo libraría a los seres humanos de los males que los afligen.

A mi llegada fui a parar a una casa de huéspedes en la calle de Jardines, cerca de la Puerta del Sol, que me había recomendado un hermano que había allí parado. El dueño era un socialista, gallego, bueno a carta cabal, que trabajaba en uno de los

café de la Corte, y la dueña excelente mujer, una buena cocinera y ama de casa. Nunca he olvidado a Marcos Rey y a Rufina, nombres de los mencionados. Marcos tenía a la cabecera de su cama un retrato descomunal de Carlos Marx, al que con frecuencia ponía de testigo en sus afirmaciones socialistas durante el curso de sus peroraciones. Ni que decir tiene que después de Carlos Marx era Pablo Iglesias el santo de su devoción. Lo que más estimaba en aquel hombre era su bondad y su honradez, para mí superior a sus doctrinas marxistas.

Por aquellos días se celebraba en Madrid un Congreso Nacional del Partido Socialista Obrero, y cuantos delegados de provincias pudieron, se alojaron en la casa de huéspedes de su correligionario Marcos Rey, el cual, al levantarse todas las mañanas a temprana hora, saludaba cama por cama a sus compañeros, deseándoles un buen acierto en la labor emprendida. Entonces tuve ocasión de conversar y observar de cerca a aquellos hombres. Eran obreros instruidos y convencidos del ideal que sustentaban, de un corte superior a los hombres que a cada paso se trataban, pero sus ideas marxistas no hacían la menor mella en mi espíritu juvenil. Aunque alguno se interesó por presentarme y recomendarme a Pablo Iglesias, no acepté la oferta.

Ya tenía trazada la trayectoria idealista de mi vida y estaba firmemente resuelto a seguirla sin vacilación ni debilidad alguna por cara que me costara la empresa.

Lo primero que hice a mi llegada a Madrid fue buscar a Fermín Salvochea, pero todavía no había llegado de Cádiz. Arribó a los pocos días y no dejé ni uno solo de visitarlo. Habitaba en un tercer piso de una casa situada en la calle de Zorrilla, detrás del Congreso de Diputados. La escalera de su domicilio parecía interminable, pero la subía, a pesar de sus 57 años de edad, como un hombre joven, mientras que yo me sentía algo cansado. Un matrimonio obrero, de condición económica muy modesta, le había subarrendado el pequeño local que ocupaba; dos habitaciones corridas, estrechas como un corredor, con un balconcito a la calle. En una tenía una camita y una percha y le servía de dormitorio, y en la otra, una mesa y dos sillas, como sala de espera y comedor. Aquel matrimonio lo tenía en la estima que merecía y se extrañaba de lo que ocurría con un niño grandecito, su único hijo. El muchacho era muy díscolo y no había manera que se dejase bañar, ni con ofrecimientos, ni con amenazas, pero intervenía Salvochea y se convertía en un modelo de humildad, dejándose desnudar y meter en el agua, tal era el poder persuasivo de Fermín con su extrema bondad.

Cuando a la caída de la tarde llegaba a la vivienda de Salvochea, le esperaba sentado mientras comía y, entre tanto, hablábamos de asuntos relacionados con nuestras ideas. La comida de Salvochea consistía en queso unos días, otros carne cruda, a veces frutas, que cortaba en pequeños pedazos, como el pan, y comía en pie, paseando de una a otra habitación, animándose nuestra charla.

Después íbamos al correo, donde depositaba una tarjeta postal para su amada madre, y pasábamos a una de las aceras de la Puerta del Sol, frente a Gobernación, donde numerosos grupos, pertenecientes a todos los partidos políticos y sociales, discutían acaloradamente. Las reuniones aquellas eran muy pintorescas y por lo visto ya hace años que desaparecieron. Se discutía con pasión los asuntos del día y se mentía mucho. Por cierto que a Salmerón le hacían mucha gracia aquellas reuniones al aire libre, no controladas por la policía, aunque no faltaban los soplonés. Allí se encontraba siempre su hijo Nicolás Salmerón y García, el sordito, que cuando a

fuerza de gritarle llegaba a sus oídos alguno de los muchos disparates que solían decirse, levantaba los brazos, contraía el rostro y exclamaba: “A veces me alegra mi sordera, pues me evita oír tantas tonterías”. Por su conducta democrática, aquel hombre bueno era querido por todos. Nosotros parábamos allí poco, pero a veces los grupos charlaban hasta bien entrada la noche.

A poco de anochecer dejábamos los grupos de la Puerta del Sol y nos dirigíamos a la calle Horno de la Mata. En el piso principal se encontraba el Centro Asturiano y en el segundo piso el Casino Federal, cuyo conserje, Antonio Gimeno, nos hablaba con frecuencia de los primeros trabajos de la Internacional de Trabajadores en España. Fue uno de los compañeros de Anselmo Lorenzo y retratado con él se ve en una fotografía de aquella época. Fue uno de los obreros que había formado en Madrid el núcleo organizador de aquella asociación, a la llegada de Fanelli. Cuando yo conocí a Gimeno se le veía enfermo, encorvado, con barba sin afeitar y envuelto día y noche en una capa parda. Había perdido las energías de antaño, pero seguía fiel a su ideal. Su vieja compañera estaba siempre a su lado y parecía animarlo con su mirada y sus palabras.

Los republicanos federales, como es sabido, tienen muchos puntos de contacto con los anarquistas y se entendían con éstos en aquella casa. Careciendo en aquella época del local propio y siendo muy perseguidos por la policía, nos refugiábamos en el Casino Federal donde éramos muy bien acogidos por sus socios. Entre otros federales que por allí pasaban, recuerdo a Nicolás Estévanez, Palma, Rosendo Castell, Félix Jaime y Félix Latorre. No olvido a un albañil, el federal Bermejo, de fácil palabra y amigo de los discursos, que cuando hablaba, para empequeñecer a Pablo Iglesias, le llamaba el compañero “Ermita”. Aquellas reuniones eran muy animadas e interesantes, pero al sonar el reloj la primera campanada de las diez, Salvochea se retiraba a su domicilio. La reunión languidecía en su ausencia y a poco cada uno iba a su casa.

Además de los federales y anarquistas se reunían en el Casino Federal, todos los obreros que no estaban conformes con las ideas y tácticas del socialismo autoritario inspirado por Pablo Iglesias. Así que aquellas sociedades obreras estaban integradas por anarquistas, societarios y republicanos. Por cierto que tenían unos nombres muy sonoros que hacían sonreír, como “La Locomotora Invencible” (obrerros ferroviarios), “La Botina de Oro” (zapateros), “El Porvenir del Trabajo” (albañiles), etcétera.

Todos aspiraban al triunfo del comunismo libertario y no podía por menos de sentir la mayor admiración por aquellos trabajadores idealistas. En ellos estaba muy arraigado el verdadero concepto de igualdad y ninguno tenía la ambición perversa de mandar a los otros y menos de aprovecharse de las sociedades obreras para medrar. Todas las sociedades tenían sus reglamentos aprobados por el Gobierno Civil, para cumplir con los requisitos que la ley les exigía, pero siempre que en las reuniones no estaba el delegado de la policía presente, se escogía entre los reunidos un presidente y un secretario para el buen funcionamiento de la reunión.

La sociedad de albañiles “El Porvenir del Trabajo” acordó fundar una escuela laica nocturna, que por aquel entonces se fundaban en todo el país. Algunos se ofrecieron gratuitamente como maestros de la futura escuela, pero cuando la iniciativa se convirtió en una realidad, ninguno de los que se habían ofrecido se presentaron a cumplir lo prometido, y si no me presento yo, la escuela no llega a funcionar.

Sin encontrar quien me ayudara, yo hice de maestro algunos meses, con tanto interés que muchas noches se me olvidaba ir a cenar. Cuando caí enfermo y fui preso, no encontré quien me sustituyese y la escuela se cerró. Salvochea la visitaba con frecuencia y se complacía de su funcionamiento.

* * *

Los federales que traté en aquel local eran ya hombres de edad madura y de mucho valer, desde el punto de vista revolucionario. Uno de ellos, Rosendo Castell, médico de sanidad militar con el grado de coronel, farmacéutico y abogado, me atrajo a su amistad y me consideró, como era entonces y lo sigo siendo, un decidido revolucionario.

Castell me invitó a tomar parte en una conspiración revolucionaria, en la que se contaban militares y paisanos; tan joven era, que algunos valientes desaprobaban mi intervención en tan delicado asunto. Pero Castell se impuso en aquella ocasión. Él garantizaba que no faltaría yo a la palabra empeñada y que combatiría como el primero. Se trataba nada menos que de apoderarse del Palacio Real —dentro del cual había bastantes comprometidos—, arrojar a la familia real por los balcones, con una cuerda al cuello y proclamar la república. Después deberíamos llamar al pueblo a la lucha y desencadenar una insurrección popular con todas sus consecuencias. La noche señalada para el asalto al Palacio Real compré una pistola en una casa de empeño de la calle Atocha, me la oculté en la cintura y me dirigí a la Plaza de Oriente poseído del mayor ardor bélico.

Todos los comprometidos faltaron a la cita, se rajaron, como se dice en México, y sólo entontré a Castell paseando nervioso en uno de los patios del Palacio y juraba que no habría de participar en complot alguno. Ambos tomamos el fresco aquella noche en los patios accesibles del edificio, maldiciendo a los ausentes, mientras reyes y conjurados dormían dentro el más tranquilo sueño. Ni siquiera los centinelas hicieron caso a nuestras idas y venidas en aquellos lugares.

Después he participado, en el curso de los años, en muchos complots más o menos parecidos, en los que me jugaba la libertad y la vida. No recuerdo haber triunfado más que en una, al proclamarse la República en España. No me encarceló el enemigo que iba de huida sino el amigo que triunfaba con la ayuda del pueblo y lo sustituía.

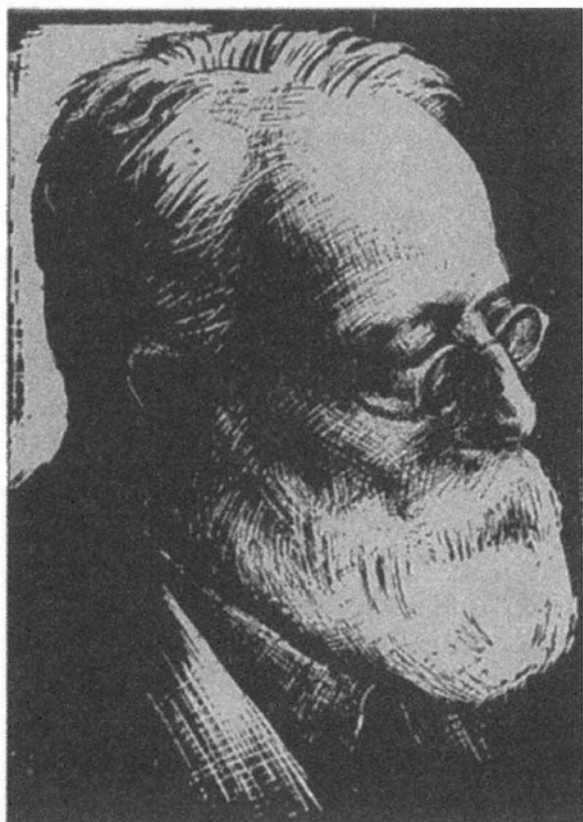
Castell no escarmentó aquella vez, y como lo llevaba en la masa de la sangre, siguió conspirando toda su vida, hasta que triunfó Franco y lo hizo encarcelar en el Castillo de Montjuich de Barcelona, muy anciano y enfermo, donde encontró la más triste muerte.

* * *

Por referencia de Salvochea supe que habitaban en Madrid Federico Urales y Soledad Gustavo, y traté de ponerme en contacto con tan buenos compañeros. Estaban alojados en un piso de la calle Ponciano, y luego pasaron a un pequeño hotelito situado en un lugar apartado de los Cuatro Caminos, con un jardincito a la calle, que sembraba de verduras y regaba Urales, dándole a la casita un aspecto más atractivo. Primero publica-

FERMÍN SALVOCHEA

(Cádiz, 1842-1907). El más legendario de los anarquistas andaluces, procede de una familia comerciante y fue educado en Inglaterra. Republicano federal, dirigió la guerrilla del 69, se expatrió y regresó para ser diputado y alcalde de su ciudad, proclamando el cantón. Encarcelado y exiliado se declaró desengañado de la política y fundó *El Socialismo*, órgano anarquista de tendencia kropotkiniana. Condenado como inductor de la insurrección de Jerez del 92, e indultado en 1899, se dedicó a traducir y escribir en publicaciones ácratas hasta su muerte. Su personalidad ascética y solidaria inspiró a Blasco Ibáñez (*La bodega*) y Valle Inclán (*Baza de espadas*). Pedro Vallina escribió una biografía suya titulada *Crónica de un revolucionario* (1958).



ANSELMO LORENZO

Una de las figuras más simpáticas y trabajadoras del anarcosindicalismo español: Anselmo Lorenzo, obrero tipográfico, logró hacerse una cultura sólida ora asimilando los textos que componía con los caracteres del taller de imprenta, ora en la continua lectura a la que se entregaba apasionadamente. El anarquismo bakuninista sembrado en España por Guiseppe Fanelli, encontró a Lorenzo suficientemente preparado y fue uno de los gestores de la Sección Española de la Internacional. Asistió a la Conferencia de Londres en 1871. Murió en 1914, en Barcelona, y una de sus tareas últimas fue elaborar el almanaque de la revista *Tierra y Libertad* (▶).



LA REVISTA BLANCA
 SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 67. ADMINISTRACIÓN: CARRANZA BARRIO, L.—MADRID. 1.º de Abril de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: Congreso de Barcelona. Inauguración, por Antonio López.—Cataluña, Aragón y Castilla, por Pedro Ferrer.—Apuntes de un viajero, por E. Guzmán Barón.—El futuro de España, por Fernando Laguarda.—Crónica científica por Tomás del Moral.—Las masas por José María Barón.—París, por Emilio Izal.

SOCIOLOGÍA

Congreso de Barcelona.—Inauguración⁽¹⁾

El domingo 10 de Junio de 1900, en el Teatro del Circo de Barcelona, a las diez y media de la mañana, inauguró sus sesiones el primer Congreso obrero español, en asistencia de un centenar de delegados de Andalucía, Valencia, Aragón, ambas Castillas y gran mayoría de Cataluña, no siendo posible mayor representación por falta de tiempo, medios, y, sobre todo, de organización.

Los delegados ocupaban las primeras filas de butacas, y todas las demás localidades se hallaban atardecidas de trabajadores de ambos sexos, estando además llenas los pasillos y aun aglomerándose la gente a la entrada por la imposibilidad de hallar sitio para todos.

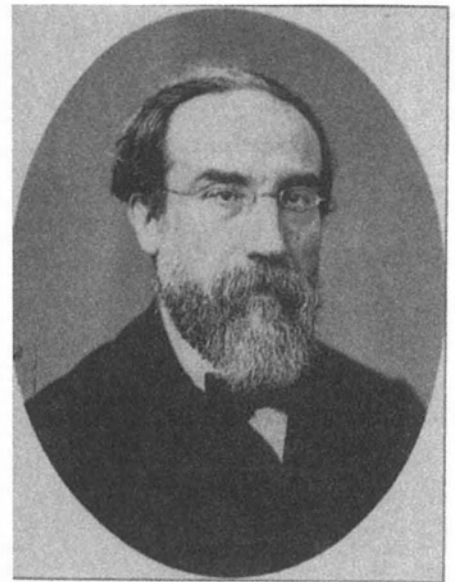
Habían acudido los trabajadores agrupados y como en manifestación por sociedad de su país y sus por talleres y fábricas, atestigüando así la consideración y respeto que le inspiraban el grande y trascendental acto que iba a realizarse.

La presidencia estaba en el centro del escenario. Detrás ostentábanse ciertos grupos de banderas, en cuyo centro dominaba un estandarte rojo con el lema en letras doradas y bien legibles «No más derechos sin deberes, no más deberes sin derechos» simbolizando las antiguas y despreciadas naciones en disposición de convertirse en una sola entidad regida por la justicia. A ambos lados se habían colocado grupos ó hermandades en representación del trabajo. A los extremos del proscenio, a cada lado, había una mesa para los secretarios y delante hallábanse la tribuna para los discursos. Finalmente, en el sitio de la orquesta había mesas para los periodistas y sus colaboradores.

Momentos de expectación reinaban: la sala buscando vida, esperanzas, ilusiones, consuelo y cuanto moralmente anima lo presente y da vida á lo porvenir, y al ser nario desierto.

(1) De El Fraternidad Miliante, libro de historia, arte y de masas, editado por el autor.

En su época de estudiante en Madrid, Pedro Vallina frecuentó los ambientes republicanos y ácratas. Federico Urales, alma de la Revista Blanca (▲). Pi i Margall, destacado republicano federalista (▼). Lerroux en un mitín (▼), y manifestación republicana (▶), cuadro de Antoni Estruch titulado *La República* (1904).



ron *La Revista Blanca* y luego, como suplemento, *Tierra y Libertad*, que llegó a ser diario poco tiempo. El objeto era que cuando fuese suspendido por las autoridades el suplemento, tal vez quedaría publicándose la revista, por su contenido sociológico y no de combate. Así me lo explicaron. Además de ello, como redactores, figuraban Salvochea y el joven extremeño Antonio Apolo que trabajaba en la imprenta de Antonio Marzo donde se imprimía el periódico. El nombramiento de los últimos más bien era nominal, pues no intervenían en el manejo de las publicaciones. Salvochea los estimaba mucho, sobre todo a Soledad Gustavo que creía una mujer muy enérgica, y con frecuencia los visitaba llevándoles algún original y recogiendo *Le Temps Nouveaux*, publicado en francés por Juan Grave, que leía y comentaba a sus oyentes en el casino Federal. Las noticias que más le interesaban a Salvochea eran las de los jóvenes que se negaban a ir al cuartel. Otras veces el original que llevaba a *La Revista Blanca* era por encargo de los grupos de provincias, para leerlo en la conmemoración de algunos actos heroicos de la lucha social, como los Mártires de Chicago, la Comuna de París, etc.

Yo acompañaba siempre a Salvochea a sus visitas a los Cuatro Caminos, y como la distancia era larga y tomábamos el tranvía, me entretenía contándome algún relato de su vida azarosa, que escuchaba con la mayor atención y así el camino me parecía corto. Allí vivía también una hermana de Soledad Gustavo, una muchacha joven de cara muy bonita. Aquella mujer tenía la misión de repartir a pie la revista a los suscriptores de Madrid. Recuerdo que en el primer almanaque de *La Revista Blanca* se publicó una poesía mía con el título de “Pensamiento de Lamennais”, tratando de la injusticia de que eran víctimas los campesinos.

Por aquellos días vino a visitarme el viejo anarquista Ernesto Álvarez, al que yo le había enviado algún original para un periódico que publicaba no recuerdo dónde. Iba de paso con su familia, llamado por los obreros de La Línea para dirigir una escuela laica, y como la distancia era larga se encontraba muy preocupado por el viaje, pero se despidió muy animado cuando yo le aseguré que aquel lugar era muy bueno y no tenía nada que temer.

El primer mitin obrero de carácter libertario que presencié en Madrid, tuvo lugar en un salón de la calle Atocha, y lo presidía un viejo y activo militante llamado Francisco Tomás. La asistencia era escasa y entre ella se encontraban algunos socialistas, que impedían hablar a los oradores con sus interrupciones, mostrándose más intransigentes con los trabajadores de su clase que con los mismos burgueses de la clase contraria.

* * *

En 1900 tuvo lugar en Madrid un congreso donde quedó constituida la “Federación de los Trabajadores de la Región Española”. Estaban representadas 150 organizaciones con un total de 52.000 miembros. Salvochea y yo tomamos parte en aquel congreso como socios que éramos de la Sección Varia, con sede en el Centro Obrero de Horno de la Mata.

Entre los numerosos delegados se encontraban de Sevilla, Francisco Sola y Antonio Ojeda, magníficos oradores, y uno de Jerez, José Torralvo. En una de las sesiones de este comicio, celebrado en el teatro Barbieri, con extraordinaria concurrencia, se trató de la cuestión de la enseñanza entre los trabajadores. El mitin de clausura

revistió verdadera importancia por la calidad de los oradores y por los temas que fueron tratados. Como supiera por el diputado republicano don Gumersindo Azcárate que aquella noche al terminar el congreso serían detenidos los delegados Sola, Ojeda y Torralvo para conducirlos a Sevilla por la guardia civil, donde se había declarado una huelga general con carácter revolucionario, me los llevé a dormir a mi domicilio, pero a eso de la madrugada, llegaron el inspector de policía Puga y sus agentes, y detuvieron a mis compañeros, pero se negaron a detenerme a mí y llevarme con ellos, por más esfuerzos que hice, porque el jefe "no admitía voluntarios".

El congreso acordó que el comité de la Federación residiera en Barcelona, como se hizo, y su secretario Francisco Soler, fue condenado después por sus actividades societarias, a ocho años de presidio. En una carta que me escribió a París, y de la que hice mención en el periódico *La España Inquisitorial*, no se lamentaba de su mala suerte, sino que se complacía de aquella condena, como un ejemplo viviente que dejaba a sus hijos.

Aquel documento que yo guardaba adrede con otros muchos, desenmascarando a los inquisidores españoles, cayó en poder de la justicia francesa, durante el ruidoso proceso del atentado de París contra Alfonso XIII. El juez de instrucción Mr. Leidet, al leer la carta de Soler, se escandalizó de su condena y me preguntó cómo podían suceder aquellas cosas en España. La lectura de aquellos documentos influyó de tal forma en aquel magistrado, que cuando salí absuelto, no vaciló en felicitarme con una visita que me hizo su secretario en su nombre.

* * *

Pi y Margall falleció el 29 de noviembre de 1900. Había dado una conferencia en la Casa de Estudiantes. Siendo la noche fría, a la salida se sintió enfermo; se trataba de una bronconeumonía. La enfermedad fue corta y penosa, y Madrid recibió la noticia de la muerte del gran hombre con profundo pesar.

Salvochea tenía en poca estima a los tribunos de la primera República, a quienes culpaba de su fracaso. A Pi y Margall lo estimaba mucho, pero le atribuía falta de hombría con referencia al período republicano.

Aquella noche nos reunimos los compañeros en el Centro Federal para concretar nuestra actitud referente al entierro de Pi y Margall. El gobierno, temiendo desórdenes, había dispuesto que el cadáver del finado no fuese llevado al centro de la capital, sino que desde el barrio de Salamanca, donde habitaba, fuese conducido directamente al cementerio civil.

Salvochea marcó la pauta a seguir con estas palabras: "Contra la voluntad de las autoridades llevaremos el cadáver a la Puerta del Sol y de allí a los barrios bajos, donde el pueblo nos seguirá y el homenaje puede resultar con la quema de algún convento por el alma de don Francisco". A todos nos pareció bien el programa y nos separamos dispuestos a cumplirlo.

De buena hora nos dirigimos a la casa mortuoria, donde comenzaba a congregarse una multitud inmensa. Recuerdo habernos encontrado con Federico Urales y Pedro Corominas, que conversaban animadamente. Poco después de nuestro grupo de compañeros se destacó el equipo encargado de llevar a cuestras el féretro, a fin de burlar las disposiciones del gobierno.

Nunca he visto multitud tan numerosa rindiendo con tanto fervor tributo de admiración al recuerdo de una persona querida, a no ser en el entierro de Luisa Michel en París. Puede decirse que todo Madrid acudió a la emocionante cita. Arrancó la comitiva, y cuando llegamos a la Cibeles, los obreros que llevaban auestas el ataúd, anarquistas como queda dicho, en vez de dirigirse al cementerio tomaron por la calle de Alcalá arriba en dirección a la puerta del Sol. El momento fue tan crítico como emocionante, pues mientras los cordones de policía se atravesaban en la ruta, el pueblo, guiado por Salvochea, proseguía adelante y ante actitud tan enérgica y decidida, el jefe de policía creyó más prudente evitar un choque en aquella circunstancia. Un policía intentó arrestar a Salvochea, pero Salmerón y García, muy amigo suyo y que iba a su lado, lo evitó oponiéndose a ello resueltamente.

En la Puerta del Sol falló nuestro programa, separados unos de otros, llevados y traídos por el oleaje humano, el mar de gente se deslizó con el muerto bajando por la Carrera de San Jerónimo. Disgustado Salvochea, regresó a su casa, pero nosotros continuamos camino del cementerio.

Al pasar la manifestación por delante del Congreso de los Diputados, los padres de la patria salieron al vestíbulo, circunstancia que aprovechó el gentío para dirigirles toda suerte de improperios. Por mi parte les increpé dirigiéndome a Segismundo Moret, el más tieso y encopetado de todos. “¡Sinvergüenza!”, apostrofé, y el mastodonte Aguilera, gobernador civil de Madrid, me amenazó con el bastón al tiempo que me gritaba: “¿Así respetáis la memoria del muerto?”

Al anoecer se dio sepultura en el cementerio civil a los despojos de Pi y Margall ante una multitud silenciosa y compungida, silencio que rompió un obrero gritando: “¡Viva la anarquía!”, que fue contestado por la concurrencia.

Por la noche, los compañeros nos reencontramos en el Centro Federal. Salvochea no ocultó su disgusto por lo incompleto que había quedado el programa del entierro. Pero, a no ser por los anarquistas, el cadáver del gran republicano habría sido conducido sigilosamente a su última morada.

En *Tierra y Libertad* publiqué yo una reseña de lo ocurrido durante el entierro, y Eduardo Barriobero dedicó un número extraordinario de su revista *Germinal*, en homenaje a la personalidad de Pi y Margall, destacándose un artículo de Roberto Castrovido.

* * *

A principios de siglo, Madrid no era más que una capital mayor de provincias, con la importancia que le daba la presencia del gobierno de la nación. Había lugares, como los Cuatro Caminos, que se reducían a una plazuela con pequeñas calles adyacentes. El pueblo gustaba de bailes y verbenas, y de representaciones teatrales, especialmente del género chico. En la política había pugna establecida entre liberales y conservadores dinásticos, que se repartían el poder por turnos. Aquella política era mezquina y despreciable. Todavía estaban en auge las funestas figuras de Polavieja, Weyler, López Domínguez, Silvela, Sagasta, Moret, Vázquez de Mella, Maura, etc. Canalejas pugnaba por el imposible de fundar un partido democrático destinado nada menos que a liberalizar y modernizar la vieja monarquía.

Los republicanos mantenían en sus filas figuras respetables como Pi y Margall, Salmerón, Azcárate, Labra y otros, y decorativas cual Blasco Ibáñez, Soriano, Lerrox y Junoy, este último llegó a ser influyente de Alfonso XIII.

Quien subía como la espuma era el sensato Pablo Iglesias, mimado por la gente del orden establecido, por estar a la moda el socialismo, y restar fuerzas a los republicanos y al movimiento libertario.

El pueblo que pasaba hambre se rebelaba a su manera, sin estar influido por las prédicas de los políticos de izquierda. Encontrándome un día en los Cuatro Caminos fui testigo y partícipe de un violento motín contra las casetas de cobro del impuesto de consumos, una de ellas, que servía de almacén a los productos decomisados, fue saqueada por la muchedumbre, llevándose para saciar el apetito buen número de jamones y botellas de vino. Aquella noche cenó y bebió bien la gente de la barriada, yo entre ellos. También se dieron ataques parecidos al mercado central de la capital, haciéndose bajar el precio de los comestibles, arma más eficaz que las reclamaciones rutinarias de los periódicos.

* * *

Ante el empuje del clericalismo, que había logrado rodear la capital con un anillo de conventos, verdaderas fortalezas, y que Joaquín Dicenta llamó la atención en un artículo titulado "El Sitio", se despertó una cierta inquietud en el pueblo liberal, que aumentó con el caso de la señorita Ubao, secuestrada por los jesuitas para robarle los millones que tenía en herencia.

La señorita Ubao fue internada en un convento por las mañas del padre Ganzúa, que, con sus malas artes, había logrado separarla de su madre enferma y de su novio, para que la Orden heredara en lugar de la muchacha. El padre Ganzúa era muy conocido como especialista en la materia, en la que era un genio verdadero y debido a lo cual se había ganado tan merecido apodo. La señora viuda de Ubao, había reclamado por todos los medios a su alcance la devolución de su hija secuestrada, con resultado negativo. ¡Ni siquiera el deseo de cuidar a su madre enferma influyó en el ánimo de los hijos de Loyola! Desesperada, la pobre señora, se dispuso a todo, incluso a perder su sitio en la gloria eterna, acudiendo a un hereje, Nicolás Salmerón y Alonso, nombrándole abogado suyo con amplios poderes.

En tan propicias circunstancias fue cuando Benito Pérez Galdós, aludiendo al caso de la señorita Ubao, escribió su famoso drama *Electra*, estrenado con toda solemnidad en un teatro de la villa la misma noche que se celebraba una velada en el Casino Federal.

Como acabamos de decir, se celebraba en el Casino Federal la noche del estreno de *Electra* una velada con motivo de la inauguración de una escuela laica, que yo dirigía, fundada por la sociedad de albañiles "El Porvenir del Trabajo". El salón estaba atestado de gente y por casualidad faltaba el representante de la autoridad, así que los oradores se despacharon a su gusto. A poco de comenzar el acto, y siendo poco amigo de los discursos, me dirigí al bar a tomar una taza de café. A poco entró el médico militar Rosendo Castell, federal y hombre de acción, sentándose a mi lado. Una idea le aguijoneaba, que me comunicó en secreto. Enterado de lo que se proponía, salimos del bar y penetramos en el salón de la reunión, concurrida en su mayor

parte por obreros de la edificación. Subido a la tribuna, Castell gritó: "Mientras aquí discursamos, los jesuitas, creyendo en nuestra impotencia, han tenido la osadía de invadir el teatro y silbar estrepitosamente la obra de Pérez Galdós".

El primer momento fue de estupefacción en la concurrencia, luego, la gente vibró en juramentos y cierres de puños.

Nicolás Salmerón y García, hombre bueno y excelente amigo del pueblo, que jamás faltaba a semejantes reuniones, sucedía a Castell en la tribuna, demostrándose muy indignado por lo ocurrido. Como era muy sordo, no pudimos decirle, sin enterar a los otros, de la farsa que se tramaba.

Yo cerré el acto con una arenga violenta e invité a los reunidos a seguirme hasta el teatro a enfrentarnos con los jesuitas, que se atrevían a interrumpir la representación de la obra de Pérez Galdós.

La concurrencia me siguió en masa, y como en la vecindad había una casa en construcción, los futuros combatientes se llenaron de piedras, como puños, las fajas y los bolsillos.

Llegamos a la plaza de Santa Ana, en la que se hallaba emplazado el teatro; el silencio que reinaba en la misma era absoluto. La normalidad era perfecta. Enviamos a Salmerón y García al interior del teatro para que se cerciorase del alcance de la protesta jesuítica. Como estaba sugestionado y era sordo, volvió a la plaza creído de que la gritería era enorme y la pita formidable.

Ni que decir tiene que los jesuitas no habían hecho acto de presencia. Ésos no dan nunca la cara, las matan callando, como dice el adagio.

Yo me quedé en la calle, disimulando los grupos de obreros en los lugares próximos al teatro, para evitar que la policía, que estaba ojo avizor, se diera cuenta de nuestra presencia; pero algunos federales, con Rosendo Castell, se sentaron en un bar de una calle cercana al coliseo, donde se dedicaron a convertir en jesuitas del momento a unos muchachos vendedores de periódicos, cuya misión no era otra que lanzar algunos gritos provocadores, ocultos en las sombras de los árboles de la plaza, a una señal que se les hiciera.

Momentos antes de la salida del teatro, nuestros grupos se concentraron frente a la puerta del coliseo, esperando los acontecimientos.

Entretanto, la policía se había dado cuenta de nuestra presencia, acudiendo en gran número, mandada por el inspector Visedo, que llevaba un levitón gris y un sombrero de copa de los más relucientes.

Momento emocionante por nuestra parte al abrirse las puertas del teatro. El silencio de la noche fue roto por algunos al ponerse a gritar como poseídos: "¡Abajo la libertad! ¡Muera Galdós! ¡Vivan los jesuitas!", seguidos de la réplica prevista: "¡Viva la libertad! ¡Viva Galdós! ¡Mueran los jesuitas!", armándose, como era de esperar, un cisco formidable. El inspector Visedo avanzó decidido contra nosotros seguido de sus agentes; pero Castell, que por andar algo cojo utilizaba un rudo bastón, lo descargó sobre la chistera del policía, abollándosela y dejándolo sin sentido. Los que salían del teatro, sorprendidos, retrocedían, en tanto del interior les empujaban hacia afuera, dando por resultado que muchos cayeron al suelo en grupos compactos. La policía se mostraba incansable repartiendo palos y sablazos a troche y moche, mientras los revoltosos replicaban con certeras pedradas. Desde los balcones los vecinos arrojaban sobre la policía toda suerte de extraños proyectiles, entre los cuales cubos y

escupideras, y voces femeninas se oían azuzando a los hombres contra los enemigos del pueblo.

Al final de la contienda, que terminó por agotamiento de ambos bandos, los amigos nos dividimos en dos grupos; uno que se dirigió a las redacciones de periódicos liberales para protestar contra los secuestradores de la señorita Ubao y otro que pasó frente a varias delegaciones de policía para reclamar la libertad de los detenidos, que fue alcanzada tras no pocos trabajos y aun en el supuesto de que habíamos sido agredidos.

El pueblo de Madrid se interesó extraordinariamente por el drama *Electra*, acudiendo algunos miles de ciudadanos cada noche a proteger el teatro para que el clericalismo no acudiera a perturbar las representaciones. El resultado de aquellos sucesos sirvió para animar a los madrileños en la lucha contra el jesuitismo. También contribuyó al éxito que las representaciones de *Electra* tuvieron en los teatros de provincia.

Una vez los ánimos levantados, se sucedieron los motines y ataques a iglesias y conventos, que tanto menudeaban. Me bastaba salir de la Facultad de Medicina de San Carlos a la cabeza de algunos centenares de estudiantes amotinados, para que pronto el número de los rebeldes aumentase por millares. Recuerdo que en uno de aquellos combates callejeros, en los que hacíamos retroceder a policías y guardias municipales, estuve a punto de ser aplastado por una losa que me tiraron de lo alto de la torre de una iglesia atacada.

Una noche, más de 200 hombres atacamos el convento donde estaba cautiva la señorita Ubao, sin conseguir romper los muros ni quebrar una vidriera del edificio, por cuya circunstancia nos dimos cuenta de que aquellos conventos eran verdaderas fortalezas, estratégicamente distribuidas, como tela de araña, por todo el perímetro de Madrid.

La llegada de Caserta, a Madrid, de genuina cepa carlista, para contraer matrimonio con la princesa de Asturias, colmó el desespero de los liberales, tomando la motinería visos de revolución, que no llegó a cristalizar por incapacidad de los jefes republicanos. “Prolonguen ustedes la agitación callejera —me decía Lerro—, que los militares saldrán sublevados de un momento a otro”. Y no salió nadie más que la guardia civil, cada vez en mayor número y con más pésimas intenciones.

Una noche se celebró un mitin en uno de los locales situados en el centro de Madrid, ocupado por una muchedumbre enardecida. Salmerón se presentaba como un gran orador de sus mejores tiempos, y como mencionara a los jesuitas, una voz salida del público gritó: “Hay que expulsarlos del país”, a lo que el tribuno contestó atronando el local: “No hay que expulsarlos, hay que aniquilarlos, porque el que tenga un perro rabioso en casa, no tiene derecho a arrojarlo en casa de su vecino”.

Un escuadrón de guardia civil de caballería patrullaba por la calle donde se celebraba el mitin.

La situación se agravó tanto que se declaró el estado de guerra, y el general Weyler ocupó el mando militar de la plaza dispuesto a hacer una carnicería, contando con las fuerzas armadas que tenía bajo sus órdenes. Como siempre, el pueblo desarmado tuvo que someterse a los que tenían la fuerza, pero no la razón.

Pero nuestro esfuerzo no fue realizado en vano, pues desde la calle se influyó poderosamente para que Salmerón ganase el pleito a los jesuitas con lo que la seño-

rita Ubao fue devuelta a su madre y a su novio, que la esperaban con los brazos abiertos.

Si la causa de la libertad de la señorita Ubao era justa, y por eso los hombres justos intervinieron, en cambio la familia Ubao no valía gran cosa y se dirigió a Roma en peregrinación para besar el anillo del Papa y pedirle de rodillas la absolución por el pecado de haber contado con los anarquistas y librepensadores para alcanzar la libertad de la enclaustrada con engaños.

* * *

Durante la agitación del pueblo de Madrid por el asunto de la señorita Ubao, tuve noticias que los viejos federales convocaban a una reunión urgente de mucha importancia, y allí me presenté en el Casino Federal, pero resultó que la reunión era secreta y yo muy joven para lo que tenía que tratarse, así que mi presencia fue rechazada y tuve que marcharme. Pero uno de los representantes me informó poco después.

Después de una acalorada discusión sobre la situación que se atravesaba, en la que los clericales se mostraban muy insolentes, se acordó nada menos que dinamitar algunos establecimientos religiosos, de los muchos que se levantaban amenazadores en la capital de España.

Lo cierto es que llegó a Madrid, procedente de Bilbao, una caja de madera de regular tamaño, conteniendo varios kilos de dinamita. Como el cargamento no era fácil de colocar, por el peligro que encerraba, fue de momento depositado en el Casino Federal, dándose aviso a los interesados de que vinieran a recogerlo, pero los tales se asustaron, y ninguno apareció por allí. Hasta el conserje Gimeno amenazó con dimitir si no se sacaba pronto del local la caja de dinamita. No cabe duda de que aquellos hombres habían luchado en otros tiempos, pero en los años que llevaban pasivos en Madrid habían perdido todas sus energías.

Salvochea consultó conmigo lo que ocurría, y ambos solucionamos el conflicto, devolviendo la tranquilidad al Casino Federal.

Primeramente llevé la caja comprometedora a mi habitación de estudiante, en la calle Jardines, ocultándola debajo de la cama, si bien el sitio no era adecuado. Además, la policía me hacía registros con frecuencia. Después lo trasladé a la imprenta donde trabajaba el compañero Francisco Carbajosa, un venerable anciano de larga barba blanca, muy estimado en los medios revolucionarios de Madrid, y allí escondí la caja en un pozo que había, suspendida de una soga. Dicho pozo ya no estaba en uso, pero contenía agua y era muy húmedo y frío.

El tiempo que tuve escondida la caja con dinamita debajo de mi cama, fue motivo de preocupación para mí, porque en aquellos días tuve el sarampión y luego la viruela, y temía que con el delirio de la fiebre declarara el cuerpo del delito a los habitantes de la casa. Por otra parte, una hermana que había llegado para cuidarme, me pedía la caja para abrirla y sacar la ropa sucia que yo le había dicho contenía.

Dispuesto a dar aplicación al material de la caja, escogí un convento enclavado en los Cuatro Caminos. Preparé los cartuchos en pequeños paquetes, cada uno provisto de una cápsula de fulminato de mercurio y su mecha correspondiente, y ayudado por un compañero, lo colocamos en unos caños para el desagüe del agua de lluvia, muy a propósito para lo que deseábamos. Calculamos veinte minutos para producir-

se la explosión, y desde la Glorieta de Bilbao aguardamos los efectos. La deflagración no se produjo, fallando todos mis cálculos, y aquella noche no pude dormir, decepcionado por el fracaso.

¿Cuáles fueron los motivos del mismo? Supongo que la baja temperatura del pozo había producido un estado de congelación en la dinamita. Si yo lo hubiera sabido, habría pasado la dinamita por un baño de maría, a cierta temperatura, y se hubiera evitado el fracaso.

Tiempo después, hablando con Estévanez en París de aquella dinamita, me dijo con toda seriedad: "Como todos tenían miedo yo mismo pensé hacerla estallar en la iglesia de los Jerónimos, en la calle de la Montera, pero como soy tan conocido, algunos me lo quitaron de la cabeza, no fuera que me descubrieran en el momento preciso".

* * *

Por entonces se encontraba en Madrid un tipo bastante pintoresco, llamado Ernesto Bark, de nacionalidad rusa. Se había casado con una guapa malagueña. Él era alto, delgado, con bigote rojizo y pelo del mismo color encrespado y ojos azules de felino; ella era baja, algo gruesa, graciosa de aspecto. Cuando salían los dos a pasear cogidos del brazo, se extrañaba la gente del contraste de la pareja. Bark tenía en Madrid una Academia de Lenguas que le producía para vivir modestamente. Los hijos que tenía aquel matrimonio eran muy bonitos y bien educados. Bark era un socialista sui géneris. No era anarquista, aunque aceptaba la doctrina y frecuentaba a sus adeptos. Él se había forjado una mezcla de socialismo y democracia muy intrincada y difícil de entender. Publicaba una serie de libros con un plan desordenado, y con frecuencia me llevaba a la imprenta para leerme sus cuartillas. Manejaba mal el español, y yo, por mi incompetencia, no le podía corregir los errores de bulto. Parece que era admirador de Canalejas y fundó una sociedad con el título de Acción Democrática, que se dedicaba a dar conferencias y lecturas comentadas en los locales que le prestaban gratis. He de advertir que aquella sociedad no tenía existencia real, porque los grupos que acompañaban a Bark estaban formados por amigos de Salmerón y García, otros por mí, y por individuos atraídos por las convocatorias. Como el título de la agrupación parecía inofensivo, se le acogía con agrado. Pero como interveníamos algunos anarquistas, la reunión tomaba un giro inesperado, y al final nos indicaban que no volviéramos por allí. Así pasó en el Centro Mercantil.

Una vez fuimos a un Centro Republicano establecido en la calle del Príncipe para que nos prestaran el local, que era presidido por Rispa y Perpiñá, un viejo republicano de abolengo, que en una ocasión estuvo condenado a muerte. Nos concedió el local prestado, pero no le pareció muy bien el nombre de Acción Democrática que llevaba nuestra agrupación, aconsejándonos que, siendo jóvenes, pasáramos a la república. Yo le tranquilicé sobre el particular y le dije que no quedaríamos retrasados. En efecto, en la primera reunión que hubo intervinimos los anarquistas, y al terminarla nos rogó que no volviéramos por allí, porque éramos unos utopistas. En realidad, los motivos eran otros: en el segundo piso del local había una casa de juego, a la sombra del Casino Republicano.

Años después contaba Bark a un periodista, que le reclamaba alguna anécdota, lo siguiente: "Yo presidía una reunión de Acción Democrática, en la que hablaba Rispa y Perpiñá, y con frecuencia se golpeaba el muslo derecho y con los golpes

sonaban unas monedas de plata que llevaba en el bolsillo, y como Vallina estaba al lado, temía que oyera el ruido del dinero y lo llamara al orden”.

* * *

Por un asunto judicial que no recuerdo, varios conocidos fuimos citados a declarar ante el juez en el llamado Palacio de Justicia; pero antes convenimos en negarnos a prestar juramento. Sin embargo, todos faltaron a su palabra de hombre y juraron amedrentados ante el monigote del juez. Cuando llegó mi turno y el juez me preguntó si juraba, le contesté con voz recia: “¡No juro!”, a lo que el juez se mostró sorprendido por ser yo el más instruido de la partida, como así me dijo.

—Precisamente por eso no juro, por ser el más instruido, y además por no ser cobarde.

Entonces el juez cogió un código que tenía sobre la mesa y, mientras lo hojeaba, díjome:

—Ya verá usted la pena en que incurre por negarse a prestar juramento.

—No pierda usted más tiempo —insistí—, porque no he de jurar así me ahorquen. Y me dejó marchar sin servir de testigo.

Parece que en una reunión de gente del mismo pelaje, el juez hizo referencia a lo que había ocurrido conmigo. Uno de aquellos zoquetes, probablemente el que más lo era de todos, prometió que él me haría jurar a toda costa.

A tal efecto, un día recibí citación judicial para que concurriera a declarar; comprendí de lo que se trataba.

—¿Jura usted por Dios decir la verdad? —me dijo el juez secamente.

—No.

—Pues mil pesetas de multa —aulló el leguleyo.

Repitió varias veces la misma pregunta, correspondiendo yo con idéntica respuesta, a 200 duros de multa cada una, y así hasta deberle un servidor a la justicia una suma exorbitante.

—No se canse, señor juez —le advertí, por fin—, porque ni usted ni todos los jueces juntos lograrán que jure ni que suelte un sólo céntimo.

—¡A la cárcel, insolente! —prorrumpió el togado fuera de sí.

—El insolente es usted —le repliqué— que me está molestando indebidamente.

Y me disponía a arrojarle una silla a la cabeza cuando entraron unos guardias que me cogieron por un brazo y me arrojaron en un sucio calabozo atestado de rateros, algo más simpáticos que los servidores de la justicia.

A la caída de la tarde nos amarraron codo con codo para llevarnos a pie a la Cárcel Modelo.

Por el camino acertamos a topar con una cuadrilla de empedradores que me eran conocidos. Éstos empezaron a protestar a gritos y a arrojar piedras contra los guardias que nos conducían, siendo secundados por los albañiles de una obra cercana. El escándalo fue mayúsculo. Por fin llegamos a la cárcel, conociendo en tal sitio al repulsivo Millán Astray, director de la prisión y soplón máximo, padre del energúmeno que gritó en la Universidad de Salamanca: “¡Muera la inteligencia!”

El asunto de mi prisión coincidió con un estado de opinión anticlerical que se acentuó en aquel momento. Canalejas habló en el Congreso, Azcárate y Labra en el

Senado, abogando por la abolición de la ley del juramento y protestando de que a un detenido se le hubiera tratado con desconsideración y llevado por las calles de Madrid maniatado en compañía de presos de baja estofa.

Comentando lo ocurrido en la redacción de *El Heraldo de Madrid*, Salvochea, que conocía la situación precaria del gabinete liberal, le dijo confidencialmente a Canalejas que a la mañana siguiente estallaría la huelga general debido al hecho, no acudiéndose al trabajo hasta tanto el gobierno no hubiese sido derrocado.

Como Fermín lo esperaba, Canalejas corrió a visitar al ministro de Gobernación, Romanones, poniéndole al corriente de la huelga general supuesta. Por lo visto, ambos se concertaron para hacerla abortar a toda costa.

Con humor de mil demonios, Romanones llamó al gobernador, quien, a su vez, reunió a los jefes de policía para amenazarlos con la cesantía si convertían el mantenimiento del orden en asunto poco serio.

Consecuencia de estos conciliábulos fue la orden de detención contra los presidentes de las sociedades obreras domiciliadas en el Centro Federal de la calle Horno de la Mata. Una vez levantados de sus camas (pues era en la madrugada) fueron puestos en presencia del gobernador, quien les dijo:

—Estoy enterado por mis servicios que al inicio del día vais a declarar la huelga general en Madrid como protesta por la detención de un estudiante que se negó a jurar. Pues bien. Por mi honor prometo que el tal estudiante será puesto en libertad si ustedes me aseguran que dicha huelga general no será efectiva.

Los presidentes, naturalmente, nada sabían de la huelga que traía a las autoridades de cabeza. Pero comprendieron, y, muy formales, prometieron no promover el conflicto siempre que, por su parte, la primera autoridad civil de la provincia pusiera en libertad al estudiante detenido.

Gracias a todo este enredo, y previa intervención del propio Romanones cerca del juez, de buena hora fui despertado en la cárcel por un escribano oficial que me había enviado a la misma, y tras haberme dado toda clase de excusas por haber sido tratado cual vulgar ratero, me presentó un pliego para que lo firmara pidiendo al juez mi libertad provisional.

Le aseguré que más que con ladrones me habría avergonzado ir maniatado con un hombre de la calaña del señor juez, y que en cuanto a firmas no ponía ninguna, puesto que no ambicionaba recibir favor alguno de una persona amante del atropello.

Esta vez fue el juez que consultó a Romanones por teléfono para exponerle mi negativa. Y ya en la calle había aparecido una manifestación estudiantil vociferando cosas que me eran favorables...

—Por favor, suelte a este hombre de una vez para evitarnos inútiles quebraderos de cabeza.

Y acto seguido fui, no sacado, sino arrojado de la cárcel a empujones.

* * *

Por muy modestas que fuesen las casas de huéspedes en que me alojaba, llegó un día que me fueron despidiendo de ellas, a causa de las continuas visitas y registros que me hacía la policía y la fama que me habían dado de hombre peligroso.

El socialista Marcos Rey, después de elogiar mi conducta moral, me rogó abandonar el alojamiento, porque los otros huéspedes se mostraban inquietos y temerosos por mi presencia, y amenazaban con irse.

De la calle Jardines pasé a la de Olivar, en los barrios bajos, a la casa de huéspedes de una mujer que había sido cocinera de Cánovas del Castillo, muy beata y con una capilla dentro del piso. En seguida que se informó de quién era yo me mandó mudar a toda prisa.

En aquella casa me visitaba con frecuencia un hombre que vendía requesones de leche y tenía un pequeño negocio en una cochera cercana, con varios vendedores a su servicio, hombres y mujeres. Era muy aficionado a escribir poesías de fondo social, y me las llevaba para corregir. De ahí nació nuestra amistad. En una ocasión tuve que escapar de mi domicilio perseguido por la policía, que intentaba detenerme, y entonces el vendedor de requesones me llevó a su cochera, donde pasé oculto algunos días.

De noche, para distraerme, llevaban un pianillo y al son de la música bailaba y cantaba toda la dependencia. Aquella gente sencilla no era capaz de traicionarme, pero sí de defenderme si hubiera llegado la policía para detenerme.

Después de recorrer algunas casas de huéspedes, a cada cual peor para sí, volví a la calle de Jardines, cerca de donde vivía antes. La dueña de aquella casa de huéspedes era una pobre viuda con una niña y un hermano enfermo que no podía trabajar. Los huéspedes allí alojados eran de condición modesta y en su mayoría trabajadores manuales. Me encontré contento y continué hasta que tuve que escapar de Madrid. Todos me estimaban y no se asustaban de las visitas de la policía.

Allí paraba un hombre de edad madura que había sido militar durante la guerra carlista; tenía una hermana en buena posición económica y le pagaba el hospedaje. En la misma habitación dormía un soldado repatriado de Cuba, un verdadero bribón que se complacía en molestar al compañero de cuarto, cantando al despertarse una canción que comenzaba así:

*Disfrazada de puta gallega
Doña Blanca se vino a Madrid...*

El carlista se volvía en la cama de un lado al otro, le entraba una tos seca y aguantaba el chaparrón de disparates que le disparaba el otro.

Algunos días venían tres muchachitas muy pobremente vestidas a visitar al viejo carlista, que las abrazaba tiernamente como hijas que eran, nacidas de una mujer plebeya.

El ex soldado dejó de atormentar al carlista, y resolvió su problema económico metiéndose a fraile en un convento de la Corte.

Y a propósito de frailes, había entonces en Madrid un carpintero anarquista, llamado Pujarte, que trabajaba en un convento de frailes, y que con frecuencia compraba libros anarquistas a *La Revista Blanca* para sus frailes, que deseaban conocer a fondo nuestras ideas y eran muy estudiosos. Una vez ocurrió una cosa rara en aquel convento, con la detención por la policía, de un anarquista italiano que se había ocultado allí perseguido.

* * *

La huelga general declarada en Barcelona en febrero de 1902, despertó gran entusiasmo entre los obreros revolucionarios de Madrid, cuyo número había ido aumentando

desde la llegada de Salvochea y mía. Aquella misma noche se convocó en el Casino Federal a todas las sociedades obreras, no dominadas por los socialistas, para definir nuestra actitud ante aquellos acontecimientos. Me cupo a mí presidir aquella asamblea y en pocas palabras expuse los propósitos que nos animaban, esto es: solidarizarnos con los trabajadores barceloneses y advertir a las autoridades que no nos cruzaríamos de brazos si se intentaba atropellarlos. Se votó la huelga general por unanimidad, pero antes de retirarnos, uno de los delegados propuso fuéramos a invitar a los socialistas para que secundaran el movimiento. Aceptada la idea, una comisión de nosotros se dirigió a la central ugetista para hacer efectiva nuestra invitación.

Uno de los dirigentes, Largo Caballero, nos recibió en su despacho, y sin consultar con nadie rechazó nuestra demanda, e incluso, con tono burlón, nos preguntó si creíamos en el éxito de la huelga. Yo le contesté que sí, aunque no nos ayudasen los socialistas, puesto que confiábamos en la mejor disposición de los trabajadores madrileños. La actitud de Largo Caballero fue tan desagradable que uno de nuestros delegados, indignado, le amenazó con los puños. De hecho, los socialistas declinaron toda participación en el conflicto, y no aceptaron la responsabilidad de lo que podía ocurrir. Al día siguiente intentamos preparar los ánimos solidarios del pueblo trabajador, pero chocamos con una seria dificultad, y era que ninguna imprenta se atrevía a imprimir hojas clandestinas.

Entonces fui a ver a Salvochea y le propuse visitar a Lerroux en el Congreso, que tenía una imprenta, pues yo había ido y no me dejaron pasar. Fermín se negó de momento por repugnarle frecuentar el Parlamento, pero al fin cedió y fue a entrevistarse con Lerroux. Éste, al saber de qué se trataba, me libró una nota para su hermano Aurelio disponiendo que me sirvieran en la imprenta sin limitación alguna.

Toda aquella noche la pasé en aquellos talleres en compañía de Antonio Apolo, tipógrafo a su vez, confeccionando miles de hojas-manifiestos convocando a los trabajadores madrileños a la huelga por solidaridad a los compañeros de Barcelona. Al amanecer fueron entregadas las hojas a algunos jóvenes en la Glorieta de Bilbao, que nos esperaban, para que las repartieran por los lugares más concurridos de la capital.

De vuelta a mi casa, al pasar por la Puerta del Sol, iba tan cargado de hojas bajo la capa, que temí que se me cayesen al suelo en el momento que se presentaba el inspector de policía Visedo, que me había perdido de vista aquella noche y deseaba saber dónde había estado, y le dije que en una visita privada, aunque parece que no se conformó, pero me dejó pasar.

Al llegar a mi casa empezó a llover a cántaros, circunstancia que me inquietó mucho. Quizás no llovería en todo lo que quedara de noche, y este pensamiento me tranquilizaba un poco. Como no pensaba volver a casa al día siguiente, pues existía posibilidad de cárcel, empaqueté ropas, libros y otros objetos. Por su parte, Salvochea y otros compañeros hicieron idéntica operación. Mas como la lluvia arreciaba con mayor fuerza, mi inquietud fue en aumento. Próximo al amanecer abandoné la habitación precipitadamente para dirigirme al sitio donde estaba citado con los compañeros en el populoso barrio de Lavapiés. Al bajar la escalera me crucé con el sereno y unos policías que venían a detenerme. Gracias a que no llevaban otra luz que la mortecina de la linterna del vigilante y que creían sorprenderme en pleno sueño, conseguí pasar sin ser reconocido. Al salir a la calle vi que la taberna de al lado ya

estaba abierta. Me metí en ella, siendo tan bien acogido que me ocultaron en una habitación trasera. A poco bajaron los policías preguntando al tabernero si me había visto, a lo que éste contestó que sí, que en la calle, y emprendieron veloz carrera. El despiste fue completo.

Cuando llegué al lugar de la cita, Salvochea ya estaba aguardando, el primero, refugiado bajo el quicio de una puerta para evitar la lluvia, que seguía cayendo abundante. Entonces le pedí me diera un revólver que le habían dejado para mí, pero se negó a dármelo y me dijo que quería emplearlo contra el primer policía que se presentara. Uno tras otro fueron llegando los compañeros, mojados como sopa. Distribuidos los grupos de paro, éste alcanzó sus efectos; pero a continuación los hombres se quedaron bajo cubierta, preservándose de la lluvia como si lo que caía fuesen balas.

* * *

Un día me ví envuelto en un complot revolucionario que parecía tener viso de más seriedad que el que he referido en estas páginas con la participación de Rosendo Castell, que fue un verdadero fracaso.

En el complot que voy a referirme, llevado con el mayor secreto, no participaban más que tres personas: el químico Francisco Salazar, Fermín Salvochea y un servidor, todos de absoluta confianza.

El químico Salazar era un anarquista de acción, que no se trataba más que con Salvochea, y le comunicaba sus secretos, aunque publicó algunos artículos de divulgación científica en *La Revista Blanca*.

Además era un químico de genio, dado a invenciones en su especialidad. Como yo cayera enfermo con viruelas, preparó un líquido curativo para evitar me quedasen huellas en la cara, y con esa medicina el bueno de Fermín me curaba todos los días.

Pero lo más notable del caso era que entonces no se conocía la bomba de hidrógeno, de la que después tanto se ha hablado, que él acababa de inventar y quería emplearla para volar a toda la familia real cuando se dirigiera de paseo a la Casa de Campo.

Y en aquel punto andábamos ocupados, preparando los detalles más minuciosos del atentado. Pero un día llegó Salvochea con cara compungida a mi domicilio y me dijo con voz ahogada por la emoción: "Salazar acaba de morir de una neumonía fulminante de las que se cogen en Madrid".

Para el éxito del complot faltó uno, el principal, pero fue por la muerte, si no no hubiera estado ausente, haciéndolo abortar.

* * *

Desde que era niño me impresionaron terriblemente los martirios aplicados a los anarquistas en el Castillo de Montjuich de Barcelona. Y no fui yo solo. Esa impresión la recibieron todas las personas buenas que tuvieron noticias de aquellos horrores, que no se borraron nunca. Años después, con motivo de un proceso que se me seguía por el atentado contra Alfonso XIII, al declarar la señora Severines, una mujer celestial, en mi favor y relatar la impresión que le produjeron la presencia de algunos martirizados, con las huellas todavía en las uñas de los pies de las cuñas de madera introducidas, el centinela armado que tenía a mi lado rompió a llorar estrepitosamen-

te, y el Presidente del Tribunal, el magistrado Fabre, protestó en nombre de la humanidad de aquellos tormentos.

El nombre del capitán Portas quedó como el más execrable de los verdugos de Montjuich, y desde entonces andaba solo sin saber dónde ocultarse, pues hasta su misma sombra le asustaba.

Una de las mañanas que fui a encontrarme con Fermín Salvochea en la redacción del *El Heraldo de Madrid*, me dijo:

—Canalejas acaba de comunicarme que Portas está en Madrid y va todas las noches a tomar café a un lugar determinado.

Entonces vi el cielo abierto y me dije: “por esta vez no escapará y se habrá hecho justicia a sus víctimas”.

Desde aquel día, fui varias tardes, junto con un compañero, al café indicado y cuyo nombre no recuerdo. No conocía a Portas personalmente, pero sí por los retratos publicados de tan siniestro personaje, aunque no hubo manera de reconocerle entre público tan numeroso.

Entonces Salvochea se dirigió al compañero X, quien conocía personalmente al verdugo Portas por haber sufrido de él las más sañudas persecuciones. El citado compañero se personó en el café y reconoció fácilmente al torturador de Montjuich. Pero al rogarle Salvochea que nos los señalase, se negó a ello por temor a verse de nuevo comprometido en una situación desagradable. No nos desanimamos por aquel contratiempo y seguimos buscando a Portas por Madrid, ya que había desaparecido del café, y al fin dimos con una pista: el domicilio del repulsivo personaje, por cierto facilitado por Canalejas a Salvochea. Ignoramos qué motivo tuviera Canalejas para querer tan mal a Portas. Éste, como se sabe, se había ganado la repulsa general, incluso la de ciertos familiares suyos.

Vigilamos estrechamente aquella casa, pero antes de que obtuviéramos información exacta de la vida que hacía su morador, un día de los que fuimos a continuar nuestra observación, nos encontramos, con sorpresa y cólera, que el pájaro había volado y la jaula estaba vacía. Se conoce que el malvado vivía prevenido y no sabemos cómo se enteró de nuestra presencia en la calle, y desapareció con la presteza de la liebre.

Eso fue el motivo de que tan indigno sujeto muriera tranquilo en su cama y no en la calle como un perro rabioso que era.

Por lo que a mí respecta, por aquel entonces fui encerrado durante meses en la Cárcel Modelo madrileña, y a mi salida tuve que abandonar España.

* * *

Cuando dejamos la vida campestre, bajo la influencia de Barnés, mi hermano se consagró a la carrera del magisterio, porque creía que era en la que podía hacer más daño al enemigo. Pensaba, como Víctor Hugo: “en cada pueblo hay una luz encendida, el maestro de escuela; y una boca que sopla sobre la luz, el cura”.

Yo, en cambio, me consagué a la medicina para curar o aliviar el dolor a mis semejantes. Además, por mis estudios, podía deducir una culpabilidad grande de la sociedad presente y condenarla, como responsable que era de la mayor parte de los males que afligen a los hombres.

Por eso escogí a Madrid como lugar de mis estudios, que se consideraba como el mejor del país.

En la Facultad de Medicina de San Carlos no pude estudiar más que los dos primeros años de la carrera, obligado que fui a abandonar el país por los militares, los mismos que hoy han arrojado a la desgraciada España al mayor de los abismos.

Conservo un buen recuerdo de profesores y de alumnos. Oloriz era un gran maestro de Anatomía, y una vez que estuve preso fue a visitarme a mi celda de la Cárcel Modelo. Cajal daba unas lecciones admirables en la pizarra; pero sólo aprovechada por escasos discípulos que se sentaban en las gradas próximas, el resto de la clase, en un local atestado, prestaba poca atención. Además, no se hacían prácticas, que era lo peor; pues el provecho de las lecciones teóricas era limitado. Cuando años después estudié en el University College de Londres la misma asignatura de Histología, en cuya lista de clase constaba mi nombre como discípulo de Cajal, entonces la aprendí muy bien, y allí no había clase teórica, sino práctica, con un microscopio por delante. Los ingleses son un pueblo práctico en todo, y así nos llevan tanta delantera.

El decano de la Facultad, el profesor de Anatomía, Calleja, senador conservador, llegó a tenerme cierta estima, a pesar de los motines de estudiantes que yo había encabezado cuando el secuestro de la señorita Ubao. Esta estima se debía a un incidente que voy a referir.

Había en la Facultad un buen museo de anatomía cerrado a los estudiantes, y un día lo encontré abierto, y sin pedir permiso alguno entré. Cogí una pieza anatómica de un armario, la masa encefálica, me senté y me puse a estudiar tan tranquilo. Cuando llegó el bedel que cuidaba el museo, se escandalizó de mi conducta y me ordenó abandonar el local, y como no le hiciera caso, fue a dar parte al doctor Calleja, que le contestó: “Deje usted tranquilo estudiar a ese hombre, que es el único que ha mostrado interés de aprender, y no lo interrumpa en su estudio, permitiéndole la entrada siempre que lo desee”.

Y allí seguí tranquilo estudiando todos los días anatomía.

Años después, me encontraba un día estudiando anatomía en el magnífico museo del University College de Londres, abierto a todo el mundo, cuando llegó a entrar el profesor de Anatomía de Buenos Aires, y me contó las dificultades que encontró en el museo de Madrid, con un bedel al lado, como si fuese a robar alguna cosa.

Por el incidente que he referido, le fui simpático al doctor Calleja y me hizo un gran favor, formando un tribunal de examen sólo para mí, pues cuando había salido en septiembre de la Cárcel Modelo, ya habían pasado las dos listas de los exámenes oficiales. Y esto sin pedirle nada, pero él estuvo al cuidado para que no perdiera el año de mis estudios.

* * *

Los acontecimientos me llevaron a tener una estrecha amistad con Barriobero en la primera época de su iniciación política, al que servimos de padrino, y compartí con él los últimos días que precedieron a su infausta muerte.

A principios de siglo, ambos vivíamos en Madrid y estábamos dominados por la pasión de los libros, la más noble de las pasiones. Con frecuencia nos encontrábamos en las librerías de lance en busca de libros raros. “Cuando suene la hora de la expropiación que preconizáis los anarquistas —nos declaraba con la seriedad que le carac-

terizaba—, me sumo a vosotros para despojar de sus libros a muchos imbéciles que no merecen tenerlos”.

Entonces comenzó a publicar la revista *Germinal*, en recuerdo a la que pocos años antes publicaran con el mismo título Dicenta, Salmerón y García, Delorme y otros. Pero era una revista de letras, en la que hacía sus primeros ensayos, entre otros, Francisco Villaespesa, que después llegó a ser un notable poeta. Con frecuencia conversaba con Barriobero, y en mi afán de proselitismo traté de atraerlo al campo anarquista, cosa no difícil, pues las ideas estaban a la moda del día en un público mal llamado “intelectual”. Por cierto que todos desfilaron de prisa por nuestro campo, para pasar al del vecino, mejor abonado para el cultivo de ciertas ambiciones. La ocasión no tardó en presentarse en Barriobero y se decidió, por fin, a pasar el Rubicón. Ramiro de Maeztu renegaba ya de los ideales anarquistas y comenzó a publicar en *El Imparcial* una serie de artículos bajo el epígrafe de “El Anarquismo en España”, que verdaderamente eran de una índole policíaca y repugnante. “Hora es ya —decía Maeztu— que el corazón y la cabeza de esos hombres vuelvan a la sociedad y a la patria, antes de que sea tarde para unos y para otros”. Según los cálculos de Maeztu había en España 400.000 anarquistas activos.

El grupo *Germinal* comentaba en la mesa de un café el último artículo de Maeztu, cuando Barriobero se dirigió a mí, que estaba sentado en una mesa próxima, y me hizo esta pregunta: “¿Quiere usted contestar en nuestra revista a Maeztu, como se merece?” Acepté la oferta, y mi réplica agradó tanto a Barriobero, que la insertó en las primeras páginas de la revista. Pero la redacción en masa se retiró de la publicación, que de literaria pasó a ser anarquista.

Barriobero nos confesó en aquellos días de su nuevo apostolado, que sus ambiciones eran representar en el movimiento anarquista español el mismo papel que Sebastián Faure representaba en el movimiento anarquista francés.

* * *

Por entonces había una profunda agitación entre las cigarrerías de Madrid, debido a que habían sido despedidas por centenares en la fábrica en que trabajaban, sin una causa justificada. Como en ellas dominaba el espíritu de revuelta, entonces me nombraron secretario de la asociación, y se sumaron al descontento muchos obreros anarquistas, que tenían muy preocupado al gobierno, porque hacían acto de presencia en toda ocasión.

Cuando estábamos preparando un mitin en el teatro Barbieri, al cual se había invitado a todas las organizaciones revolucionarias de Madrid, y esperábamos tener una enorme concurrencia, nos informamos que estaría presente el inspector de policía Marsal, que acababa de llegar de Bilbao, después de asesinar personalmente a un pobre obrero de un tiro en la cabeza.

—Buena ocasión —dije—, para hacerle a Marsal una mala jugada, y obligarle a suspender el mitin, azuzarle la concurrencia, arrastrarle a la calle y hacerle purgar el crimen cometido.

Acababa de decir esto, cuando se presentó a la reunión Barriobero y le propuse presidir el mitin, que no vaciló en aceptar, sin saber las intenciones que teníamos.

En efecto, el teatro estaba lleno de bote en bote y la multitud muy agitada. Marsal era un hombre alto, grueso y con facciones de hipopótamo, que miraba de reojo, y

desconfiado. Los discursos eran violentísimos para obligarle a suspender la reunión, pero el viejo zorro se dio cuenta del peligro y aguantaba el chaparrón. Y para finalizar, uno de los oradores empezó a atacar a la familia real, y ya se vio obligado a levantarse y suspender el acto. Yo, que hacía de secretario del mitin, cogí un tintero de bronce que tenía a la mano y se lo estrellé en la cabeza, pintándole el rostro de negro. Aquello fue la señal de la batalla. El público se lanzó como una tromba, atropellándose unos a otros, invadió el escenario, lo hizo rodar a Marsal por el suelo, lo golpeó y arrastró a la calle, donde unos vecinos lo recogieron en muy mal estado.

De allí los asistentes al mitin partieron en manifestación tumultuosa hacia el Palacio Real, pero antes de llegar, una nube de policías apareció y a sablazos disolvió la manifestación improvisada y detuvo a Barriobero, y no pudo detenerme a mí porque las cigarreras me defendieron como leonas, con uñas y dientes.

Barriobero pasó varios meses en la cárcel Modelo, y yo oculto en una buhardilla que me cedió un peón albañil.

El gobierno resolvió el ruidoso problema de las cigarreras buscándoles trabajo en un fábrica de tabaco, creo, que de Gijón.

* * *

Uno de los jóvenes de más valor revolucionario que en aquella época encontré en Madrid era, sin duda alguna, Francisco Macein. Era federal y luego, en contacto conmigo, pasó al campo anarquista. De un fuerte temperamento, le valió ser admitido como colaborador en *El Heraldo de París* que publicaba Luis Bonafoux en la capital de Francia. El genial escritor portorriqueño tuvo un discípulo digno de él en Macein.

Macein era un simple oficinista que tomó sobre sus espaldas la tarea de emancipar de la esclavitud a los empleados del escritorio y a los dependientes de comercio, elevándolos a la categoría de rebeldes. El libro *Los Crímenes del Comercio* era un abismo de dolor sin fondo.

Macein estuvo siempre a mi lado en las empresas más arriesgadas, sin temor a las consecuencias. En una ocasión me acompañó a una dehesa del ministro Moret, cercana a Madrid, para hacer explotar unos explosivos de nuevo cuño.

El último día que permanecí en Madrid, antes de partir para Francia, me acompañó hasta el último momento y me llevó a una estación cercana a la capital para coger el tren y despistar a la policía. ¡Qué pena me dio separarme de aquel hombre verdadero, que no volvería a ver más, porque ya se encontraba minado por la tuberculosis pulmonar!

* * *

El acto de Angiolillo, matando a Cánovas, es universalmente conocido, pero poca gente sabe que tuvo dos precursores españoles: los anarquistas Paco Ruiz y Francisco Suárez, que perdieron sus vidas por tratar de suprimir al monstruo político que se llamó Cánovas del Castillo.

En aquella época se habían sublevado las dos últimas colonias que quedaban, Cuba y Filipinas, hartas de sufrir a los malvados que las gobernaban. El pueblo español sufría las consecuencias de la prolongación de la guerra y deseaba que terminase. Cánovas

era de los políticos que se oponían a ello, invocando el honor nacional. “Seguirá la guerra —decía Cánovas—, mientras nos quede un soldado español y una peseta”. Además cometió el crimen y el error de hacer fusilar en Filipinas al doctor Rizal.

Los dos anarquistas citados convinieron en quitar la vida a Cánovas, que tanto daño estaba causando al pueblo español. Una mañana fueron ambos a la residencia señorial de Cánovas y lo aguardaron en la puerta con una bomba en la mano. Pero tuvieron la desgracia de que el artefacto estallara prematuramente, cuando el coche del ajusticiable se acercaba al domicilio. Paco Ruiz murió en el acto, y Francisco Suárez, maltrecho, fue detenido y condenado a seis años de presidio, que cumplió en el penal de Ocaña.

Una vez en libertad volvió a Madrid a ocupar su puesto en la lucha, uniéndose a nuestro grupo. Era un hombre de más de cincuenta años de edad, de mediana estatura y cuerpo fornido. Su rostro era simpático y de facciones finas, ojos negros, nariz aguileña, frente despejada y larga barba gris. Su sonrisa se distinguía por un dejo de amargura, pero se mostraba sereno y dulce. Como era muy pobre y no hacía trabajo alguno, Salvochea le dictaba algunos de sus artículos que le pagaban en *El País*, pasándole a Suárez la paga en cumplimiento de un trabajo, y así el favorecido no se sentía herido en su susceptibilidad.

Estábase entonces en la preparación de las fiestas de la coronación de Alfonso XIII, y como se pensaba en “aguar la fiesta”, como vulgarmente se dice, por consejo de Salvochea apartamos a Suárez de nuestro lado para no hacerle blanco de la policía a causa de su historial. De nada sirvieron, sin embargo, nuestras precauciones. Suárez se vio envuelto en un proceso con nosotros, acusado de tomar parte en un complot contra la vida del joven soberano, complot que fue llamado “de la Coronación”.

* * *

El 17 de mayo de 1902 iba a tener lugar la coronación de Alfonso XIII, preparándose fiestas en Madrid. Se anunciaba la presentación de representantes diplomáticos de varios países, además de la llegada de numerosos turistas extranjeros y del país. Para los antimonárquicos se presentaba un problema muy serio: o se cruzaban de brazos y permanecían indiferentes, o intervenían y movilizaban al pueblo republicano a una protesta. Podía contarse con el pueblo, pero no con los jefes republicanos ni socialistas.

Un día, unos significados republicanos, me invitaron a participar con ellos en la manifestación antimonárquica que se preparaba, rogándome de paso que interesara en lo mismo a mis amigos, a fin de unificar las fuerzas revolucionarias. Salvochea y otros compañeros, a quienes pasé el ruego republicano, aceptaron sumarse a la demostración y hacer en ella cuanto les fuera posible. Así iban las cosas cuando supe, con sorpresa, que los dirigentes republicanos que se habían comprometido con nosotros habían desertado de Madrid, dirigiéndose a Andalucía, alejándose de la Villa y Corte so pretexto de una excursión de propaganda, y sin habernos comunicado tan insólita determinación, lo cual equivalía a la anulación de los planes anticoronacionistas que de común acuerdo habíamos elaborado.

La víspera de la coronación por la noche, al salir del Casino Federal, Salvochea, Suárez, yo y otros compañeros, recorrimos la Puerta del Sol y la Carrera de San

Jerónimo hasta llegar al Congreso. La muchedumbre, no numerosa como era de prever, deambulaba por debajo de los arcos de follaje, salpicados de farolillos de colores, consiguiéndose el aspecto ridículo de una verbena de barrio modesto. Luego nos despedimos preocupados, pensando en los acontecimientos que al día siguiente iban a suceder. Me dirigí a la casa de huéspedes de la calle Jardines, cuya patrona me tenía en mucha estima, a pesar de las molestas visitas de la policía. Me acosté y quedé profundamente dormido.

Al principio creí estar soñando ante el cuadro que se presentó a mi vista. La patrona levantaba un candil sobre mi cabeza, y a su mortecina luz contemplé a un grupo de sujetos de rostros patibularios. Uno de ellos, que reconocí, era el inspector de policía Visedo, quien me dijo: "Levántese en seguida, que vengo a detenerlo para ingresarlo en la cárcel". Entonces me di cuenta de que no se trataba de un sueño, sino de una fastidiosa realidad relacionada con la fiesta de la Coronación. En coche fui conducido a la delegación de policía del distrito, siendo encerrado en una mísera mazmorra.

Algunos rayos de luz que se filtraban por las hendiduras de la puerta del encierro me permitieron ver un banco y una tabla como únicos muebles. Coloqué la tabla sobre el banco en ángulo agudo, y envuelto en mi capa quedeme dormido sobre aquel extraño lecho. Me desperté bien entrada la mañana, no oyéndose ningún ruido en el local próximo, debido tal vez a que el personal policíaco estaba de servicio en la calle. Por la tarde apareció un policía, al cual recomendé me comprara algo para comer. El día que pasé en aquella ratonera, mientras alguna gente se divertía, fue muy incómodo y aburrido y mil veces maldije al rey que se coronaba y a toda la casta de los Borbones, prometiéndome combatir a ultranza al régimen, promesa que no quedaría incumplida.

Bien entrada la noche me sacaron del cuartelillo para llevarme a otro encierro parecido del Palacio de Justicia. Me acosté sobre un tablón que hacía las veces de cama y me quedé dormido. Ya avanzada la noche vinieron a buscarme unos agentes para conducirme ante unos magistrados que me tomaron declaración. Las preguntas que los tales me hicieron versaban sobre el hallazgo de unos cartuchos de dinamita en una casa de la Carrera de San Jerónimo y que se suponían destinados a arrojar sobre la comitiva real. Mi contestación fue que, sin duda, se trataba de un cuento policíaco. Y así debían de pensarlo ellos mismos, a juzgar por el aire escéptico y de aburrimiento que los distinguía.

Acabado el estúpido interrogatorio, fui conducido a la Cárcel Modelo e ingresado en ella en un estrecho calabozo subterráneo, en forma de ataúd, un entarimado por lecho, un ventanuco en lo más alto del muro y una puerta que comunicaba a un pasillo sin luz y en el cual corrían las ratas en tropel.

* * *

El llamado "complot de la Coronación" no fue otra cosa que una infame maquinación autoritaria que costó a algunos varios meses de cárcel, y a Francisco Suárez, muerte alevosa cuando era conducido por la guardia civil a cumplir condena.

Existía en Madrid, en aquel tiempo, un cuerpo especial de policía destinado a la exclusiva vigilancia de los anarquistas. Su jefe era un sujeto asturiano llamado Laureano Díaz. En uno de los tabernuchos frecuentados por agentes a sus órdenes, enclavado

en Cuatro Caminos, fue hecho un depósito de dinamita en mal estado por estar descompuesta, como así lo declararon los expertos a raíz del “descubrimiento”. Agentes provocadores de Laureano Díaz (muchos y mal pagados) comunicaban a los obreros más exaltados, la manera de adquirir explosivos a precio módico. Dos viejos y entusiastas federales picaron en el anzuelo, y siempre que disponían de algún dinero iban a la referida taberna para hacer pequeñas compras de aquella dinamita inservible, cuyos cartuchos guardaban en un local de la Carrera de San Jerónimo en el cual uno de ellos ejercía de conserje.

Urdida la trama, Laureano Díaz aguardó la mejor ocasión para intervenir y darse mérito. Aquella se presentó con motivo de la coronación de Alfonso XIII, cuya comitiva tenía que pasar por la Carrera de San Jerónimo para dirigirse al Congreso de Diputados.

En la víspera de la coronación, por la noche, el provocador Laureano Díaz, practicó un registro en la casa de la Carrera de San Jerónimo para “hallar” la dinamita que en ella había (y cuya existencia hacía tiempo conocía) y detener al citado conserje, un pobre anciano que se impresionó tanto que, en sus declaraciones, ni sabía lo que decía.

Aquel día los periódicos de Madrid salieron escandalizando al público por el hallazgo de los explosivos que debían ser arrojados sobre la comitiva real por unos desalmados “enemigos de la sociedad, de la religión, de la familia, etc.” Tuvose algún reparo en detener sin motivo a Salvochea, pero fuimos apresados sus amigos más cercanos, entre ellos Antonio Apolo, Francisco Suárez, Fermín Palacios y yo, siendo todos sepultados en unas mazmorras subterráneas que había en la Cárcel Modelo de Madrid.

* * *

El departamento subterráneo de la Cárcel Modelo se componía de un largo corredor, día y noche alumbrado apenas por una farola que colgaba del techo, y en el que se oía gotear a todas horas el agua de una pila, de la cual se proveían todas las mañanas los presos. Al corredor daban como una docena de estrechos calabozos, no teniendo otros muebles que una tabla sobre el suelo, llamada cama, y un pequeño banquillo de madera para sentarse. En lo más alto del muro, frente a la puerta, se abría un ventanuco en cada mazmorra, por donde entraba una poca luz durante el día. El tiempo no podía transcurrir más aburrido en aquel lugar. Al amanecer entraba un carcelero, y sin decir palabra nos dejaba la repugnante comida para todo el día. De noche, en cambio, teníamos una diversión, las carreras de ratas, que contemplábamos acostados boca abajo en el suelo y mirando por debajo de la puerta. Algunos de los detenidos se aficionaron a la cacería de ratas. Uno de ellos, mi vecino Antonio Apolo, dedicaba la noche a semejante distracción. Se armaba de dos gruesos zapatos que llevaba y desde un rincón de la celda los arrojaba contra las ratas que se deslizaban por debajo de la puerta para alcanzar el cebo que les había puesto. Cuando hacía blanco gritaba entusiasmado, como si hubiese hecho un acto heroico. A veces chocaba el zapato contra la puerta en vez de dar contra la pieza apuntada, lo cual me despertaba con sobresalto. Esa caza se hizo general entre todos los detenidos, excepto yo, que no había nacido para cazar ratas, sino tiranos.



Pedro Vallina en 1902 (◀). Uno de los atentados contra Alfonso XIII a principios de siglo, y modelos de bombas de fabricación casera (▼).



Por las mañanas venían de las galerías los presos que comían la carne de rata, se llevaban las que habíamos matado por la noche, las guisaban a su gusto y las comían como un manjar exquisito. Nunca consentimos probarlas. ¡A lo que obliga el hambre!

* * *

Tras varios días de permanecer incomunicados, nos subieron a las galerías de la prisión, pudiendo entonces relacionarnos con los amigos del exterior. Salvochea no faltaba un solo día a la comunicación, preocupándose por nuestro estado nutritivo. Después de tres meses de régimen de encierro fuimos declarados inocentes, aunque se nos dejó prisioneros en calidad de gubernativos. En cambio Suárez, también inocente, fue condenado por sus antecedentes. El único culpable de aquel suceso, el malvado jefe policíaco Laureano Díaz, fue recompensado con una alta distinción por haber evitado un “atentado horrendo” contra la vida del monarca.

Los que podíamos ser culpables fuimos absueltos por falta de pruebas, pero Suárez, inocente, fue condenado, sin pruebas, a otros seis años de presidio, en apariencia, porque de hecho la condena fue de muerte, siendo seguidamente ejecutado.

Vecino de mi calabozo, al conocer la condena recaída, me pasó una nota en la que me decía: “Es muy duro pasar otros seis años en un presidio, esta vez siendo inocente. Pero me queda el consuelo de que no os olvidaréis de mí y que me tendréis vuestra mano desde fuera”. Le contesté asegurándole que nuestra solidaridad no le faltaría.

El día 3 de julio fue conducido a pie, amarrado con otro preso a cumplir condena en el penal de Ocaña. A poco de salir de Madrid, en el camino de Pinto, ambos fueron asesinados a culatazos por la guardia civil que los custodiaba. Según ésta, Francisco Suárez murió en la carretera a causa de una congestión solar, al igual que su infortunado compañero. Nadie creyó que el sol, recién amanecido, pudiera asfixiar a las dos víctimas y además dejara indemnes a los victimarios.

Francisco Pi y Margall publicó en *El Nuevo Régimen* un sentido y bello artículo con motivo del doble asesinato, el cual, a pesar de todo, quedó impune.

* * *

Al cumplirse seis meses de nuestra detención, Salmerón, que intervenía siempre en mis asuntos judiciales, se dirigió al domicilio particular de Moret, que era ministro, recabándole mi libertad, por creerse víctima de una injusticia. El ministro se disculpó diciéndole que me creía en libertad, prometiéndole librarme al día siguiente. Mas no fue así, porque en el momento de salir de la ergástula se presentó un juez militar para comunicarme que seguiría encarcelado debido a un proceso militar, teniendo por causa haber insultado al ejército español, en un mitin del que nadie se acordaba. Se conoce que buscaron un pretexto para prolongar mi detención.

Años después de esta ocurrencia, hablando en Londres con un senador español monárquico, a quien tuve que visitar por asuntos familiares, salió a relucir el “complot de la Coronación”, y me dijo con toda la seriedad:

—Fue Moret el que dio seis mil duros a cada uno de los republicanos que amenazaban perturbar la fiesta coronadora, con la obligación de largarse a Andalucía. Y como quiera que en la entrevista que tuvieron uno de los presentes le nombrara a usted, Moret contestó, “que como no iba a aceptar dinero, le daría seis meses de cárcel, palabra que cumplió”.

No certifico que las palabras de aquel senador fueran verídicas, pero sí puedo afirmar que la conducta de aquellos republicanos, abandonando el campo de honor, fue verdaderamente sospechosa.

La consecuencia del proceso fue la crucifixión de un hombre abnegado y justo: Francisco Suárez, anarquista que no se hubiera vendido por todo el oro del mundo.

* * *

Antes de la fecha de la coronación de Alfonso XIII me animaba una propaganda antimilitarista que hacía en toda ocasión en los mítines, artículos de periódicos, conferencias y conversaciones particulares. He aquí cómo pensaba sobre el particular y cómo exponía mis ideas:

Los militares, aplicando su escasa inteligencia al arte de matar, no son seres normales, sino desequilibrados, de instintos perversos. Como están organizados para el crimen y extremadamente armados, no les es difícil satisfacer sus bajos instintos, máxime gozando de impunidad completa y recibiendo como premio a sus tristes hazañas, ascensos y condecoraciones. Protegen, además, a tiranos y explotadores, y cuando pueden se convierten a sí mismos en dictadores, como en la actualidad acontece en España. Tales hombres constituyen uno de los mayores azotes del género humano. Y no hay que oponerse con razones, que no sirvan de nada, sino con la violencia y una organización perfecta para destruirlos. La mejor propaganda antimilitarista, decía Malatesta, es arrojarles a los militares una bomba sobre sus cabezas. Si vosotros, trabajadores, en vez de huirlos o defenderos a pedradas, manejaís los mejores explosivos, los veréis correr en España, como lo hicieron en Cuba y Filipinas.

Los militares no respondieron por lo pronto a mis amenazas, porque no creyeron el momento oportuno, pero se quedaron en acecho para saltar sobre mí por sorpresa y a traición.

* * *

Llevaba seis meses preso en la Cárcel Modelo, y absuelto en el juicio del “complot de la Coronación” por falta de pruebas, se me retuvo en calidad de preso gubernativo. Y como quiera que mi detención se prolongase sin que motivo alguno interviniera, Salmerón gestionó mi libertad.

Lograda ella, Salvochea acudió con alegría a la puerta de la cárcel para aguardar mi salida.

Comprendiéndola próxima, procedía al empaque de mis objetos, libros y papeles casi en exclusiva. Todavía no había concluido mi tarea cuando, de improviso, presentóse el director del establecimiento, Millán Astray, quien, con sonrisa burlona, me recomendó no tener prisa, puesto que quedaba en la casa por estar sometido a nuevo proceso por jurisdicción militar.

Este Millán Astray, repito, era el padre del energúmeno general Millán Astray que en 1936 gritó, en la Universidad de Salamanca, como réplica al catedrático Miguel de Unamuno: “¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!”

El carcelero Millán Astray fue uno de los hombres más viles que he conocido. Espiaba a los reclusos, particularmente a los presos políticos.

Abandoné el liaje de mi paquete, preguntándome mentalmente qué podrían querer de mí los elementos militares estando hacía tanto tiempo incomunicado con el exterior. No permanecí mucho tiempo en la duda. Al poco rato me llamaron para prestar declaración en el nuevo e insospechado proceso, teniendo ocasión de enfrentarme con un juez castrense apellidado Atalaya, quien, manoseando un grueso legajo de papeles, me comunicó, con aire de tragedia, que mi delito era muy grave, pudiendo acarrearle las perores consecuencias. Según él, en el mes de febrero, poco antes de entrar en la cárcel Modelo, en un mitin habido en el Teatro Barbieri había dirigido las más graves ofensas al heroico ejército español.

—Podrá ser verdad —le dije—, pero ha transcurrido tanto tiempo que ya no recuerdo lo que dije, máxime que en ese teatro celebrábamos mítines todas las semanas. Me extraña mucho que personas que se intitulan de honor hayan esperado tanto para procesarme, y precisamente cuando me libraba de la justicia civil.

Atalaya, con voz melosa y aspecto afeminado, pero un redomado hipócrita, trató de apaciguarme prometiendo, incluso, sin que yo lo tomase en serio, hacer en favor mío cuanto estuviese a su alcance, pese a la indignación que habían despertado mis palabras en el seno del “honorable cuerpo militar”.

* * *

De la noche a la mañana pasé de preso gubernativo a detenido por el fuero militar, así que pronto conocí a otra víctima de los militares, llamado Secundino Delgado. Era un mozo de 30 años, alto, bien proporcionado, aspecto arrogante, aunque una ancha cicatriz le cruzara horizontalmente una mejilla, desfigurándole el rostro.

A poco de estar en el nuevo departamento se presentó una comisión compuesta por varios militares de graduación, que pasaban revista a los presos y escuchaban sus reclamaciones. Alrededor de aquellos galoneados, el carcelero Millán Astray se manifestaba como un perro faldero.

Se reunieron en un espacioso salón y uno tras otro los presos fuimos todos convocados. El primero en ser llamado fue Secundino Delgado, el cual dijo a la comisión que nada tenía que reclamar no estando en su presencia el general Weyler, culpable de que el declarante estuviera ilegalmente detenido durante varios años.

—¡Puede usted retirarse! —ordenaron secamente aquellos hombres de honor, haciendo causa común con el ignominioso Weyler.

También yo fui interrogado por si algo me interesaba reclamar. Yo reclamé que me pasaran al departamento de los presos políticos, pero se negaron a ello alegando que los anarquistas éramos antipolíticos y que continuara con los presos por delitos comunes.

Cuando el presidente salía de la sala, regocijado por las tonterías que me había dicho, percibí que sus compañeros lo felicitaban por su derroche de ingenio.

Todavía nos encontrábamos en el corredor, cuando pasaron por nuestro lado aquellos militares con aire majestuoso y sin mirarnos.

Entonces Secundino Delgado me habló, mirándolos con aire despectivo, diciendo: “Algunos de esos los conocí en Cuba durante la insurrección, por lo mucho que se distinguieron corriendo como liebres”.

Los años de encierro habían influido poderosamente en el estado de espíritu de este hombre. Con frecuencia se le veía cabizbajo, paseando de un lado a otro sin articular palabra. Otras veces, muy excitado, me contaba su intervención en la insurrección cubana. La acusación que se le mantenía era la de haber arrojado una bomba contra la Capitanía General de La Habana, donde se alojaba Weyler. Lo cierto era que se le mantenía preso en España por imposición de Weyler, sin que se le comunicara auto de procesamiento alguno, y cuéntase que hacía algunos años que se había firmado la paz con Cuba. Más de una vez me confió que, habiendo perdido toda esperanza de libertad, tenía pensado ahorcarse, utilizando para ello los barrotes de la ventana del calabozo.

En una de mis comunicaciones con Salvochea le enteré de la presencia en la cárcel de ese hombre y lo extraño de su relato, indicándole también que, a pesar del ánimo que yo le daba, cualquier día podía suicidarse. ¿Sería real lo que me contaba, o delirio de perturbado?

Para terminar con esta duda, Salvochea tuvo una larga entrevista con él, y aunque un carcelero estuvo presente, lograron entenderse en idioma inglés, que Delgado también conocía.

—No hay duda —me aseguró Salvochea—, este hombre dice la verdad. Weyler lo tiene sepultado por tiempo indefinido llevado por un odio y una ruindad extrema. Hay que ayudar a este desgraciado a recobrar la libertad tan injustamente perdida.

Seguidamente escribió a varios amigos que tenía en Cuba, entre otros Estrada y Palma, rogándoles que reclamasen la libertad del prisionero. Al propio tiempo comenzó gestiones en Madrid cerca de personajes que podían ayudarle. Y en tanto esperábamos el resultado favorable presentido, Secundino Delgado recobró su tranquilidad de espíritu, se identificó con nuestros ideales, e incluso escribió varios artículos de un estilo muy bello para *La Revista Blanca*.

Dándole esperanza de recobramiento de la libertad hacía tiempo perdida, puede decirse que en Secundino Delgado surgió un hombre nuevo tal como me decía.

* * *

Salvochea no perdió ocasión de divulgar entre sus conocidos el caso de Secundino Delgado, víctima del rencor de Weyler. Cuantos le escuchaban se indignaban por tan inicuo e inquisitorial atropello.

Dos personas se interesaron principalmente por la suerte de Secundino Delgado: Eduardo Benot y José Canalejas. El primero en probar fortuna cerca del implacable general fue Benot. Weyler lo recibió muy cortésmente, pero se negó a rectificar su conducta, y Delgado quedó en la cárcel como siempre.

Enterado de lo que ocurría, Canalejas dijo a Salvochea: “Convidaré a cenar a Weyler, y cuando hayamos comido bien, le pediré que haga lo posible para que dejen en libertad a Secundino Delgado y a Pedro Vallina. No creo que me niegue ese favor, pues se muestra muy amable conmigo y se precia de pertenecer a mi partido”.

Pero las cosas no ocurrieron como Canalejas pensaba. Al final de la cena le dijo a su convidado: “¿Me negará usted un favor si se lo pido?” “Nada puedo negarle de cuanto de mí dependa”, respondióle Weyler.

Entonces Canalejas le explicó de qué se trataba, animándole a conceder una gracia que más parecía justicia. “Vallina me es simpático —aseguró Weyler— por el ardor que pone en la lucha y por su comportamiento moral; pero aborrezco a Delgado que, siendo canario, tomó parte en la insurrección cubana contra España, y que además se le acusa de haber colocado una bomba en el retrete de la Capitanía General de La Habana, edificio que yo ocupaba, y que al estallar lo salpicó todo de porquería, que es lo que más me indignó. No puedo perseguirlo legalmente por haber ocurrido el delito en Cuba, con cuya nación hay tratado de paz; pero nadie impedirá que lo mantenga encerrado por tiempo indefinido, en cuanto a Vallina, mañana ordenaré que sea puesto en libertad”.

Cuando el juez Atalaya recibió —con la sorpresa que es de suponer— la orden de ponerme inmediatamente en la calle, tomó un coche y corrió a la prisión para comunicarme la noticia, grata para mí e ingrata para él y Millán Astray. Una vez en el establecimiento, Atalaya me hizo conducir a su presencia. Estaba jadeante y limpiándose el sudor de la frente. No me dio un ficticio abrazo porque estábamos separados por una reja; pero me estrechó fuertemente la mano, al tiempo que me decía: “Mucho me he esforzado por conseguir lo que ahora vengo a notificarle en grata noticia; dentro de unos momentos será puesto en libertad”.

Le di las gracias formularias y nos despedimos con otro apretón de manos.

Aquel sujeto y sus compañeros, todos militares de honor, habían hecho lo posible para retenerme en la cárcel, a ser posible, durante años.

Cuando Canalejas y Weyler se enteraron de la “generosidad” del juez Atalaya, rieron a carcajadas.

A mi salida de la Cárcel Modelo me encontré con Salvochea en la puerta: “Por esta vez —me dijo— se ha ganado la partida, pero hay que estar alerta con los militares, los cuales no se resignan a perder sin vengarse”.

En efecto, a los pocos días de encontrarme en libertad recibí una citación del juez Atalaya para que, con toda urgencia, me presentara en su despacho.

Me recibió con semblante adusto, y con voz grave le plugu notificarme:

—La libertad que se le otorgó no es definitiva, sino provisional, así es que continúa sujeto a la jurisdicción militar, y como el consejo de guerra que ha de fallar se celebrará en breve, es necesario que usted designe en el acto un abogado castrense que lo defienda.

Como le repliqué que no necesitaba defensor alguno, puesto que me bastaba yo para defenderme, insistió en que era de necesidad tal nombramiento, disponiendo que mi abogado fuese un capitán apellidado Tamarit, hombre eminente —a su decir— en la materia, añadiendo que la presencia del abogado en el juicio no sería obstáculo para que yo pudiera intervenir en mi defensa.

Comprendí, por el cambio de frente operado en el juez, que algo se tramaba en el cuartel contra mi persona.

* * *

A los pocos días volví a recibir citación del juez militar Atalaya para que me presentara en su despacho. Allí se encontraba con él otro militar de unos 40 años de edad,

algo calvo y de gafas, el cual leía unos papeles. Atalaya me advirtió que aquel hombre era mi defensor, el capitán Tamarit, de quien ya me había hablado.

Tamarit apartó los ojos de la lectura para aplicarme una mirada iracunda. “Seré su defensor —me dijo— porque a ello me obliga la ley. Pero resuelto este asunto nos batiremos en el campo del honor, porque usted ha injuriado a nuestro glorioso ejército”.

—Lo mejor será batirnos ahora mismo —le repliqué indignado y con el puño en alto— porque ya estoy cansado de tantas molestias como ustedes me hacen víctima.

—¡Caballeros, caballeros! —se interpuso el juez—. Éste no es lugar para dirimir contiendas.

—Tampoco es sitio para ser amenazado por un cualquiera —le respondí.

En este momento entró gente en el despacho que trató de apaciguarnos. Furioso, salí de la casa sin despedirme de nadie.

Cuando le conté a Salvochea lo ocurrido se indignó mucho. Por su parte, los militares se contentaban con vigilarme en espera de que Weyler abandonara su cargo de Ministro de la Guerra y se ausentara de Madrid.

La ocasión llegada, varios jefes militares celebraron reunión, rápida y muy concurrida. Esta gente, para el daño, pronto se pone de acuerdo.

Se me detendría en casa a altas horas de la noche, haciéndome comparecer ante un consejo de guerra que me condenaría a ocho años de presidio. Hombres de “honor”, que estaban llenos de gozo. Creían segura a su presa, pero se equivocaron completamente.

Uno de los graduados que asistieron a la entrevista, coronel X, verdadero hombre de honor y además amante de las buenas letras, quedó asqueado por lo que había visto y oído, haciéndose el propósito de impedir el acto de villanía que sus compañeros habían propuesto.

Siendo el asunto delicado, se entrevistó con Canalejas para que le aconsejara. Éste llamó a Salvochea, se ocuparon ambos de mi caso, conviniendo en que, a la mañana siguiente, me alejara de Madrid en busca de un sitio más conveniente para mi seguridad personal.

Muy de mañana Salvochea vino a verme. Me despertó y mientras me vestía me iba enterando de lo que podría ocurrirme a raíz de la entrevista con los militares. “Debes marcharte de España —me recomendó— y dirigirte a París o a Tánger”. Medité un poco y le contesté que prefería a París. “En cuyo caso —remachó Fermín— no olvides lo de Secundino Delgado, pues allí se puede agitar la opinión internacional y por ella conseguir su libertad”. Al separarme me entregó una carta de presentación para Nicolás Estévez. Nos estrechamos fuertemente y nos separamos... para siempre. Es su recuerdo el que me acompañará hasta el último momento de mi existencia.

Salí a la calle para preparar mi viaje. Me entrevisté con Eduardo Barriobero, excelente amigo, que fue a buscar a Alejandro Sawa, quien me trajo algunas direcciones de la capital francesa. Otro querido amigo, Francisco Macein, me acompañó toda la mañana hasta que tomé el tren en una estación cercana a Madrid, pues la de esta capital era vigilada por agentes de la policía. Por último, me despedí de Federico Urales y de Soledad Gustavo, quienes me dieron las direcciones de dos compañeros catalanes residentes en París, desertores del ejército destinado a Cuba: Andrés Ciutat y Eduardo Borsot.

[2]

- París
- Londres
- La primera guerra mundial



París

Era el 16 de Octubre de 1902 el día que salí de Madrid para París.

Admiré las bellezas del paisaje, sobre todo en el país vasco. Por primera vez escuché el vascuence, del que no entendí ni una sola palabra. En la frontera francesa, un policía español, al detenerse el tren, pidió la documentación a unos jóvenes que viajaban en el mismo vagón, temiendo que se evadieran del servicio militar. Conversó con mi amigo, pero no me pidió documentación alguna, que por otra parte no llevaba, y si me la pide, salto sobre él y penetro en territorio francés.

En el camino, ya en territorio galo, me hice amigo de un carnicero francés que venía de Barcelona. Nos separamos en la estación de Burdeos, donde me convidó a un vaso de coñac, del que bebí poco, acordándome de un consejo de Salvochea.

Continué mi viaje a París, sin novedad, pero bien impresionado por cuanto me rodeaba. Cuando llegué a París serían como las 9 de la noche. Tomé un coche y me dirigí a la calle Casimire Delavigne, en el Barrio Latino, donde vivía Andrés Ciutat, cuya dirección me había dado Soledad Gustavo. Como éste no había regresado todavía del trabajo, me recibió su mujer que hablaba un francés muy difícil de entender y no conocía el castellano. Le pedí que me hablara en alemán, pero lo había olvidado. A poco llegó Ciutat y me llevó a un hotel de la calle Toullier, cerca del Panteón, donde arrendé una habitación-dormitorio de estudiante.

La habitación era bastante espaciosa, situada en el segundo piso con una ventana al patio. Tenía una hermosa chimenea, un lugar aparte para la cama y un cuartito para el equipaje.

Me levanté temprano y lo primero que hice fue buscar la Plaza de la Bastilla, recuerdo obsesionante de la Gran Revolución. Después de examinar minuciosamente el lugar ocupado por la célebre fortaleza y admirar la gigantesca columna situada en el centro de la Plaza, en cuya cima se elevaba la imagen de la libertad rompiendo las cadenas de la tiranía, pasé luego a visitar el Hôtel de Ville, el Panteón y todos los lugares del Barrio Latino, paseando por el típico Boulevard Saint-Michel.

La tarde, que me quedó libre, la destiné a visitar a Nicolás Estévanez.

Me encontré con Estévez y le entregué la carta de Salvochea. Mi interlocutor, que quería mucho a Fermín, me habló de éste con cariño. A partir de este momento quedamos trabados de amistad. Aunque yo era muy joven a su lado, como Nicolás tenía rectitud de criterio para juzgar a las personas desde el punto de vista revolucionario, me hizo partícipe de sus inquietudes conspirativas.

Cuando le expliqué detenidamente el caso de Secundino Delgado tuvo un impulso de cólera, llegando a calificar a Weyler como hombre vil y de la peor especie. Delgado era nacido en Canarias, igual que Estévez, circunstancia que pareció interesarle más en favor del detenido.

—Si nos dedicáramos a divulgar el atropello del que es víctima el tal Delgado —dijo—, no hay duda de que pondríamos en un aprieto a Weyler, y que un paso seguro para la obtención de su libertad podía ser dado. Pero el procedimiento es lento, y entretanto en la cárcel podrían hacer desaparecer a la víctima. Por tanto me parece mejor irme a Madrid de sopetón y entendérmelas directamente con Weyler, tipo insignificante como hombre.

Quedé muy contento de la determinación de Estévez, no dudando de que su intervención sería afortunada y definitiva, dado lo enérgico que era.

Una vez Estévez en la capital de España, solicitó del fuero militar una entrevista particular con el preso Secundino Delgado, la cual no le fue negada, si bien Weyler fue informado del deseo de Estévez. Con la conciencia intranquila, el general se mostró desconfiado. La entrevista entre Nicolás y Secundino tuvo lugar en una sala de la cárcel sin que nadie les importunara aparentemente. Pero detrás de una cortina estaba Millán Astray viendo y escuchando para contar luego a Weyler lo ocurrido.

Delgado contó a Estévez la historia de su intervención en favor de los insurrectos cubanos y la acusación de que era objeto como autor de la explosión de una bomba en la Capitanía General de La Habana. “Nada pudieron probar de esa acusación, pero a mí me pareció prudente ponerme a salvo”, aseguró el preso a Estévez. Cuando más tarde fue detenido ya se había firmado la paz con Cuba, no pudiéndose, legalmente perseguirlo. Pero Weyler, vengativo, lo hizo recluir en un encierro madrileño para que en él se consumiera.

Cuando el cuitado terminó su relación, Estévez, que tenía genio fuerte, aporreó la mesa a puñetazos, imprecando a Weyler e incluso amenazando con provocarlo a desafío. Y como no le pasara por alto que alguien a escondidas le estaba escuchando, terminó exclamando: “El escándalo será formidable, tanto en Europa como en América, y el culpable de este desafuero será condenado por todas las conciencias honradas”.

Desde la cárcel se dirigió hacia la redacción de *El País*, diario dirigido por Roberto Castrovido. Ya llevaba buen rato conversando cuando de improviso se presentó en el local el propio Secundino, causando sorpresa a los allí reunidos. Vestía peor que un mendigo, con harapos sucios y desgarrados, tanto, que lo primero que hizo Estévez, fue proporcionarle ropa decente para vestirse y estar entre la gente.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Estévez intrigado.

—En seguida que se fue usted de la cárcel —respondió el ex preso—, me siguió el director de la misma, tomando un coche que partió con suma velocidad. No tardó

en regresar, y ayudado por dos empleados, me cogió de un brazo y me arrojó a la calle sin darme explicación alguna. No conociendo a nadie en Madrid, vine a este lugar seguro de encontrar orientación y tal vez ayuda.

Se conoce que Millán Astray fue al encuentro de Weyler para contarle la actitud amenazadora de Estévanez, y que el capitán general, asustado por las consecuencias de la justicia, ordenó que su víctima fuera arrojada sin más de la cárcel a la calle.

Esto que relato me fue referido personalmente por Estévanez a su vuelta de Madrid, mientras tomábamos una taza de café en un establecimiento del boulevard de Saint-Michel, en el Barrio Latino, y en el cual habitábamos.

* * *

Cuando llegué a París recordaban con pasión los tiempos heroicos de Ravachol a Caserio. Todavía vivían Juan Grave, Sebastián Faure, Carlos Malato, Paul Robin y James Guillaume. Otros menos conocidos fuera de Francia, como Paraf-Javal, Alberto Libertad, Janvión, Armand, Ernesto Girault, Matha, Maristain, Delesalle, Almereyda, etc., eran de indudable mérito y muy activos en la lucha. Alguna vez que otra llegaron Eliseo Reclus y Luisa Michel. Con frecuencia venía Francisco Ferrer, y no se iba sin encontrarme. En mi habitación de la calle Toullier, cerca del Panteón, nos leyó Malato su bonita pieza de teatro *Fin de Cielo*.

He citado, por rutina, a algunos compañeros que más se destacaban en la propaganda por sus dotes de inteligencia y actividades, pero "el anarquista desconocido", siempre en la brecha, haciendo honor a las ideas con su conducta moral, no es para mí de menos valor.

La colonia rusa anarquista era muy numerosa y sus miembros se renovaban con frecuencia por sus viajes a su país.

Los anarquistas españoles formaban un grupo muy numeroso que se reunía una vez por semana en el faubourg Saint-Antoine, cerca de la Bastilla.

Los anarquistas italianos eran tan numerosos como los españoles y unidos formaron parte del cortejo fúnebre que acompañó al cementerio el cadáver de Luisa Michel.

Los compañeros alemanes eran pocos, pero bien representados por el viejo Víctor Dave, y el joven Sigfried Nacht. Entre los holandeses estaban Enriqueta Hoovehen y Cornelissen. También traté en París a compañeros portugueses, iberoamericanos, belgas, suecos, dinamarqueses, etc., escasos en número, pero de calidad excelente.

Todos los años resurgía el espíritu rebelde de París y el aniversario de la Comuna era recordado por grandes manifestaciones que se rendían al "Muro de los Federados", donde tantos libertarios fueron fusilados en el cementerio del "Père Lachaise".

Alberto Libertad y sus amigos organizaron en los distintos barrios de la capital, "Les Causeries populaires", a cuyos locales acudíamos un día por semana, donde llegaban los vecinos del barrio a escuchar la palabra anarquista.

Cuando Sebastián Faure pronunciaba una conferencia, acudía tanta gente a escuchar la palabra del famoso orador, que se formaba una larga cola en la puerta del edificio.

Uno de los grupos más numerosos que celebraba reuniones muy concurridas era el que organizaba en provincia "Un medio libre", cuyo resultado parecía por el momento tener mucho éxito.

La campaña antimilitarista era muy activa y el lema de las reuniones era éste: "Antes que la guerra, la insurrección". Así que al celebrarse en Amsterdam el "Congreso Antimilitarista" asistieron numerosos delegados franceses. Aquella asamblea internacional tuvo mucho éxito y se constituyó la "Internacional Antimilitarista", nombrándose un comité para los efectos de la organización. Sin embargo, los resultados fueron nulos y a poco estalló la primera guerra mundial, y es que las palabras se las lleva el viento y los hechos son los que quedan.

La Liga de los Derechos del Hombre y las logias masónicas eran, entonces, factores poderosos en todos los movimientos progresivos. Por aquellos días se produjo el atentado de la calle Rohan contra Alfonso XIII, y con ello la prisión de algunos revolucionarios para los que se pedía la pena de muerte, lo que puso en pie a todos los amantes de la libertad en Francia y después de una larga y enérgica campaña, como en el caso de Dreyfus, se consiguió la absolución de los detenidos.

Fueron los anarquistas los que dieron vida al movimiento sindicalista francés, que tan potente y arrollador fue un día, para terminar en 1906 en algo parecido al parto de los montes, como se verá más adelante.

* * *

En los años que estuve en París, el sindicalismo llegó a su apogeo. Hasta había un "rey Pataud" en el sindicato de la electricidad, que dejaba a oscuras, cuando lo creía necesario, a la "Ville Lumière".

Emilio Pouget, después de haber terminado su ocurrente campaña de *Le Père Peinard*, se consagraba de lleno a la propaganda sindicalista y dirigía *La Voix du Peuple*, el órgano de la C.G.T.

Pouget había perfeccionado la técnica de la lucha sindicalista y se publicaban por millares los folletos con cubiertas rojas que trataban sobre la huelga general, el sabotaje, el boicot, etc. Militantes activos e inteligentes destacaban en la organización, tales como Delesalle, Monette, Dunois y Fuss-Amoré. El secretario de la C.G.T., compañero Ivetot, firmaba el *Manual del Soldado*, que tanto pavor infundía en las filas gubernamentales. Este folleto apareció en varias lenguas y Ferrer hizo en Barcelona una edición especial.

En el espacioso local de la Bolsa de Trabajo de París, donde la organización sindical tenía sus oficinas, se celebraban con frecuencia tumultuosas reuniones que terminaban con el canto de la "Internacional". No se me olvida ninguno de aquellos mítines, en los que después de haber hablado Sebastián Faure, entonaba él mismo con voz potente, la canción "En temps d'anarchie":

*Quant nous en serons
En temps d'anarchie...*

Y la concurrencia repetía el estribillo a cada estrofa del canto.

Y la esperanza en el próximo triunfo del sindicalismo estaba tan arraigada en sus partidarios que hasta se formulaban esquemas de cómo se podía vivir en la sociedad

futura bajo la égida de esta doctrina. Razón tenían de esperarlo todo de tan bello ideal, pero no se contaba con la inestabilidad cerebral de los que tenían que llevarlo a la práctica, dispuestos a cambiar con tanta facilidad de criterio como cambian de camisa.

* * *

Hacía pocos días que me encontraba en París, cuando vino allí a pasar una temporada mi íntimo amigo Nicolás Salmerón y García, acompañado por su esposa Ramona y el estudiante de medicina, amigo de ambos, Godoy. Como había pasado en París los mejores años de su juventud, haciendo sus estudios, conocía muchas particularidades de la "Ville Lumière" y conservaba amistades de antaño. Su presencia me fue muy útil, además de la satisfacción de tenerlo a mi lado. Él me presentó a Carlos Malato, redactor entonces del diario *L'Aurore*, que dirigía Clemenceau, y que tenía sus oficinas en la concurrida calle de Montmartre. También me hizo conocer al gerente de la casa editorial Elcan, llamado Poulent, que me regaló varios libros de filosofía científica. Además recorría todos los días las orillas del Sena e hice numerosas compras de libros sobre socialismo, algunos muy raros y difíciles de encontrar.

Una mañana temprano, que no había todavía salido a la calle, me recreaba en la compra de libros que había hecho y me disponía a prepararles un lugar para alojarlos como librería provisional, cuando de sopetón, entraban en la habitación varios individuos de aspecto poco simpático que me dijeron así como suena: "Somos agentes de policía secreta y venimos a detenerlo y a hacer un registro en su vivienda". La verdad es que yo esperaba aquel embiste, pero no tan pronto, porque hasta entonces no había hecho más que explorar los diferentes grupos anarquistas que en la capital funcionaban, pero no había intervenido en las discusiones de ninguno ni actuado en ellos.

Aquellos hombres registraron todos los rincones de la habitación, hasta debajo de la cama, y recogieron todos los libros, revistas, periódicos y cartas que encontraron, haciendo varios paquetes. Y cuando terminaron su tarea se limitaron a decirme que los siguiera, que estaba detenido. Y una vez en la calle tomaron un coche que nos llevó a la prefectura. Una vez allí me dijeron, sin otra explicación, que estaba expulsado de Francia y que podía escoger el lugar adonde ir. Escogí a Bruselas por estar más cerca. Reclamé mis libros que se negaron resueltamente a devolvérmelos, lo que me ocasionó un gran disgusto. Lo que me permitieron es que me marchara de la prefectura en libertad para arreglar mi viaje.

Cuando salía de la prefectura, una persona que estaba a pocos pasos de la puerta me hizo señas que lo siguiera y se informó de lo que ocurría. Vivía en la misma calle, en un hotel en frente del mío. Me había visto salir entre policías, y adivinó el suceso. Por eso vino a la puerta de la prefectura para ver en lo que podía servirme. Era un hombre de unos 50 años de edad. Lo había visto en algunos grupos anarquistas y en los puestos de libros viejos, a los que era muy aficionado. Era el anarquista y sabio inglés Harvey, de quien con frecuencia tendré que hablar en este relato. Aquel hombre tenía un gran parecido con Eliseo Reclus, no sólo moral, sino físico, como una vez me lo hizo notar el doctor Elie Faure.

Harvey me llevó a la Plaza de Vichy, donde en una estancia modesta vivía el famoso revolucionario italiano Amilcare Cipriani que me recibió con los brazos abiertos y me habló de los abusos que cometía la policía. Podría tener unos 60 años de edad,

JUAN GRAVE

Obrero como su padre, estudió con avidez toda clase de obras sociales, y joven aún fundó con unos compañeros el *Grupo de Estudios Sociales* del popular barrio del Panteón de París, que llegó a ser frecuentado por los más destacados anarquistas extranjeros, entre ellos Malatesta.

Sus artículos en *Revolté*, llamaron la atención de los dos grandes talentos anarquistas de entonces: Kropotkin y Eliseo Reclus. A propuesta de este último, se encargó de la administración de *Revolté* de Ginebra. Más tarde estuvo a cargo de *La Revolté* y *Temps Nouveaux*. Escribió numerosos artículos, folletos y libros, sin que le arredraran las persecuciones y condenas, entre ellas dos años de prisión por la segunda edición de su valioso libro *La Sociedad Moribunda y la Anarquía*, en 1898. Fue una vida consagrada por entero a la divulgación del ideal anarquista.



SEBASTIÁN FAURE

Sebastián Faure ha sido quizá el mayor exponente del anarquismo por su verbo convincente, incontrovertible, su objetividad, su simpatía que cautivó siempre a su auditorio, indiferentemente de la escuela o posición social del público que lo escuchaba. Hijo de familia burguesa y católica, estudió con los jesuitas; pero al contacto con los trabajadores, viendo de cerca la injusticia social, abandonó sus creencias aún muy joven y se hizo socialista. Leyendo a Kropotkin y Reclus, terminó por abrazar la causa anarquista. Su labor proselitista en la tribuna y en la prensa fue gigantesca. En la prisión de Clairvaux escribió su magnífico *El Dolor Universal*. Fundó *Le Libertaire* de París; y a raíz del "affaire" Dreyfus *Le Journal du Peuple*, organizando simultáneamente grandiosas



manifestaciones y reuniones de todas clases, contribuyendo así primordialmente a esclarecer el ignominioso "affaire". Su obra cumbre es la *Enciclopedia Anarquista*, que está hoy traduciéndose a varios idiomas.

L'ESPRIT DE RÉVOLTE

Prix 0,10



Dos emblemáticas publicaciones ácratas francesas (▲). Algunos destacados anarquistas franceses (▼), de izquierda a derecha, Ravachol, Albert Libertad, Caserio y Pierre Ramus.





CARLOS MALATO

Uno de los anarquistas más cultos y dinámicos de fines del pasado siglo. Hijo de un republicano revolucionario italiano, que tomó parte en la Comuna de París, acompañó a su padre en la deportación a Nueva Caledonia, viviendo así su primera juventud entre idealistas revolucionarios.

En 1881 publicó su primer libro, *Filosofía de la Anarquía*, que suscitó muchas polémicas por exponer conceptos propios del anarquismo fuera de lo común, expuestos por anteriores precursores. Redactó *El Ataque*, que le valió una condena de quince meses. En la prisión escribió su primer libro: *Revolución Cristiana y Revolución Social*, en 1891. Expulsado de Francia, después de corta permanencia en Londres y Bélgica, pasó a España para practicar en un movimiento revolucionario que

allí se esperaba. Colaborador de *L'Intransigeant*, *L'Aurore* y *L'Oeuvre*, hizo valientes campañas en favor de los españoles. Activo, infatigable, hasta la guerra de 1914, murió en 1938 dejando escritas sus *Memorias de un Libertario*, que aún aguardan su edición.

LUISA MICHEL

10 de Marzo de 1905.— Se extingue en este día una de las vidas que más devoción dedicara a la causa revolucionaria. Luisa Michel, “La Bonne Louise” para los anarquistas, “La Virgen Roja” para el resto de las gentes, cedió finalmente frente a las Parcas después de haber mantenido enhiesta su figura incorruptible en las barricadas de la Comuna, en la deportación a Nueva Caledonia, en las cárceles francesas y en el exilio de Londres. “Un millón y medio de parisinos vieron pasar a la Buena Luisa”, dice Fernand Planché en la biografía que le dedica. “El cortejo —añade— que partiera a las ocho de la Estación de Lyon, sólo llegó a las cinco de la tarde a Levallois”. Nueve horas para atravesar una parte de la ciudad de París. ¡Tanta era la gente apostada a lo largo de las calles para ver pasar hacia su última morada a Luisa Michel!



pero todavía tenía rasgos de arrogancia y virilidad. Entonces formaba parte como redactor del diario socialista *L'Humanite*. Aparte de sus campañas con Garibaldi, había sido, durante la Comuna, ayuda de campo de Flourens, siendo acribillado a bayonetazos cuando asesinaron a su jefe.

Los tres fuimos al Congreso de Diputados y tuvimos una entrevista con Francis de Pressencé, presidente de la Liga de los Derechos del Hombre, que quedó escandalizado de lo sucedido, y acudió al Presidente del Consejo de Ministros, Mr. Combes, quedando anulada mi expulsión y permitiéndome seguir residiendo en Francia.

A poca distancia de mi vivienda, detrás del panteón, en la calle Moujftard, había una vieja calle larga y estrecha, donde vivía Juan Grave y tenía la redacción de la revista anarquista *Les Temps Nouveaux*. El local hacía esquina y era un salón bastante espacioso para el uso a que se tenía dedicado. Contenía una mesa grande que hacía de escritorio, cubierta de papeles, y como adorno un jarrón grande lleno de flores, y un gato que se pasaba la mayor parte del día durmiendo, mientras que el dueño atendía a los recién llegados.

Grave tenía entonces 48 años, no era alto y sí recio. Vestía una larga blusa gris que le llegaba por debajo de la rodilla. Colgada del frente de un armario había una piel grande de cocodrilo, con un letrero que decía: "Piel de capitalista".

Visitaba con frecuencia aquella casa, y más cuando Grave secundaba con eficacia las campañas que se hacían a favor de las víctimas de los inquisidores españoles, tales como el de la Mano Negra, sucesos de Jerez, de Alcalá del Valle, etc.

Durante el proceso por el atentado contra Alfonso XIII, en el que me vi envuelto, Grave me envió como defensor a Maître Yzoard que tanto contribuyó a mi absolución.

La revista *Les Temps Nouveaux* se publicó seguida veinte años, hasta que se interrumpió su publicación con motivo de la primera guerra mundial.

Cuando estuve por segunda vez por París, el doctor Pierrot, ya en plena guerra mundial, me comunicó la muerte de Juan Grave, a la avanzada edad de 80 años.

Aquel hombre, que comenzó su carrera como modesto zapatero, acabó su vida como verdadero apóstol, dejando a la humanidad una pirámide de obras escritas. La primera de ellas *La Sociedad Moribunda y la Anarquía*, que escribió en la prisión política de Santa Pelagia.

* * *

En la colonia rusa revolucionaria en París se distinguía Engeison por su actividad y espíritu de sacrificio. Era un hombre pequeño de talla, pero de corazón grande. Un día me dijo de sopetón: "Estoy cansado de transportar literatura revolucionaria a Rusia, y de aquí en adelante voy a llevar explosivos, que me parece más eficaz". Su compañera era muy menuda y bonita, una verdadera heroína, y cuando no estaba preso el uno, lo estaba la otra, y el que estaba libre, ayudaba a escapar al prisionero. Engeison fue gravemente herido en Rusia por la policía y allí se extremaron para curarlo, y cuando lo consiguieron lo ahorcaron. Después de su muerte apareció su retrato en un periódico clandestino ruso y una carta suya dirigida a sus compañeros, antes de morir en el patíbulo, satisfecho de haber hecho en vida todo lo que pudo en defensa del ideal anarquista.

Además de los anarquistas, había en París una numerosa colonia compuesta de socialistas revolucionarios rusos, hombres de inteligencia y de acción, entre ellos Ruvanovich, que publicaba en francés *La Revue Russe*, para tenernos al corriente de los actos heroicos que se sucedían todos los días.

En Londres se encontraban refugiados los revolucionarios rusos Krakoff y Burzeff y publicaban un periodiquito en lengua rusa que se enviaba bajo sobre, y en uno de los números se hacía apología de un atentado contra el Zar. Los dos fueron expulsados de Inglaterra y llegaron a Francia, donde se presentaron graves dificultades para que pudieran quedarse. Para orillar estos inconvenientes, se celebró un mitin muy concurrido, en el que yo tomé la palabra, y mientras hablaba me tiraban de la chaqueta para que fuera más comedido en mis palabras, no fuera a agravarse el asunto con mi expulsión.

En lo que toca a Burzeff, especializado en la historia revolucionaria, hizo entonces unos descubrimientos sensacionales, que conmovieron la opinión, como el del embajador ruso en París, que había sido antes condenado por delito común en Francia, y la traición del alto jefe de la Organización de Combate, Azeff, que estaba vendido a la policía. En una reunión que se celebró para juzgar a Azeff, en el que estaban presentes Kropotkin y Vera Figner, confirmó la afirmación de Burzeff. Azeff se negó a comparecer ante el comité revolucionario que debía de juzgarlo, señal de que era culpable.

Sievizki, el magistrado, era el Presidente de la Audiencia de Kiev y considerado, en apariencia, como un fiel servidor del Zar, pero su mujer no lo era y apareció complicada en un complot para atentar contra la vida del soberano de Rusia. Y pudo escapar a Francia, pero el magistrado la “repudió” y siguió firme en su importante puesto de Kiev.

La mujer vivía en París con una hija de 18 años, muy bella por cierto, la otra hija de más edad se había quedado en Rusia, amiga de Gorki, dedicada con éxito al teatro.

El magistrado iba todos los años de vacaciones a Suiza, para tomar unas aguas medicinales, y de allí, disfrazado, pasaba a París y visitaba de incógnito a su familia. En uno de aquellos viajes asistió a un mitin antimilitarista en el que hablaba Sebastián Faure y yo tomé parte como orador. Quedó tan bien impresionado, que recomendó a su mujer que hiciera gestiones para que yo frecuentara el salón de su casa, en el que se reunían no sólo revolucionarios rusos, sino también franceses conocidos. Malato se encargó de aquella gestión y desde entonces visité aquella casa una vez por semana mientras estuve en París. La señora era en extremo inteligente, muy acertada en juicios revolucionarios y muy parca en palabras.

Conocí en París a un joven anarquista ruso, que le llamaban “Kropotkin” por la seriedad que desplegaba en la propaganda, y que estaba al frente de un “hogar ruso”, organizado en el departamento bajo de una casa del Barrio Latino. Allí, los refugiados que llegaban de Rusia, tenían cama y comida los primeros días, hasta que podían desenvolverse por sí solos.

Un día, el tal “Kropotkin”, me dijo que quería conocer qué calidad de armamento disponían los grupos anarquistas, pero que además quería llevarme en el viaje como entendido en la materia. Quedé conforme en acompañarle, siempre que me lo permitieran los compromisos que tenía en España. Pero dio la casua-

lidad que me avisara para el viaje al mismo tiempo que me llamaban con urgencia de Barcelona.

* * *

Él marchó solo,¹ pero la policía rusa, informada de su viaje, lo detuvo al llegar, y como hiciera resistencia, lo hirieron gravemente. Ignoro la suerte que corrió, pero no volvimos a tener noticias de aquel hombre.

Entre los italianos residentes en París, había dos ancianos de historial revolucionario brillante: Amilcare Cipriani y el padre de Carlos Malato.

Del primero ya nos hemos ocupado con motivo de mi primera expulsión. Además me encontraba con él y el viejo anarquista Harvey una vez por semana, que nos invitaba a comer en casa del doctor Beltrán, que tenía un salón abierto, cerca de la Plaza de la República, en donde desfilaban los socialistas más notorios de la capital. Éstos desfilaban alternando todas las semanas, pero los tres citados no faltábamos ni una sola, por invitación de los dueños. Amilcare Cipriani se me quejaba de la indiferencia de los jefes republicanos españoles a los planes que les proponía para derrocar la monarquía¹. Tenía escrito un hermoso folleto titulado *El Regicidio* con motivo de la ejecución del rey Humberto por el anarquista Brescí.

En cuanto al padre de Malato, había combatido con energía al papado, y perseguido por el papa tuvo que refugiarse en Francia para salvar su vida. Allí continuó su labor revolucionaria y fue detenido a consecuencia del atentado de Orsini contra Napoleón III. Tomó luego parte en la lucha de la Comuna y fue hecho prisionero y deportado, con Rocheford, Luisa Michel y otros muchos, a la Nueva Caledonia, donde se llevó a su hijo Carlos, que luego en París fue gran amigo mío.

Cuando iba con frecuencia a visitar a Carlos Malato, me entretenía un rato con su padre, un anciano de bello aspecto, que se lamentaba de la pasividad de sus compatriotas y me repetía estas palabras: "Ya no sirven más que para tocar la mandolina".

En cuanto a los obreros, me acuerdo de los hermanos Tamburini, ambos sastres, muy activos, y los encontraba en todas las agitaciones y en la cárcel.

Un día llegué a París de visita el rey de Italia, y todos los italianos anarquistas fueron detenidos, y yo, español, entre ellos; y como le dijera al jefe de la policía que se había equivocado, que no era italiano, me contestó que lo sabía, pero que era el peor de todos.

1 Los republicanos españoles expatriados en aquella época en París, como los que durante la dictadura de Primo de Rivera se exiliaron en Francia, no hicieron otra cosa que frecuentar los cafés, formar tertulias sin preocuparse lo más mínimo para organizar la acción contra la monarquía alfoncina. Esto mismo hacen ahora socialistas y republicanos, porque esperan que Franco se muera para regresar a España.

De los republicanos expatriados a principios de siglo en Francia, el periodista puertorriqueño, Luis Bonafoux, les fustigaba en el periódico que dirigía en París, titulado *El Herald de París*.

La casa editora Garnier, de París, publicó en varias obras la recopilación de los artículos publicados por ese gran periodista. Los títulos de algunos de esos tomos son *Bombos y palos* y *Bilis*.

Los días que estuvimos detenidos sin motivo alguno, en tanto que el rey se divertía, nos dieron de comer a todas horas macarrones, el plato nacional de Italia, no como obsequio, sino en tono burlesco.

Una noche, ya tarde, nos pusieron en libertad, y al dirigirme al Barrio Latino, acompañado por otro italiano que había estado preso e iba muy enfadado, le dije mientras atravesábamos un puente del Sena:

—Hay que estar prevenidos para que cuando venga otro rey cualquiera a molestarnos, en vez de burlarse de nosotros, sea él el burlado.

Y le tocó la china al monigote de Alfonso número 13, como le llamaba Carlos Malato.

* * *

La última vez que visité a Luisa Michel en París se encontraba en el domicilio de Ernesto Girault, y ambos salían de excursión de propaganda por las distintas regiones de Francia.

Ernesto Girault, buen orador de mítines y de conferencias, tendría unos 30 años de edad y era en exceso robusto, pero Luisa Michel estaba envejecida y en la excursión anterior había estado gravemente enferma con una neumonía, tanto que, Malato, que la quería mucho y la creía muerta, hizo su elogio fúnebre en un periódico de la capital.

El trabajo que tenían los dos propagandistas era muy agotador, viajando de una a otra ciudad, con poco reposo, en un tiempo inclemente.

El día que estuve en su casa hacía un tiempo muy frío y le llamé la atención sobre el peligro que corría de salir de excursión con aquel tiempo, pero ella hizo un gesto de indiferencia y me contestó que aquello no tenía importancia.

Siempre que hablaba con aquella extraordinaria mujer, como no he conocido otra, me recordaba una persona querida a quien se parecía algo en lo físico y mucho en lo moral, me refiero a Fermín Salvochea, de quien no he conocido otro igual.

Son tipos que se presentan muy de tarde en tarde en nuestra sociedad, y que serán más fáciles de hallar en la sociedad del mañana.

Salió de excursión y, como estaba previsto y visto, tuvo una segunda neumonía de la que no se pudo salvar.

El día del entierro no sólo París, sino toda Francia, se puso en pie para rendir el homenaje merecido a tan singular mujer.

Del lugar que partió el entierro, apenas entrada la mañana, hasta el pueblo cercano a París, adonde se llevaba el cadáver para enterrarlo al lado de su querida madre, como ella había dispuesto, puede decirse que se tardó todo el día, pues se llegó a la caída de la tarde, y sin comer.

Una multitud inmensa acompañaba el cadáver, y otra tan grande cubría el camino, hasta sobre los árboles, viéndola pasar.

Todos los revolucionarios extranjeros acompañaron el cadáver, llevándole coronas, y los grupos anarquistas españoles se unieron en un grupo para rendirle homenaje.

¡Cuántos ojos llorosos contemplamos en el trayecto seguido por el cortejo!

Si no me equivoco el entierro fue en un domingo de 1905, y en la misma fecha el pueblo ruso, conducido por el pope Gaponi, era ametrallado al pie del Palacio por los sicarios del Zar.

Para el pueblo ruso aquel día se llamó "El Domingo Sangriento".

* * *

Los anarquistas españoles activos en París no pasarían de 50 y se habían reunido en un grupo que se encontraba un día por semana en un café situado en el faubourg Saint-Antoine, casi todos obreros catalanes, y luego se agregaron algunos valencianos con el doctor Castell. Eran muy buenos compañeros y siempre dispuestos a ayudar a toda iniciativa que se hiciera en beneficio de la revolución española. Ellos estuvieron informados de mis viajes conspirativos a Barcelona y Londres, sin que trascendiera al público la noticia por imprudencias del lenguaje. Ayudaron mucho a las campañas que se hicieron contra los inquisidores españoles y a la publicación del periódico *La España Inquisitorial*.

Con motivo del atentado contra el rey de España en París, el grupo fue disuelto, detenidos unos y expulsados los otros, entre éstos el doctor Castell, de Valencia, y Navarro, de Cartagena. Este último se fue al Brasil, mandado por el editor Garnier, con quien trabajaba, y no volví a saber más de él. Los valencianos, entre ellos Castell, se volvieron a España y siguieron allí luchando. Éste murió de repente en Madrid en los comienzos de la guerra; tenía una enfermedad grave de la aorta. El juez Leydet, durante el proceso, hizo el elogio del tesorero del grupo español, José Prat, por lo meticoloso en llevar las cuentas.

* * *

La última vez que estuve en París, para gestionar mi viaje a México, la segunda guerra mundial estaba ya declarada y la capital ofrecía un lúgubre aspecto por la oscuridad de noche y los edificios más notables cerrados y protegidos por grandes sacos de arena para protegerlos de los bombardeos. Además, tenía que presentarme todos los días a la policía y se me amenazaba con detenerme si no me ausentaba pronto de la ciudad, a pesar de llevar un permiso especial de las autoridades de Narbona, en cuyo refugio inglés, para los intelectuales españoles, estaba de médico.

No llevaba otra dirección que la del doctor Pierrot, un antiguo compañero que me era conocido desde la primera vez que había estado en París en los primeros años del siglo.

Fui a visitarlo y tanto él como su compañera me recibieron cariñosamente y me invitaron la noche siguiente a cenar con ellos, a fin de tener tiempo de avisar a Paul Reclus para que nos acompañara en la cena.

Acudía a la cita, pero Paul Reclus no pudo llegar a tiempo por algún inconveniente que se le presentaría. La cena fue breve y había muy pocas cosas agradables que tratar. Una de ellas fue la desaparición de nuestro viejo amigo Juan Grave, muerto a la avanzada edad de 80 años. Cuando salí de su casa, encontré grandes dificultades para encontrar el hotel donde yo paraba, por la oscuridad en que estaba sumida la ciudad.

No volví a ver a aquellos amigos queridos. El doctor Pierrot víctima de una embolia, murió en París a la edad de 78 años. Dos compañeras que lo conocieron y trataron, Renée Lamberet y Federica Montseny, hicieron con mano maestra su panegírico en nuestra prensa.

Era uno de los últimos supervivientes de la edad heroica del anarquismo francés.

* * *

Armand y sus amigos tenían como lugar de reunión un piso bajo cercano al Hôtel de Ville. Entonces era un discípulo de Tolstoi y publicaba *L'Ere Nouvelle*. Vivía con una compañera llamada María, amable como él, y atraían bastante gente en la propaganda. Yo pasaba algunas veces por aquella casa, los días de reunión, una vez por semana.

En el local de Armand conocí al grupo naturista; eran escasos en número. El principal de ellos, llamado Zisly, había publicado algunos folletos de extremo idealismo. Aquel grupo inició la publicación de algunos periódicos, que no pasaron de los primeros números.

Aquellas ideas tuvieron poca aceptación, aunque no carecía de cierto mérito.

* * *

Alberto Libertad era un activo propagandista popular de las ideas anarquistas. Fue hijo de un magistrado. Trabajaba en la imprenta. Vestía con una larga blusa negra. Llevaba largas melenas y barba. Tenía en los retratos cierto parecido con León Tolstoi. Era paralítico de los dos miembros inferiores y se servía de muletas. Le acompañaban siempre dos mujeres jóvenes, una de ellas su compañera. Empleaba un lenguaje popular a la altura de la gente del pueblo. Fue el fundador en algunos barrios de París de las "Causeries Populaires" muy concurridas, que ya hemos mencionado. Últimamente publicó el periódico *L'Anarchie*.

Era un hombre muy activo y se le encontraba a todas horas en las agitaciones populares. En los días de tumultos, se tiraba al suelo y daba golpes a la policía con una muleta. Tendría poco más de 30 años cuando murió en un hospital a consecuencia de unas heridas recibidas en la calle luchando contra la policía.

* * *

Paraf-Javal era amigo íntimo de Libertad, y a veces intervenían en la propaganda los dos unidos, pero aquél era un tipo diferente y poco populachero. Se consideraba como un científico y usaba un lenguaje lógico. Entonces tendría unos 50 años, era hombre robusto y llevaba una barba corta. Parece, según me dijeron, que era secretario del literato de tendencias libertarias Mirbeau.

En Barcelona le editó Ferrer, en la biblioteca de la Escuela Moderna, *La Sustancia Universal* y unos folletos.

* * *

Los cancioneros intervenían en las reuniones populares y eran muy gustados por el pueblo. El más popular de todos era el viejo zapatero "Père le Purge" que cantaba:

*Je suis le père le Purge
le pharmatien de l'universe...*

También en Montmartre había un cabaret llamado "L'année Rouge", en que las canciones eran de un corte más fino.

* * *

Emilio Janvion publicaba entonces *L'Ennemie du Peuple* (El enemigo del pueblo). Era un hombre de temperamento nervioso y muy inquieto. Se creía un hombre de carácter muy duro, un superhombre, y consideraba al pueblo como una entidad de hombres insignificantes, pero su concepción idealista lo engañaba. Era un hombre amable y comprensivo, que gozaba de la estimación general. Su propaganda, de aquellas divagaciones, duraron poco tiempo, por suerte, y no dejaron huella alguna.

* * *

En Montmartre se encontraba la redacción del *Le libertaire*, semanario anarquista, que dirigía Matha, un libertario muy estimado.

Por allí pasaban con frecuencia los jóvenes de porvenir Francis Jourdain, Víctor Meric y Almercyda.

Un día me presentaron a una guapa joven que era la hija del anarquista Vaillant, que murió en la guillotina por haber tirado una bomba en el Congreso de Diputados.

Víctor Meric se convirtió en un escritor muy leído con sus biografías de hombres del día; Francis Jourdain se pasó al comunismo ruso, y Almercyda se incorporó al periódico de Harvé, *La Guerra Social*, que más tarde se cambió en *La Victoria* y se hizo patriota. Almercyda se suicidó en un asunto de espionaje tramado por la policía francesa.

En la última época que estuve en París, una vez por semana, me encontraba en un restaurante de Montmartre con Sebastián Faure, Malato y Matha, en charla amistosa.

* * *

Siegfried Nacht era un joven de 26 años, austríaco, técnico electricista que me lo presentó Malato, como muy útil para ayudarnos en nuestros planes de armamento revolucionario que tanto nos preocupaba. Había hecho un viaje a pie por España, y al entrar en Gibraltar fue detenido y acusado de querer atentar contra la vida del rey de Inglaterra. No se probó la acusación y fue puesto en libertad. Fuimos amigos íntimos el tiempo que permanecemos en Francia, y luego en Inglaterra. Me ayudó mucho en París durante la publicación del periódico *La España Inquisitorial*. Su folleto *La Huelga General*, que apareció primeramente en 1902 en Londres, ha sido traducido a 17 idiomas y fue uno de los trabajos más difundidos de la propaganda libertaria en aquellos años. Fuimos los dos al Congreso Antimilitarista de Amsterdam representando a España y Portugal.

A la vuelta del Congreso nos detuvimos en algunas capitales de Bélgica para visitar los museos de pintura. También estuvimos visitando los campos de Waterloo, donde tuvo lugar la famosa batalla que eclipsó la estrella de Napoleón I.

Al llegar a la frontera francesa, la policía belga que nos había seguido los pasos, nos detuvo y registró minuciosamente nuestro equipaje. El asunto se agrió cuando un policía, registrando una cajita nuestra conteniendo pequeños instrumentos cor-
tantes, se hizo una herida aparatosa en la mano, por la hemorragia que presentó.

Allí mismo se nos comunicó una orden de expulsión, a los dos, del reino de Bélgica.

* * *

En una ocasión, después de una conferencia mía acerca del movimiento obrero en España, estaba presente el viejo internacionalista J. Guillaume, con el que conversé largo rato.

También conocí entonces al anarquista psicólogo Hamon, que me concedió el permiso para traducir al español su libro *Psicología du Militaire Professional*.

* * *

Al anarquista holandés Cristian Cornelissen lo visité en su casa para interesarle en que colaborara en *L'Espagne Inquisitoriale*, que aceptó con gusto.

Este periódico se publicó para informar a la opinión francesa de los crímenes cometidos por los gobernantes españoles. Se publicaron pocos números, pero hicieron su efecto. Fue prohibido por las autoridades francesas, y su gerente francés, Carlos Loizel, detenido.

* * *

Como en Barcelona se creía en una revolución antimonárquica cercana, fui llamado con urgencia por personas de toda confianza. Lo primero que hice fue despistar al policía que me tenían puesto, que me visitaba todos los días como amigo, y le hice creer que tenía que ir a pasar unos días a Madrid para un asunto conspirativo en el que estaban comprometidos varios jefes militares.

Y creyó aquello tan serio, que mientras estuve en Barcelona, se me buscó en Madrid y se tomaron medidas para proteger al rey.

Me hice de una documentación falsa de una república latinoamericana. Me disfracé convenientemente y pasé bien la frontera de Cataluña, sin novedad alguna.

Llegué a Barcelona en el último tren de la noche sin que nadie me esperara. Busqué una fonda en la calle Conde de Asalto, parece no de muy buena nota, y tomé una habitación para dormir. Ya estaba acostado, pero no dormido, cuando llegó la policía buscando a un individuo que encontró en el cuarto próximo al mío y que detuvieron. Fue una suerte porque si no lo encuentran e intentan penetrar en el mío, se llevan una terrible sorpresa, por el arma que llevaba para defender mi libertad.

A la mañana siguiente, el ama de la fonda me presentó sus excusas, y me dijo que era la primera vez que había pasado aquello, pero no volví por aquella casa.

Cerca de dos meses los pasé en Barcelona y mi labor fue muy fecunda. Dejé el material de un laboratorio de química para explosivos e instrucciones para manejar-

lo, y además lecciones prácticas, y arrendé una casa grande para depósito de fusiles que los militares vendían de contrabando al módico precio de 12 duros por fusil.

¿Cómo podría triunfar una revolución sin armas, contra un enemigo perverso y bien armado?

Como los acontecimientos se retardaban y las autoridades de Madrid estaban preocupadas por no encontrarme, y se rumoreaba la noticia de que iban a buscarme a Barcelona, por el consejo de aquellos amigos me volví a París esperando los acontecimientos.

A los pocos días de llegar a París, partí a Londres y tuve una entrevista con Malatesta, en casa del español Márquez, donde expuse mis puntos de vista: iniciar en España un movimiento revolucionario, que podría tener grandes consecuencias; no era cosa difícil y habría que empezar por la supresión terrorista de Alfonso XIII.

* * *

No recuerdo la fecha exacta, pero me parece que fue el verano de 1905, cuando Domela Nieuwenhuis organizó y convocó a un Congreso Antimilitarista Internacional que debía de celebrarse en Amsterdam.

Domela Nieuwenhuis había sido un antiguo pastor protestante, primer diputado socialista en el Parlamento holandés y después anarquista y crítico notable del marxismo. Era un hombre de extraordinario mérito y una de las figuras más bellas, por todos los conceptos, del campo anarquista.

El Congreso alcanzó un éxito extraordinario, y congregó a hombres de todas las tendencias políticas, sociales y filosóficas, y hasta algunos religiosos, que, como verdaderos discípulos de Cristo, aborrecían el crimen de la guerra. De París partió un nutrido grupo al Congreso, y entre ellos me encontraba con Siegfried Nacht, en representación de los antimilitaristas españoles y portugueses.

Todavía recuerdo con emoción la noche de la clausura del Congreso. En el teatro mayor de Amsterdam se congregaron más de 30.000 personas, quedando otras tantas en la calle por falta de lugar. Se habló en varios idiomas, cada delegado en el suyo, y un coro de 300 mujeres cantoras de teatro entonaron un himno por la paz entre los hombres, constituyendo el acto uno de los espectáculos más grandiosos que jamás he presenciado.

Y se constituyó una Internacional Antimilitarista, de cuyo Comité formé parte.

¡Qué pequeño nos pareció el Palacio de la Paz, al volver por La Haya, comparado con el que todos habíamos levantado en nuestro corazón!

Pocos días después, se celebró en París un gran mitin en el que Sebastián Faure, en francés, y yo en español, expusimos al pueblo francés los acuerdos tomados en el Congreso Antimilitarista de Amsterdam.

Aquel congreso despertó grandes ilusiones en los pacifistas, pero puede decirse que sirvió de poca cosa. Los Estados siguieron la carrera de los armamentos, hasta que dieron comienzo a la primera guerra mundial.

* * *

Había en París dos periodistas españoles de ideas avanzadas, con los que tuve amistad: Bonafoux y Lapuya.

Bonafoux era tenido como puertorriqueño, porque se crió en Puerto Rico, pero era legítimo español. Era un buen literato y un periodista de genio independiente, como no he conocido otro. Publicó en París el periódico *La Campaña* y luego *El Heraldo de París*. En el último me publicó dos artículos, el uno sobre la acción terrorista rusa aplicada en España y el otro sobre la fecha del 1º de Mayo, donde los obreros dispusieran de las armas que tienen los burgueses. En sus crónicas publicadas en *El Heraldo de Madrid*, favoreció a los anarquistas todo lo que pudo. En una entrevista en Londres con Malatesta, hacía de él un soberbio retrato con su pluma, y acababa diciendo: "no es una mala *testa*, sino una *testa* digna de estudio".

Con motivo de sostener sus opiniones libres sobre la guerra de 1914, fue perseguido en Francia, y tuvo que refugiarse en Londres, donde murió.

Lapuya era corresponsal del periódico republicano *El País* de Madrid, y su temperamento pacífico era el polo opuesto de Bonafoux. Colaboraba con los librepensadores franceses y tradujo del español un libro antirreligioso escrito por un cura en España, que apareció como folletín en el periódico *Le Raison*.

* * *

El prefecto de París, Lepine, era un hombrecillo muy pequeño y delgado, morenito, con barba corta, y, sobre todo, un tipo muy nervioso, que no se estaba quieto en un sitio.

Un día intentaba yo entrar en la Catedral de Notre-Dame, para participar en una manifestación contra los católicos, que se reunían allí, no me acuerdo con qué motivo, cuando al decirle a un gendarme que me dejara pasar, que era católico, Lepine, que tenía tomada la explanada delante de la iglesia con sus subordinados, me reconoció y corrió gritando que me fuera a mi país a armar escándalos.

El hombrecillo me entregó a un gendarme con la orden de llevarme río abajo durante dos horas, y que luego me dejase libre.

Fue bastante benévolo, pues en vez de llevarme a la cárcel, me mandó a dar un paseo.

* * *

Philipon era secretario del Hôtel de Ville, muy amigo de Harvey. Vivía con su familia en una quinta de campo situada en el cercano pueblo de Saint-Maure, al borde del Marne.

Como la familia aquella en las vacaciones de verano se iba a la playa y la finca se quedaba sola, nos íbamos a cuidarla Harvey y yo y hacíamos de robinsones.

Philipon vino a testimoniar a nuestro favor durante el juicio por el atentado contra el rey de España.

* * *

Desde que llegué a París tuve mucha amistad con el grupo neomalthusiano porque me parecía muy bien su programa de generación consciente ilimitada.

Humbert me recomendó hacerle en cada número de su revista *Generation Conscient* una croniquilla de los sucesos.

En cuanto a Paul Robin, desde el primer momento que me conoció, me tomó mucha estima e iba con frecuencia a visitarlo. Me regaló unas colecciones de periódicos de la época de la Internacional que me robó la policía. Son muy conocidos sus trabajos sobre la coeducación de sexos y el neomalthusianismo. Construyó una casa en las afueras de París, que luego se convirtió en un barrio. Se suicidó cuando se encontró viejo, enfermo e inservible.

* * *

Una noche me ocurrió una cosa rara que no he olvidado por las circunstancias que se dieron y ahora voy a referir.

Estaba citado a cenar una noche en casa de mi amigo Poulent, gerente que era de la casa editorial Elcan, y al sentarnos a la mesa, entró el portero, llamó aparte a mi amigo y tuvieron una conversación reservada.

Ya en la comida me preguntó mi amigo si tenía algún asunto peligroso entre manos, porque en la puerta había dos agentes de la policía ciclista esperándome.

Cené atropelladamente y pensé que podría tratarse de unas sustancias explosivas que había depositado aquella noche en la casa de un compañero que habitaba en mi vecindad.

En efecto, cuando bajé a la calle y monté en mi bicicleta, divisé a pocos pasos a dos agentes ciclistas de la policía, que no me dijeron nada, pero parecían dispuestos a seguirme.

El problema que se me presentaba era perder de vista a la policía y avisar a mi amigo para que mudara de sitio los explosivos guardados.

A mi izquierda había una ancha avenida situada sobre un alto terraplén de varios metros de altura que no había atravesado nunca. Y por allí me lancé con toda la rapidez que podía, seguido de cerca por los dos policías. No llevaba otra luz en la bicicleta que un farolillo de papel rojo que pronto lancé de mi lado para quedarme a oscuras. Y así corrí a ciegas como un cuarto de hora hasta que me di cuenta que ya no me seguían. Como se presentara una calleja a la izquierda, por allí me metí y ya en terreno conocido, pude ganar mi domicilio, no antes de avisar a mi amigo para que quitara los explosivos.

Me acosté y me dormí tranquilo, satisfecho de haber acertado en mi cometido. Pero a las dos horas después llegó a mi hotel la policía y me llevó detenido a la prefectura, donde me dijeron asombrados cómo no me había matado en la carrera. Y si no me alcanzaron es que se detuvieron en el camino buscando mi cadáver.

Una voluntad grande para evitar el mal a un amigo, me impulsó en aquella carrera loca.

* * *

El 31 de mayo de 1905 tuvo lugar en París un atentado contra el rey de España. Como era costumbre en aquellos casos, fueron detenidos varios individuos sospechosos. De aquellos sólo quedaron cuatro presos y procesados: Vallina, Malato, Harvey y Coussanel, el último portero de la casa donde vivía Malato.

Allí nos sepultaron seis meses en una celda, incomunicados, hasta que se vio la causa y fuimos absueltos.

A mí no se me hizo muy largo el tiempo, a causa de mi afición a la lectura, y como tenía la luz encendida de día y de noche, en cualquier momento podía leer. Primero leí todos los libros leíbles que había en una pequeña biblioteca de la prisión, y después me concedieron el permiso, para pedir de la calle los libros que deseara, así que me despaché a mi gusto, y pude leer por segunda vez todas las obras de Víctor Hugo en francés, que ya había leído antes en español. Pero los libros escogidos en aquella ocasión, fueron las obras de Séneca, el filósofo cordobés, traducido al francés por Lagranje, si no me equivoco.

El que tuvo que trabajar mucho para examinar la carga de documentos que la policía recogió en mi casa, fue el juez de instrucción Mr. Laydet. Aquellos documentos, depositados allí con intención, se referían a los crímenes cometidos por las autoridades españolas, siempre firmados por las víctimas. Algunos llegaron a escandalizarlo y se preguntaba cómo podían ocurrir tales cosas.

Aquel hombre acabó por penetrarse de la verdad del asunto y me favoreció en las declaraciones todo lo que pudo.

Y cuando fui absuelto, no vaciló en felicitarme.

Por el tribunal que nos juzgaba, desfilaron numerosos hombres ilustres, políticos y literatos, y dos españoles, Lerroux y Estévanez, quienes hicieron declaraciones sensacionales pidiendo nuestra absolución.

La nota discordante la dio el acusador Bulot, en su polémica con Sebastián Faure, al referirse al "Proceso de los treinta", que el magistrado montó de una pieza.

Su insistencia en hablar de los anarquistas guillotizados, le valió el apóstrofe de hiena que le lanzó Fortunato Henry, hermano de un ejecutado.

El resultado de tan ruidoso proceso es que fuimos absueltos los cuatro acusados, pero si hubiéramos sido condenados, había disimulados en los alrededores del Palacio de Justicia 200 hombres, mandados por Amilcare Cipriani, dispuestos a tomar el edificio por la fuerza y ponernos en libertad.

Han pasado muchos años de estos sucesos, y ahora que lo recuerdo, sería una ingratitud muy grande si no nombrara a Maître Yzoard, mi defensor, recomendado por Grave, que tanto contribuyó a mi libertad.

* * *

Como la masonería había tomado una parte muy activa en la defensa de los presos por el atentado contra el rey de España, acepté la invitación de algunos masones e ingresé en una logia mixta, de hombres y de mujeres, de París.

Entonces asistí a algunas reuniones de las logias, siempre que se trataba de algún tema interesante de sociología o filosofía.

* * *

Al aproximarse el 1º de mayo de 1906, la organización sindicalista francesa acordó declarar una huelga general para vencer la resistencia de los patronos y conquistar la jornada de ocho horas. La expectación en París era enorme y se esperaba un día de insurrección social. Sin embargo, como todo se dejaba al azar y no se hacían preparativos indispensables para impulsar la lucha y para procurarse armas contra el ene-

migo, que se presentaba bien organizado y armado, perdí toda confianza en el éxito de la jornada.

Algunos de los militantes más significados e influyentes y caracterizados del proletariado decidieron ausentarse de París, porque una vez el pueblo en la calle, se decía, no se sabe lo que ocurrirá. Aquello me pareció extremadamente erróneo, porque su lugar estaba en la primera fila de los que luchaban, y si alguno cayera, que fueran ellos, porque no hay mejor propaganda que la del ejemplo. Ascaso y Durruti murieron así.

La víspera de aquel 1º de mayo me fui a acostar algo tarde, por haber estado explorando el ánimo de la gente. Cuando llegué a mi casa observé que era seguido por la policía. Tuve la intención de escapar y evitar mi detención, pero como una hermana me esperaba impaciente, decidí entrar en la vivienda. Pasé el resto de la noche desvelado y al amanecer salí a la calle, pero a los pocos pasos fui detenido por la policía y llevado a la prefectura. Las calles estaban desiertas, y a la tenue luz del crepúsculo pude observar los preparativos formidables de represión que las autoridades preparaban contra el pueblo obrero de París.

Cuando llegué a la prefectura me dijeron: "Usted es el primer detenido en el día de hoy". Poco después llegó mi hermana preguntando por mí, y el prefecto exclamó: "Esto no lo hace más que una mujer española, que por cariño a su hermano, no hace caso de los peligros de la calle".

Al día siguiente se me comunicó la orden de mi expulsión de Francia y se me advirtió que la ley me permitía escoger el país que quisiera. Señalé algunos países, pero no se me admitió en ninguno, y por último, sin consultarlo con Inglaterra, en unión de tres jóvenes y una muchacha rusos, todos revolucionarios, nos enviaron a un puerto de la costa inglesa. No nos permitieron recoger ropa ni dinero en Francia, por lo que las autoridades inglesas nos negaron la entrada. Tuvimos que invocar nuestra condición de refugiados políticos para que cambiara la decoración y nos recibieran galantemente.

En aquella ocasión, esperanzado Malatesta que pudiera surgir un movimiento revolucionario, se fue con anterioridad a París y fue testigo del fracaso del esfuerzo sindicalista. "El movimiento en realidad —nos dice Fabri en su libro, *El pensamiento de Malatesta*—, no tuvo el éxito esperado y aproximadamente desde entonces el sindicalismo francés entró en un período de involución doctrinario y táctico, al comienzo inadvertido, que más tarde había de llevarlo a las peores degeneraciones, reformistas y guerreristas".

Copiamos de Rocker en su libro *Revolución y Regresión*: "La C.G.T. tradicional, que tenía una historia tan gloriosa y era una de las organizaciones obreras más prominentes de Europa y del mundo, se perdió para el movimiento sindicalista internacional... El movimiento francés, que un día había contribuido tanto a la difusión del sindicalismo en Europa, perdió su vieja posición, después que la C.G.T.U. cayó en manos de los comunistas. Para la A.I.T. fue esa una pérdida grande y sensible y todos nosotros lo hemos sentido gravemente".

Cuando yo llegué a París por segunda vez, en vísperas de mi viaje a América, no sólo encontré desconocido el movimiento anarquista, sino también el sindicalismo.

Entre las causas que a mi entender han motivado este retroceso de nuestros ideales, además de la inestabilidad cerebral de muchos individuos, señalaré la falta de

combatividad de los llamados revolucionarios, el desnivel del armamento entre los obreros y las fuerzas represivas del Estado, y la desviación de las multitudes y los individuos hacia la revolución comunista autoritaria de Rusia.

Sin embargo, el ideal de igualdad social y de abolición del Estado, se levanta en el espacio, como el sol sobre el Universo, señalando a los hombres la ruta de su redención.

Y este ideal anarquista durará tanto como nuestro mundo, aunque cambie de nombre, y su triunfo señalará el término de nuestra desdicha. Y es posible que cuando la sociedad humana esté a punto de perecer, víctima de su manera equivocada de organizarse, se agarre a él, como el náufrago en un mar tempestuoso se agarra a la única tabla de salvación.

* * *

Al ser expulsado de Francia, quedaron interrumpidos por segunda vez mis estudios de medicina, que había comenzado en España. Sin embargo, el tiempo que permanecí en París, no falté un solo día de asistir a las lecciones de aquellos ilustres profesores de la Escuela de Medicina. Aunque la medicina, como ciencia, es universal, sin desconocer la alemana y la inglesa, he preferido siempre la francesa, por la claridad y arte con que ha presentado los asuntos.

Londres

Con motivo de la huelga general revolucionaria anunciada en Francia para el 1° de mayo de 1906, fui detenido en París junto con unos anarquistas rusos, tres hombres y una mujer, todos muy jóvenes, que no aparentaban pasar de los 20 años de edad, y fuimos expulsados de la República francesa, el país que había hecho la Gran Revolución. La joven rusa era muy baja de cuerpo y regordeta, por lo que sus compañeros le llamaban de apodo "la Bomba". Era extremadamente valiente y convencida de las ideas que profesaba. Fuimos los primeros expulsados, pero animadas las autoridades por el fracaso de la huelga, siguieron expulsando a los extranjeros, Siegfried Nacht entre ellos, que creían peligrosos para el orden social.

La policía francesa nos condujo en tren hasta la ciudad de Dieppe, nos hizo atravesar en barco el Canal de la Mancha, y, por último, nos desembarcó en la costa inglesa sin pedir permiso a nadie, y desapareció de allí. El viaje fue gratis, a diferencia de lo que ocurría en España, que siempre que me hacían viajar las autoridades, tenía que pagarme los gastos de viaje.

El punto de desembarco era una ciudad inglesa llamada Newhaven, si no recuerdo mal. Era el amanecer y una espesa niebla deformaba los objetos. Aquel lugar desolado producía en mi ánimo la peor impresión, y lo mismo les ocurría a mis compañeros de viaje, por la cara de disgusto que pusieron. Tenía la impresión de que nos llevaban a la horca, y, en efecto, se divisaba a medias un andamiaje que parecía el patíbulo. Nos agruparon a los viajeros de tercera clase e hicimos cola ante un local ocupado por los empleados y la policía, teniendo que presentar cada uno cierta cantidad de dinero para ser admitido en la libre Inglaterra. Cuando nos tocó el turno, me



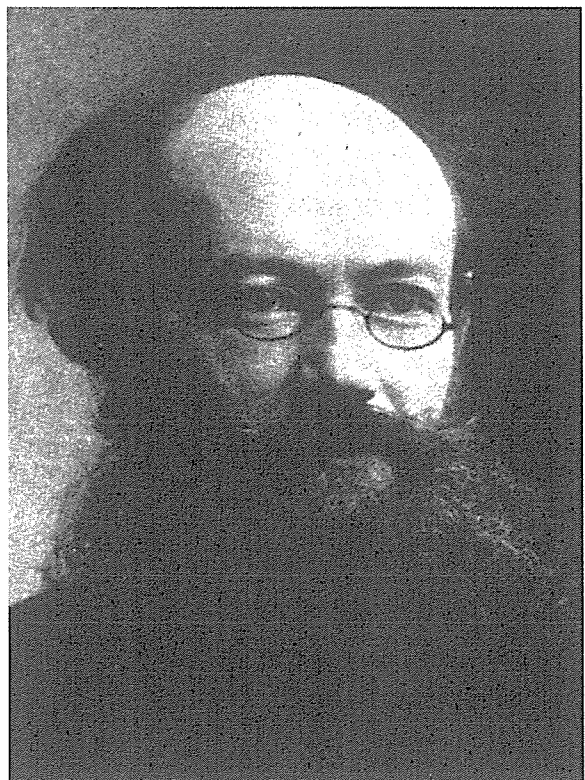
ENRIQUE MALATESTA

Hacer una semblanza de este coloso del anarquismo militante, por muchas líneas que se empleen, puede parecer un tanto ridículo: tan gigantesca es la obra de este luchador, todo nervio, cerebro y corazón. Basta decir en apoyo de este juicio, que Nettlau escribió un voluminoso libro, *La Vida de un Anarquista*, del que no tiene desperdicio ni una sola línea. Otra biografía acerca de Malatesta es la de Luis Fabri, que valoriza la obra del revolucionario italiano.

De verbo arrebatador y acción consecuente, dando tanto valor a los hechos como a la palabra, acudió siempre presuroso a cualquier parte del mundo donde se vislumbraba la chispa revolucionaria. Lanzando arengas, discursos, periódicos y folletos, su obra parece sobrenatural. Puede decirse que fue el más grande divulgador del anarquismo, pues sus folletos *Entre campesinos*, *El café*, etc., han sido editados por millones y en diversos idiomas. Murió cautivo del histrión tirano Mussolini en 1932.

PEDRO KROPOTKIN

Geógrafo, geólogo, historiador, explorador, antropólogo, descubridor de coordenadas desconocidas, innovador del mapa geográfico del Asia Septentrional, introductor de una nueva versión, triunfante, de los períodos glaciares en Europa Oriental, polemista, orador, escritor, moralista, músico y revolucionario, dejó, a lo largo de su convulsionada vida, un grandioso edificio anarquista teniendo como cimientos básicos el Comunismo Libertario, afianzado por él, y la Ética racionalista, definitivamente consagrada a través de sus obras *El Apoyo Mutuo* y *Ética*, esta última inconclusa por sorprenderle la muerte cuando trabajaba en la confección de su segunda parte.





RODOLFO ROCKER

Uno de los pensadores más destacados del movimiento anarquista del presente siglo. Huérfano a los 12 años de edad, aprendiz de encuadernador, se inició en las ideas socialistas en los medios obreros. Por participar en el movimiento hebreo alemán, hubo de emigrar en 1892 a París. Después del atentado de Santo Caserio y la persecución consiguiente al anarquismo, pasó a Londres, residiendo allí hasta la primera guerra mundial; siendo inmensa su actividad, participando en todas las campañas internacionales contra las tiranías, sobre todo, en favor de los inmigrantes judíos que continuamente llegaban allí en la miseria, fugitivos de la Europa Oriental. Con Schapiro y A. Souchy, echó las bases de la nueva Primera Internacional. Entre sus obras magníficas, destacaban *Revolución y Regresión*, *Nacionalismo y Cultura*, *Memorias* y *La Borrasca*. Entusiasta del mo-

vimiento español, a su primogénito le puso el nombre Fermín, en recuerdo del gran Salvochea. Murió en 1958 trabajando hasta el último momento de su vida. Ha dejado muchas y valiosas obras inéditas.

EMMA GOLDMAN

De origen judío rusa (1839-1940), emigró a Estados Unidos en 1886 en donde se hace anarquista y activista de los derechos de la mujer, del control de natalidad, de la libertad individual y sexual. En 1919 fue deportada a la Rusia soviética desde donde viaja por Europa (estuvo en España en 1936), y regresa definitivamente a Estados Unidos. Dejó escritas, entre otras obras, unas admirables memorias, *Viviendo mi vida*. "Pocas mujeres han logrado, en el campo ácrata, una aureola de luchadora y de constante trayectoria como la ganada a pulso por «la sacerdotisa de la Anarquía», como con más respeto que despecho, la llamaban los periódicos burgueses de Norteamérica" (*Ruta de Venezuela*, n.º 34, 19-7-1965).



hice intérprete de mis compañeros y manifesté al jefe de policía que no podíamos entregarle la suma que nos pedía para ser admitidos, sencillamente porque no llevábamos dinero. Uno de nosotros tenía algunas monedas y los demás los bolsillos vacíos. El viaje fue tan inesperado que ni siquiera tuvimos para proveernos de lo más necesario. El inglés nos dijo que muy a pesar suyo se veía obligado a devolvernos al punto de partida, o sea a Francia.

Como no teníamos prisa de entrar en Inglaterra, adonde íbamos contra nuestra voluntad, y además no nos faltaba el buen humor, nos fuimos a pasear por aquellos alrededores, por cierto poco atractivos, y a procurarnos una taza de café caliente, convencidos que no seríamos devueltos a Francia, precisamente porque de allí nos habían expulsado.

Como una hora después, cansados de recorrer aquellos lugares, nos dirigimos al local del jefe y solicitamos una entrevista. Nos recibió en el acto y se condeolvió de no poder permitirnos la entrada, porque la ley se lo prohibía. En aquella época se les exigía a los recién llegados a Inglaterra que mostraran una suma pequeña de dinero, creo que siete libras esterlinas, con el propósito de que al llegar al punto de residencia se pudiera vivir unos días hasta encontrar trabajo, sin molestia para nadie. Por toda contestación le dije a aquel hombre: "Haga usted el favor de dirigirse en nuestro nombre al ministro de Gobernación y comunicarle que somos refugiados políticos y que nos extraña que Inglaterra no sea el país acogedor de siempre".

El policía hizo un gesto de disgusto y me contestó que aquella explicación debería habérsela dado a nuestra llegada. Y tenía razón, pero deseábamos visitar los alrededores.

Tomó nuestros nombres y nos recomendó que no nos alejáramos mucho, porque no tardaría en llamarnos.

En efecto, como una hora después fuimos llamados por aquel hombre que nos dijo: "Ustedes son perseguidos políticos, que acaban de ser expulsados de Francia, según me comunica la policía de allí, con la particularidad de que ningún otro país que habéis solicitado ha querido acogerlos. Pues bien, el ministro de Gobernación, a quien he consultado en vuestro nombre, me dice que le presente sus excusas por la detención que han tenido a su llegada, no habiendo cambiado de conducta en lo que toca al derecho de asilo político".

Tomamos el primer tren que salía para Londres, y a poco mis compañeros se recostaron en los asientos del vagón y se pusieron a dormir. Habíamos pasado muy mala noche en la travesía que hicimos por mar. Como no hacía mucho que había amanecido, los ingleses preparaban su desayuno, y de multitud de casitas situadas en la campiña, subía una tenue columna de humo. Entonces contemplé con tristeza a los jóvenes rusos, tirados sobre el vagón, sin país, sin hogar y perseguidos por defender la libertad humana. Y yo, como siempre, me olvidaba de mí, pero era otro igual, arrancado del bello sol de Andalucía y sumido en las negras nieblas de Inglaterra.

Cuando llegamos a Londres y descendíamos en una estación, había un señor muy amable esperándonos. En nombre del ministro se ofreció servirnos en todo lo que necesitáramos.

—No necesitamos nada —le contestamos—, sino que nos indique dónde queda la calle Jubilé, donde se encuentra el Club Anarquista Judío, que ha de ser desde ahora nuestra casa.

Nos mostró el sitio, allí cercano, y se despidió, después de que le recomendé diera las gracias al ministro en nuestro nombre por las atenciones que nos había dispensado.

* * *

Los que hayan leído la atractiva obra de Rocker *En la borrasca* recordarán la descripción que hace del Club Anarquista Judío de Jubilee Street, situado en la parte oriental de Londres. Allí nos dirigimos los expulsados de Francia, donde fuimos acogidos con el mayor cariño, olvidando pronto los malos ratos que nos había hecho pasar la policía francesa.

“Después de haber trabajado casi dos años en la ejecución de esa empresa”, nos dice Rocker, “conseguimos finalmente un edificio, el antiguo Alexandra Hall, en Jubilee Street. La casa, hermosamente construida, disponía de una sala magnífica, alta, aireada, con cabida para unas ochocientas personas. Además, diversos locales menores, de los cuales la parte baja fue utilizada como administración, mientras un amplio local del segundo piso servía de biblioteca y sala de lectura. Una casita contigua al edificio del Club servía al grupo «Arbeiter Freund» para la instalación de su imprenta y de la editorial”.

Pero lo más notable de la obra era, sin duda alguna, la intervención de Rocker en el movimiento judío en Londres, del que fue el alma. La fundación del Club Anarquista de Jubilee Street, la publicación del periódico *Arbeiter Freund* y de la revista *Germinal*, y la creación de una editorial en lengua yiddisch, son casos de una tenacidad extraordinaria y de un arraigo profundo de las ideas anarquistas. Aquella propaganda dio sus frutos y los obreros judíos, ganados a nuestra causa, desarrollaron luchas heroicas contra los patronos de la industria del vestido. El movimiento anarquista judío ocupa lugar prominente en las luchas por el triunfo de nuestras ideas.

A poco de llegar a Londres fue a reunirse conmigo el compañero Siegfried Nacht, también expulsado de Francia, con el que me unía la más estrecha amistad. Atraídos por aquel medio libertario, tan de nuestro gusto, convinimos buscar aposento en aquella parte de la ciudad habitada por el elemento judío, una buena parte anarquista. Nos pusimos a buscar una modesta habitación, al parecer cosa fácil, pero nos encontramos con la más seria dificultad. Como se trataba de gente pobre que, para aliviar en algo su apurada situación, arrendaba la única habitación presentable en su vivienda, nos exigían que los sábados nos ausentáramos de la casa, para reunirse la familia y celebrar sus ritos religiosos. Por fin encontramos un alojamiento en casa de un pobre carpintero, en uno de los sitios más intrincados de aquella parte de Londres. Aquella familia era muy amable y el carpintero un buen compañero de ideas.

Asistíamos todos los días a las reuniones del Club Anarquista de Jubilee Street y nos familiarizamos con muy buenos compañeros. Una de las construcciones más grandes que por allí había, dividida en pequeños departamentos, era ocupada en su totalidad por familias de compañeros, que visitábamos a diario. Allí vivía Rocker, y no muy lejos la familia Schapiro. El joven Schapiro pasaba la mayor parte del día en sus ocupaciones, pero el padre salía poco y nos acogía con mucha amabilidad, pasando a su lado horas enteras.

En aquel medio nos encontramos con numerosos jóvenes compañeros, en su mayoría judíos, rusos y polacos, activos militantes, algunos de los cuales habíamos conocido en Francia. El clima y la pasividad de Londres, siendo ellos hombres de acción y familiarizados con los peligros, pesaba enormemente sobre sus espíritus, por lo que pronto desaparecían, para hacer frente en Rusia a los mayores riesgos. Algunos cayeron en emboscadas mortales, tendidas por los agentes provocadores. La joven compañera rusa que llegó deportada conmigo, venía todos los días a verme y contarme sus cuitas. Se aburría soberanamente y una melancolía grande invadió su espíritu. Hubo que prepararle la vuelta a Francia, casándola con un viejo francés a quien no conocía, para que pudiera quedarse allí como francesa. Cuando la policía se dio cuenta de la comedia, la boda ya estaba hecha, y acabaron por dejarla tranquila. No volví más a saber de tan valiosa mujer.

A veces me aburría yo también y entonces me refugiaba en un pequeño salón que había en el Club y que servía como restaurante y café. Allí me pasaba las horas en la penumbra, meditando sobre el presente y haciendo planes para el porvenir. Una tarde negra de Londres, en que soñaba en mi rincón favorito, el compañero que atendía el local me llamó la atención y me dijo: “Pensaba en Angiolillo cuando te miraba. Venía a veces y se sentaba en ese sitio y como tú pensaba y no decía palabra alguna. Un día desapareció y mató a Cánovas”.

—¡Qué suerte tuvo —le contesté—, mató un tirano y murió por la causa!

Una de las cosas que más me impresionaron, hasta llenarme los ojos de lágrimas, fue cuando el primer sábado que allí pasé, vinieron a mi encuentro numerosas compañeritas, que habían cobrado su mísero jornal de la semana, a ofrecérmelo para cubrir mis necesidades, que no llegué a aceptar, con pesar de ellas, porque ya había recibido la ayuda de una hermana que dejé en París.

Muchos años han pasado de los sucesos que cuento, pero mis recuerdos están cada vez más vivos, y aquel barrio mísero y sombrío de Londres, lo sigo viendo de color de rosas.

¡Cuánto daría por vivir de nuevo allí entre tan queridos compañeros!

* * *

Uno de los episodios más curiosos que me ocurrió recién llegado a aquel medio, es digno de que se relate, porque da idea del Londres libre de aquella época.

Una noche dormía tranquilamente cuando, de improviso, me despertó el dueño de la casa y me dijo en tono misterioso: “Acaban de dar las doce de la noche y han llegado dos agentes de la policía secreta, enviados por el ministro de Gobernación, y desearían ser recibidos por usted, para hablar de un asunto de sumo interés, advirtiéndole que no traen mandato judicial para molestarle a estas horas, y si lo hace es como un favor particular que se le agradecería mucho”.

Mientras mi patrono bajaba a la calle, para dar paso a los policías llegados de tan extraña manera, me vestía soñoliento. A poco penetraron en la habitación dos policías de apuesta presencia, y a una invitación mía, se sentaron en una silla sin ceremonia alguna y con aire amigable. Uno de ellos sacó un periódico y lo mostró, leyendo su título: *The Evening Standard and Saint James Gazette*, que veía por vez primera. Después supe que se trataba de un periódico conservador que se tenía por muy serio.

Como le dijera al policía que desconocía aquel periódico, lo desdobló y me leyó una supuesta entrevista insertada en la primera plana y primera columna. “Entrevista”, decía en gruesos caracteres de imprenta, “con un anarquista español”, y a continuación seguían una serie de disparates inconcebibles, como el atentado que tendría lugar contra el Rey de España el día de su boda, la sustitución de la monarquía por la anarquía, los ministros y gobernadores preparados, etc.

Al acabar de leerme tal sarta de disparates, no pude menos de soltar una estrepitosa carcajada acompañada de la risa de ellos. Hasta Siegfried Nacht, que seguía acostado, se incorporó en la cama para reír a sus anchas.

Después de una corta pausa me dijeron: “Cuando se publicó esta entrevista, recibimos la orden de poner en claro lo que había de verdad en tan extraña noticia, que desde el primer momento no tomamos en serio. Y así lo hicimos, averiguando que la buena fe del periódico había sido burlada por un periodista sinvergüenza que, aunque no tan numerosos como en otros países, siempre hay algunos en Inglaterra. Y el asunto fue tan claro para nosotros, que ni siquiera lo molestamos a usted para interrogarlo. Pero ha dado, suponemos, la casualidad, que se ha arrojado una bomba contra los reyes de España el día de su casamiento, y ahora el citado periódico nos culpa de negligencia, por no haber prestado atención, como era nuestro deber, a la grave denuncia que había hecho.

”Entonces nos llamó el ministro de Gobernación, y quedó convencido de la explicación que le dábamos, pero como mañana se espera una interpelación en el Parlamento sobre el atentado en Madrid, por tratarse de una princesa inglesa, deseaba conocer esta noche la respuesta de usted. Pero como era tarde para hacerlo legalmente, nos recomendó que por favor le pidiéramos en su nombre una entrevista”.

—Díganle ustedes al ministro —les respondí—, que es completamente falso lo que dice el periódico, y además disparatado, porque los anarquistas no reconocemos jefes, ni ministros, ni gobernadores. Queremos fundar una sociedad nueva donde exista la igualdad social y no quede rastro alguno del Estado”.

—Así lo haremos —me contestaron—, pero además desearíamos conocer su opinión sobre el atentado que acaba de tener lugar y lo que piensa sobre el futuro de la monarquía española, pues nos parece que interpreta bien el sentido de aquel pueblo.

—El atentado —dije—, es una respuesta a los atropellos que sufre el pueblo español, y espero que no sea el último, como no ha sido el primero. En cuanto a la monarquía, no durará mucho, dejando los peores recuerdos, y Alfonso XIII será el último rey de España.

Aquellos hombres se marcharon de mi habitación preocupados por lo que habían oído, después de darme las más expresivas gracias por haberlos recibido en hora tan inoportuna.

* * *

Al día siguiente, un diputado conservador llamaba la atención en el Parlamento sobre el peligro anarquista en Inglaterra. Uno de los ministros allí presentes hizo esta pregunta al diputado:

—¿Podría decirme su señoría en qué consiste el ideal anarquista, puesto que tanto yo como muchos de los presentes lo ignoramos por completo?

El diputado quedó cortado y no pudo contestar a la pregunta, en medio de la rechifla general, porque desconocía nuestros ideales.

Por entonces, un periódico conservador dijo que el Rey había recomendado que se persiguiera a los anarquistas refugiados en Londres, pero al día siguiente el secretario del Rey desmintió rotundamente la noticia.

El día que se recibió en Londres la noticia del atentado contra el rey de España, se convocó a un mitin en el local del Centro Anarquista Judío, y nunca fue más numerosa la concurrencia ni se vio reunida tanta gente de diferentes países. Rocker, que era un gran orador, habló aquel día con extraordinaria elocuencia.

La bomba arrojada contra el rey, decía, es el regalo del pueblo español al monarca inquisitorial, en el que las lágrimas y la sangre vertidas por los mártires, se habían convertido en una maldición estruendosa contra sus verdugos.

Y la muchedumbre aplaudió con frenesí las palabras del orador, que penetraron en lo más profundo de los corazones.

* * *

El polaco Kinchiski, que así se hacía llamar, porque en aquella época los refugiados se cambiaban con frecuencia de nombre y era dudoso saber el verdadero, llegó allí pocos días después que nosotros, como refugiado. El real o supuesto Kinchiski, se hacía pasar por un estudiante polaco, huido de su país por persecuciones políticas. Tendría 20 años de edad, de aspecto simpático y agradable de trato. Se aposentó con una familia judía muy pobre y no se le conocía designio alguno. Siempre buscaba la compañía de Siegfried Nacht y la mía, como amigos del momento, sin intervenir en nuestros asuntos. Hasta parecía interesarse poco en la conversación sobre las ideas anarquistas. Lo tomamos equivocadamente por uno de tantos, sin significación alguna, arrastrado por el torrente de los acontecimientos. Al poco tiempo desapareció de allí, sin hacer ruido, como había llegado, y no volvimos a tener noticias suyas.

Pero los acontecimientos que después se sucedieron, me llevaron a conocer algo sobre la vida de aquel joven, en apariencia tan inofensivo, pero enredado en un asunto tan peligroso, que por lo visto le costó la vida.

Era un estudiante de la Universidad de Varsovia, y fue detenido por el jefe de la policía de aquella capital, acusado de manejos revolucionarios. Aquel miserable le presentó un dilema, que entonces presentaba a todos los jóvenes detenidos: "O morir en la horca, o podrido en un presidio, o ponerse a sus órdenes en el extranjero, con el dinero en abundancia, y haciéndose pasar por un estudiante revolucionario". Escogió lo peor y fue destinado a París, como espía de los revolucionarios rusos allí refugiados.

Pasó el tiempo... Y cosa rara, el jefe de la policía de Varsovia traicionó su cargo y se afilió al partido socialista revolucionario. Descubierta su maniobra tuvo que huir al extranjero y se refugió en París.

Allí se encontró de una manera dramática con su amigo subordinado Kinchiski, adherido a un grupo revolucionario ruso, aunque seguía su trabajo en activo de espía al servicio del zarismo. Con motivo del entierro de un revolucionario ruso en París, Kinchiski llevaba en la ceremonia una corona del grupo polaco, y así lo encontró su antiguo jefe de Varsovia. Kinchiski dejó caer la corona de sus manos temblorosas, al verse descubierto, y como por encanto, desapareció de la ceremonia.

Huyó hasta Italia, donde lo asesinaron, y metieron su cadáver en una caja de madera, facturada en el tren a una estación cualquiera.

Kinchiski no sólo era un espía político, sino también un agente provocador que intervino activamente en un complot tenebroso para atentar contra la vida de Clemenceau, que se oponía, con miras a la guerra, a la rotura franco-rusa, que favorecería al zarismo.

* * *

En compañía de Siegfried Nacht nos aposentamos en el barrio judío de Londres, en uno de los lugares más intrincados de aquel laberinto de callejuelas pobladas por seres míseros y desdichados, salvo el elemento obrero judío que en su pobreza brillaba entre tantas sombras por su idealismo y bondad. Rocker, en su obra *En la borrasca* hace una descripción patética de los lugares de penuria y de miseria de aquella parte de Londres. Allí pasamos seis meses y no dejamos de visitar los lugares dantescos a que se refiere nuestro viejo amigo. El lugar que habitábamos era de los más miserables del barrio, y tenía tan mala fama, que hasta la policía lo visitaba poco. Aunque muy pobres, los judíos que allí vivían eran en extremo buenos y tratables, pero los ingleses eran alcohólicos y agresivos en su mayor parte. Muchas noches las dedicamos a explorar aquel abismo de miseria y degradación, recorriendo las peores calles y observando las escenas más inconcebibles. Cuando las espesas nieblas envolvían aquella parte de la ciudad y se borraban los contornos de los edificios, tomando aspectos fantásticos, era cuando nos sentíamos más libres e intensificábamos nuestras excursiones.

Todas las noches, ya de madrugada, al volver de nuestras correrías, observábamos un extraño espectáculo que no llegábamos a explicarnos. Al pie de los muros de un gran hospital judío, al borde de Whitechape, una de las arterias principales del barrio, dormían sobre el suelo algunos desdichados que en la gran urbe carecían de domicilio. Uno de aquellos seres, un negro de aspecto enfermizo, se levantaba a veces del incómodo suelo, se colgaba de uno y otro brazo un cesto voluminoso y trotaba sobre la acera del hospital. Por fin, un día detuve al negro y le pedí explicación sobre su extraño proceder. “Es la única estufa que tengo —me dijo—, mostrándome el cesto relleno de piedras, y cuando tengo los miembros ateridos por el frío, este ejercicio me conforta e impide que muera helado”. Así dormía aquel hombre en la primera capital del mundo, saturada de Biblias, donde a pocos pasos se encerraban inmensas riquezas.

Como una noche tuviéramos un encuentro muy desagradable, y no era el primero, con una banda de ingleses borrachos que nos atacaron sin motivo y sin conocernos, alguno de los cuales quedaron heridos, determinamos dejar de visitar aquellos lugares tan poco seguros. Andar a golpes con unos seres desdichados, irresponsables de su situación y por cuya redención luchábamos, hería lo más profundo de nuestra sensibilidad.

Medio año pasamos entre aquellos compañeros judíos, y a pesar del tiempo transcurrido, mis buenos recuerdos no se borran y han ido en aumento, al comparar hombres y cosas, que me han revelado el valor de aquellos hombres y de su obra, en la que Rocker tomó la parte más meritoria.

Del barrio judío nos pasamos al centro de Londres, cerca de Charlotte Street, lugar muy frecuentado por los extranjeros. Sin embargo, nunca perdimos el contacto con aquellos compañeros y con mucha frecuencia los visitábamos.

* * *

Después de pasar seis meses en el barrio judío de Londres, llegó mi hermana de París y buscamos una vivienda cercana al University College (Colegio de la Universidad), donde empecé por tercera vez mis estudios de medicina, interrumpidos anteriormente en Madrid y París, por persecuciones de las autoridades de aquellos países. Cuando llegué a París conocía muy poco de la lengua francesa, a pesar de haberla estudiado dos años en el Instituto de Sevilla, y tuve que pasar algunos meses para medio hablarla y siempre con un marcado acento andaluz. En lo que toca a Inglaterra, el idioma inglés era más difícil, y además había otro inconveniente, mi insuficiencia en dibujo y matemáticas, que no me habían enseñado bien en España.

Las materias estudiadas en los cursos oficiales que seguí en el University College ya me eran conocidas, pero la forma de exponerlas, de una manera práctica, me impresionó desde el primer momento. Aquellos sabios profesores, que se presentaban tan modestos ante sus discípulos, eran atrayentes y se dedicaban por completo a sus enseñanzas.

De mis estudios en aquel centro universitario, además de la medicina, me interesaba la química, con vistas a mi concepto de la lucha revolucionaria, y allí la aprendí muy bien, porque además de las lecciones del maestro tenía a mi disposición, todas las tardes, el laboratorio para mis investigaciones.

Se puede decir que llegué a ser un perito práctico en la materia, y además monté en mi casa un laboratorio de química para mi uso personal.

* * *

En aquella época había en Londres un fuerte contingente de compañeros de varios países, sobre todo italianos, franceses, españoles y alemanes. En Charlotte Street teníamos un club anarquista internacional muy frecuentado, y a su lado había un club socialista alemán, fundado en la época de Carlos Marx, con el que guardábamos las mejores relaciones.

Entonces vivían en Londres Malatesta, Tcherkessof y Tarrida del Mármol, quienes nos ilustraban con sus notables conferencias, que atraían siempre numerosa concurrencia.

Por aquel club, del que durante mucho tiempo fui secretario y tesorero, por mi permanencia en la capital, desfilaron compañeros de todas las nacionalidades, algunos de paso para América, a cada cual mejor, y de los que conservo al más grato recuerdo.

* * *

Algún tiempo antes del asesinato de Francisco Ferrer, el 13 de octubre de 1909, encontrándome en Londres estudiando medicina, recibí una carta de un ricachón

sevillano, rogándome visitara y atendiera al señor Zaldívar, un rico mexicano que se encontraba en la capital inglesa, curándose de un cáncer de la laringe. Parece que el enfermo, un joven de 30 años, tenía su prometida en Sevilla, y era el último vástago de una familia de cancerosos. Sus dos hermanos habían muerto víctimas de la terrible enfermedad.

El desgraciado se alojaba en uno de los hoteles más lujosos de Londres y era de continuo visitado por el embajador de México y otros personajes de la colonia latinoamericana. Además de las riquezas que poseía, era amigo íntimo de Porfirio Díaz, que lo tenía en alta estima, motivos de la falsa simpatía que gozaba entre aquellos tiburones.

A mí sólo me atraía su desgracia, que sentía sinceramente, y este sentimiento, percibido por el enfermo, que tenía su emotividad exaltada por el dolor, fue motivo para que me prefiriera entre todos los visitantes.

—Pase usted pronto —me decía la enfermera al verme llegar—, que el señor Zaldívar está ansioso por su visita.

Me sentaba a su lado y nos entendíamos por escrito, pues le era muy penosa la conversación. A veces nos sentábamos en el balcón y a través del cierre de cristales nos distraíamos viendo pasar a los transeúntes. Por cierto, un día ocurrió una escena que me impresionó profundamente. Hacía un tiempo crudo de invierno y la nieve caía mezclándose con el fango de la calle. Un hombre apareció de improviso, arremangado de brazos y piernas, empuñando una gran escoba con la que limpiaba el pavimento. El barrendero se detuvo delante del hotel, miró atentamente la fachada e hizo un gesto de cólera, al considerar el bienestar de los que allí se alojaban, mientras que él hacía una vida dura de perros. Pero en aquel momento, el enfermo inclinó la cabeza hacia la calle, miró ansioso al obrero, cogió papel y lápiz y me escribió tembloroso estas palabras que encierran toda una filosofía de la vida:

—¡Qué envidia me da ese hombre!

Es decir, la posición social y las riquezas, en las garras de la enfermedad y de la muerte, no cuentan para nada. Sólo la salud es soberana y hasta que no se pierde los hombres no se dan cuenta de lo mucho que vale.

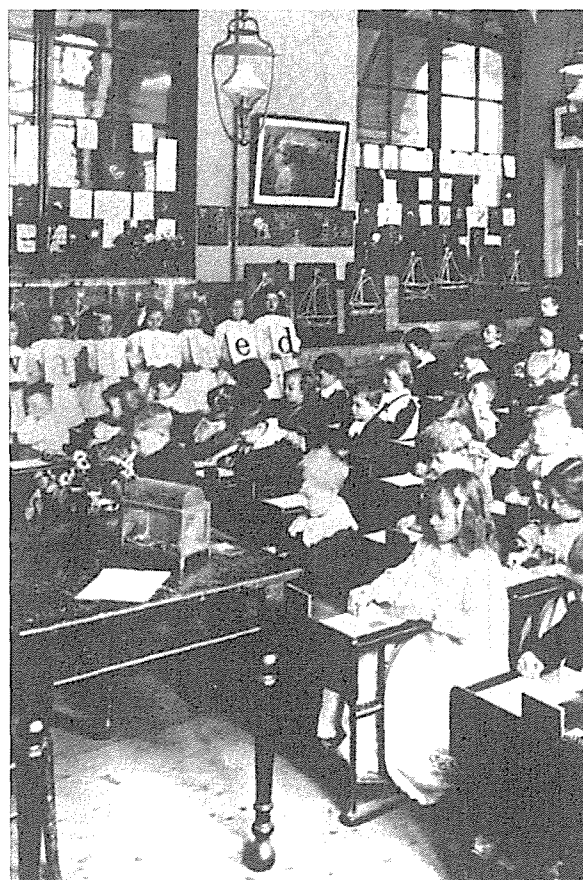
Aunque el señor Zaldívar fue operado por un cirujano eminente, el doctor Horseley, el cáncer ganó la batalla, reapareciendo triunfante, y el médico se dio por vencido, aconsejando al enfermo volver a su país, pues la ciencia médica no podía hacer otra cosa. Yo llegué poco después de la confesión del doctor y la desolación más grande se retrataba en el rostro del infeliz. Una profunda tristeza invadió mi ánimo. Yo no veía en él al potentado mexicano, amigo de don Porfirio, sino a un desdichado que en plena juventud iba a morir agarrotado lentamente por el cáncer, a manera de una argolla de hierro.

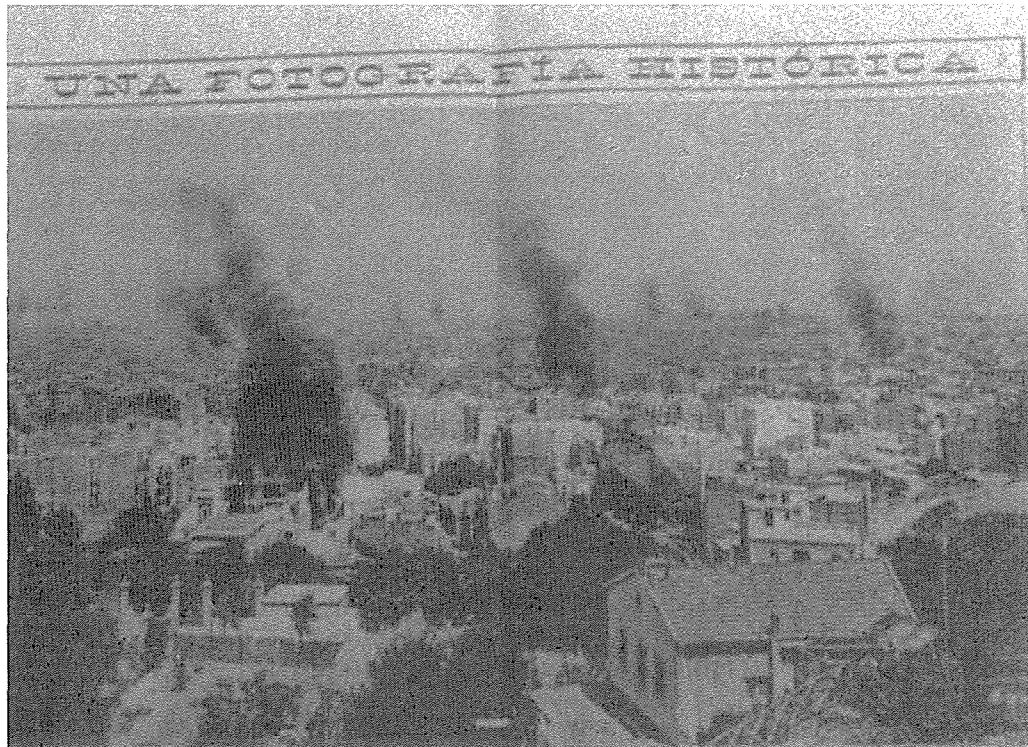
Mis visitas se hicieron más frecuentes y a su lado pasaba las horas silencioso. Con frecuencia venían los señorones a visitarlo y él hizo que no me separara de su lado en aquellas visitas de etiqueta.

Un día se presentó un fantoche español muy empaquetado, se sentó a nuestro lado y comenzó a decir las mayores sandeces. Era un político amigo de Maura, que iba a representar a España en La Haya, en una de las comedias que tuvieron lugar con pretexto de la paz. Su conversación tomó un giro tan imprudente que llegó a inquietar al mexicano. Se trataba de un reaccionario con instintos perversos.

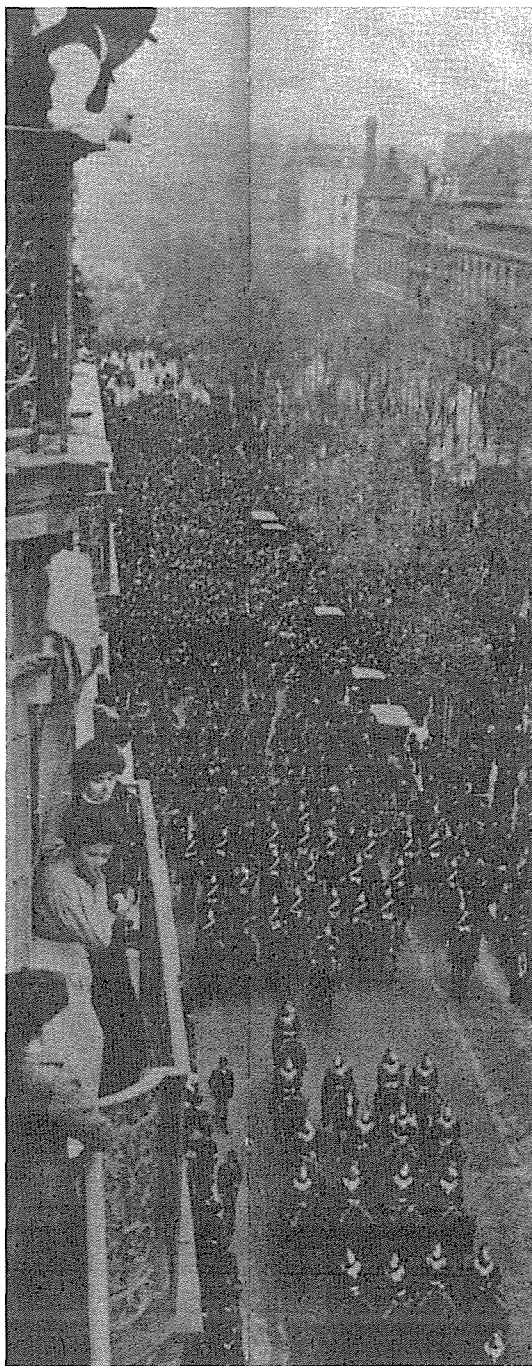
FRANCESC FERRER I GUARDIA

(Alella, Barcelona, 1859-Barcelona, 1909). Pedagogo y anarquista, fundó en Barcelona *La Escuela Moderna* en 1901, influido por las teorías racionalistas y empiristas. En 1906, fue falsamente acusado de inducir el fallido atentado a Alfonso XIII, que fue llevado a cabo por Mateo Morral. En 1909 fue detenido sin prueba alguna, sometido a consejo de guerra, responsabilizado de los hechos de la Semana Trágica y fusilado en Montjuic, a pesar de la campaña de solidaridad que se organizó en Europa y que propició la caída de Antonio Maura. Su injusta muerte le convirtió en mártir de la educación laica. Sus escritos se recogieron en el libro *La Escuela Moderna: póstuma explicación y alcance de la enseñanza racional* (1911).





La Semana Trágica de Barcelona. Asamblea obrera a favor de la huelga (▼) y Barcelona en llamas (◄). La dura represión y la ejecución, entre otros de Ferrer i Guardia, provocó una oleada de protestas internacional; en la foto (▼), manifestación en París.



sos y señaló a Francisco Ferrer como un enemigo peligroso, del cual se iban a desembarazar en la primera ocasión, que no tardaría en presentarse. Entonces, el señor Zaldívar, tomó papel y pluma e hizo mi presentación por escrito. Se conoce que el político español tenía noticias de mi persona y no ignoraba tampoco la campaña que en Francia había hecho contra Maura, pues al leer mi nombre en el papelito palideció de pronto, tartamudeó algunas palabras y se marchó con aire muy preocupado.

Este episodio disipó por un momento la tristeza del enfermo, porque aquel hombre imprudente se mostró muy arrepentido por sus palabras y temía la venganza de los anarquistas en España, a los cuales, sin duda, yo informaría. A su costa se divirtieron el enfermo y sus amigos.

A los pocos días marchó el señor Zaldívar a su país, despidiéndose de mí con lágrimas en los ojos. Después supe que sobrevivió algún tiempo, prolongándose su agonía física y moral.

Sólo comuniqué la conversación del amigo de Maura en la visita que hizo al señor Zaldívar, a Malatesta. Tanto él como yo temíamos por la suerte de Ferrer en un país como España.

Poco tiempo después vino Ferrer a Londres, y ambos estuvimos una tarde conversando con él. Además de advertirle que estuviera alerta por los peligros que le acechaban, le propusimos que dedicara su capital y sus energías a organizar la insurrección en España y una vez que triunfara podría, sin ningún obstáculo, implantar sus métodos de enseñanza. Las perspectivas eran buenas, ya que contábamos con un ofrecimiento de abundantes armas, por una casa alemana, no habiendo otra dificultad que la falta de dinero para pagar la cantidad que se nos exigía adelantada. Ferrer sonreía al escuchar nuestras palabras y seguía aferrado a sus ideas de siempre. Esto no quiere decir que no cooperara con su ayuda a toda obra revolucionaria, pero no en la medida que le proponíamos, pasando a segundo plano la cuestión de la enseñanza, que la veíamos a merced del enemigo.

Ferrer partió para Barcelona y a los pocos días tuvieron lugar los sucesos revolucionarios que sirvieron de pretexto a los reaccionarios para crucificarlo.

Al tener noticias de su detención me dirigí a las sociedades progresistas de Londres, anunciando el peligro que corría Francisco Ferrer. Por cierto que la Asociación Racionalista me contestó diciendo que no creía mi alarma justificada.

El fusilamiento de Ferrer en Barcelona conmovió al mundo, y nunca he visto a los ingleses tan indignados como en aquella ocasión. A pesar de que la lluvia caía a torrentes, la gran plaza de Trafalgar se llenó de gente, y al final del mitin, los concurrentes asaltamos la Embajada española, reduciendo a añicos los cristales de balcones y ventanas.

* * *

Uno de los lugares que con más frecuencia visitaba era la redacción del periódico *Freedom*, bajo la dirección técnica de T. H. Keell. El local del periódico consistía en un salón bastante espacioso de un departamento bajo, y estaba enteramente ocupado por material de imprenta y paquetes de libros y folletos. T. H. Keell se reservaba un rincón para su trabajo de escribanía.

Kropotkin fundó el grupo anarquista "Freedom", al que se adhirieron los anarquistas más notables de la época, desde el punto de vista de la inteligencia y la moral.

El grupo comenzó en octubre de 1886 la publicación del periódico mensual *Freedom*, que apareció durante más de 40 años y fue uno de los mejores órganos del movimiento anarquista.

Keell era un hombre modesto y bueno, y conversaba con él largos ratos, y al marcharse me prestaba algunos periódicos llegados para el cambio, recomendándome que se los devolviera para entregárselos a Max Nettlau que los coleccionaba.

* * *

Una mañana recibí la grata noticia de haber estallado una revolución en Portugal, la que derrocó la monarquía.

No recuerdo la fecha en que tuvo lugar aquel acontecimiento, pero no tiene importancia para el asunto que voy a tratar. La falta de dinero en los revolucionarios de acción era endémica, pues tropezábamos con la incomprensión de quienes tienen ese dinero, pero que no comprenden el hecho de fuerza, como si no fuera ésta la que sostiene a los gobernantes.

Lo primero que hice fue buscar a Malatesta, que encontré en su pequeño taller de obrero mecánico. Al comunicarle la noticia, dejó su trabajo, me miró sonriente y me dijo: "¡Me alegro!" Y entonces le propuse que fuéramos los dos a Portugal para tomar parte en aquella revolución, con el fin de evitar que al rey depuesto le sustituyese otro, con corona o sin ella. Pero me contestó de esta manera:

—La falta de dinero ha sido siempre un obstáculo serio para esta clase de luchas; o no podemos hacerlo, o llegamos tarde. Las personas que disponen de algún dinero, anarquistas o simpatizantes, pocas veces comprenden nuestra actitud. En cierta ocasión me dirigí a William Morris rogándole me prestase algún dinero para uno de estos viajes, el cual me contestó muy convencido: "Te quiero mucho, Malatesta, para que te ayude a hacer tonterías". El insigne escritor libertario, como muchos hombres de su categoría, desconocía los hechos y las necesidades terribles de la revolución.

Al día siguiente se recibió la noticia de la proclamación de la república en Portugal y fue interrumpida nuestra gestión para el viaje, porque si la hubiéramos efectuado, habríamos llegado tarde.

* * *

El 12 de noviembre de 1912 murió en Madrid, de un tiro en la cabeza, el Presidente del Consejo de Ministros, José Canalejas, a manos del anarquista Manuel Pardiñas, quien después se suicidó.

Vicente García, un obrero anarquista, que residía entonces en Londres, muy conocido en nuestra prensa por las numerosas crónicas que publicaba sobre el movimiento obrero internacional, recibió un día una carta de un grupo anarquista residente en los Estados Unidos, en la que se le decía que Pardiñas había partido con dirección a Madrid, con la intención de matar a Alfonso XIII. El objeto de esta carta era de que se estuviera alerta por si el regicida acertaba en su cometido, y se pudiera

aprovechar el desconcierto seguido para sublevar al pueblo español, tan descontento, con razón, de la monarquía.

Canalejas fracasó en sus primeras intenciones de modernizar la monarquía, pero consiguió el puesto que tanto ambicionaba. Fue nombrado Presidente del Consejo de Ministros. Se dijo después que antes de sustentar tal cargo tuvo una entrevista con la reina madre, tranquilizando a dicha señora con la promesa de no molestar a los poderes religiosos. En cambio, olvidando sus propagandas anteriores, arremetió contra los trabajadores en la primera ocasión que se le presentó, que fue la de la huelga ferroviaria de la red catalana (1912), en la que llamó a filas a los huelguistas para hacerles fracasar, como así ocurrió, pero que no cumplió cuando regresaron al trabajo.

El Congreso Sindicalista Internacional tuvo lugar en Londres en septiembre de 1913, al que concurrieron dos delegados españoles, Negre y Romero. Negre fue fiel a las ideas y murió en un campo de concentración en Francia, después de nuestra revolución. En cuanto a Romero, por cierto, un tipo muy simpático y conversador, parece que cambió de casaca y se sumó en Madrid a los socialistas políticos y no volvimos a tener noticias suyas.

Asistí a todas las sesiones de aquel Congreso, tan fecundo en conclusiones. El mitin de clausura, que se celebró en el salón del club judío, con la presidencia de Rocker, atrajo a todos los que se interesaban por las cuestiones sociales, deseosos de conocer nuestras doctrinas. Recuerdo que a mi lado se encontraban, entre otros, el doctor Simarro y Araquistáin.

En la época a que me refiero, se hacía en Inglaterra una intensa campaña sindicalista, tratándose de infundir en las antiguas "Trade Unions" ideas nuevas y métodos más eficaces en la lucha.

* * *

En 1909 se publicó en Inglaterra el libro de Kropotkin, por iniciativa del Comité Parlamentario Ruso, titulado *The Terror in Russia*, para conmover la conciencia de la humanidad contra los horrores que cometía el gobierno ruso.

La publicación coincidió con la celebración en Londres de un gran mitin, en el que se hicieron conocer los crímenes del zarismo. El salón estaba atestado de un público escogido, y entre los oradores ilustres que hablaron se destacó la figura majestuosa de Kropotkin, un hombre corpulento, emotivo, con larga barba gris, flotante, que cuando hablaba me parecía un tipo de los antiguos profetas bíblicos.

En los años que llevaba viviendo en Londres no había sido molestado por la policía, a pesar de mi actividad como propagandista de las ideas revolucionarias. Pero una mañana se me acercó un agente de Scotland Yard y me dijo que su jefe deseaba que cuando pudiera pasara por su oficina. Y como contestara que en aquel momento iba de paseo y no tenía nada que hacer, llamó a un coche y me llevó donde era esperado.

Cuando me encontraba en el despacho del jefe de policía me dijo con voz y gesto amable.

—¿En los años que está usted en Londres le ha incomodado alguna vez la policía?

—No, señor —le contesté—, es la primera vez que se me llama, no sé con qué objeto.

—Han aparecido aquí —me dijo—, unos individuos cometiendo crímenes a los que no estábamos acostumbrados, y que se reclaman falsamente de las ideas anarquistas que usted profesa, con las que no tienen ningún parecido.

Y luego me presentó las fotografías de unos individuos que eran desconocidos para mí, como le dije.

Entonces me dio las gracias por haber acudido a su llamamiento y se despidió de mí amablemente.

Malatesta fue detenido en su casa por dos agentes de la policía, llevado al Hospital de Londres a reconocer a un hombre muerto, y conducido después a Scotland Yard para que aclarara sobre un aparato de oxígeno que se había comprado por su recomendación. Después de esta investigación fue puesto en libertad. El asunto más serio era la compra del aparato de oxígeno, pero había sido sorprendida su buena fe y engañado por los compradores.

El 17 de diciembre de 1910, en la calle de Houndsditch, en el barrio judío, se cometieron unos crímenes espantosos que conmoveron a toda la capital. En el momento que unos desconocidos preparaban el asalto de una joyería, fueron sorprendidos por la policía, y creyéndose en territorio ruso, defendieron su libertad, matando a tres agentes de la policía e hiriendo gravemente a dos. Durante el nutrido tiroteo, uno de los asaltantes fue herido en la espalda por sus propios camaradas, muriendo poco después en el lugar que lo ocultaron.

Dos de los que intervinieron en el suceso se refugiaron en el piso alto de la calle Sidney, en la casa de una joven conocida, e hicieron una defensa heroica de sus vidas. Se movilizaron hasta 400 soldados, algunos con ametralladoras, mandados por el ministro Churchill, sin que llegaran a rendirse, y al llegar la noche hubo que incendiar la casa en que se encontraban, suicidándose los dos perseguidos antes de ser devorados por las llamas.

Desde entonces se le llamó irónicamente a Churchill el héroe de Sidney Street.

* * *

Me encontraba leyendo en la biblioteca del Museo Británico, el lugar por mí más frecuentado en Londres, cuando se me acercaron dos jóvenes escritores españoles, Maeztu y Araquistáin, que a veces pasaban por allí.

La conversación versó sobre una casa editorial que había entonces en Londres, con capital de los Estados Unidos, llamada “Editorial Nelson”, y dirigida por un ilustre colombiano, con el nombre de Sanin Cano.

Editaba entonces en español una enciclopedia, la popular, en pequeños volúmenes, y se hallaban con la dificultad de que no encontraban escritores españoles para colaborar en la obra.

Como ellos eran colaboradores y tenían un interés particular en que la obra se editara en Londres, me rogaron que participara también en la colaboración, que era fácil y bien remunerada.

Acepté la propuesta y me entrevisté con Sanin Cano, que me pareció un hombre muy amable y comprensivo.

Quedamos que yo escribiera los asuntos de medicina, en una forma comprensiva para todos los lectores, y se me entregó una lista por lo menos con 50 palabras de temas a escribir.

La lista la devolví en breve con el trabajo completo, y fue del agrado del director, y se fueron repitiendo las listas durante largo tiempo.

Pero un día hubo una equivocación en la entrega de las listas de los colaboradores, y en vez de darme la que me correspondía, se me dio una en cuyos temas había la biografía de algunos papas. No la devolví y me esmeré en aquel trabajo, y sin mentir hice resaltar las malas acciones cometidas por aquellos "santos" varones, como el envenenamiento, el incesto y el asesinato. Creí que aquella lista me sería rechazada, pero no fue así y su contenido se publicó en la obra.

Una vez, en lugar de la lista de costumbre, se me dio a corregir un volumen ya impreso de electrotécnica, traducido del inglés al español. El traductor de la obra era un español incompetente para aquel trabajo y dejaba de mencionar las piezas de las máquinas eléctricas que no comprendía. Tuve que rehacer de nuevo la obra; los diccionarios técnicos encontrados en la Biblioteca Técnica de Londres me fueron de mucha utilidad.

Allí trabajé algunos meses, hasta que no pude seguir por estar ocupado en otros asuntos, pero siempre me ha quedado el recuerdo de Sanin Cano, un hombre sabio y amable.

* * *

Charles P. Steward, era el presidente en Londres de la Asociación de la prensa americana, y teníamos estrecha amistad, por asuntos periodísticos. Pero yo no sabía las ideas que él profesaba, como él no sabía las mías. Pero un día nos enteramos por casualidad los dos, y desde entonces, por tener ideas comunes, se afianzó nuestra amistad. Conversábamos tranquilos en su vivienda, cuando llegó una comisión de notables de barrio y solicitó una entrevista con él. Yo me levanté con la intención de marcharme y dejar el campo libre, pero me hizo sentar de nuevo, recibiendo en mi presencia a la comisión.

Según aquellos señores se iba a constituir un Comité Antisocialista y se solicitaba su presencia por su cargo representativo. "Había que poner un dique —dijeron—, a las ideas revolucionarias en Londres, cada vez más arrolladoras".

—Lo siento mucho —respondió Steward—, pero no puedo complacerles en sus pretensiones, porque yo soy anarquista, que es la parte más pura del socialismo.

Y entonces aquella comisión se retiró silenciosa, pero sin demostrar ninguna extrañeza de lo que acababa de oír, porque se trataba de ingleses tolerantes.

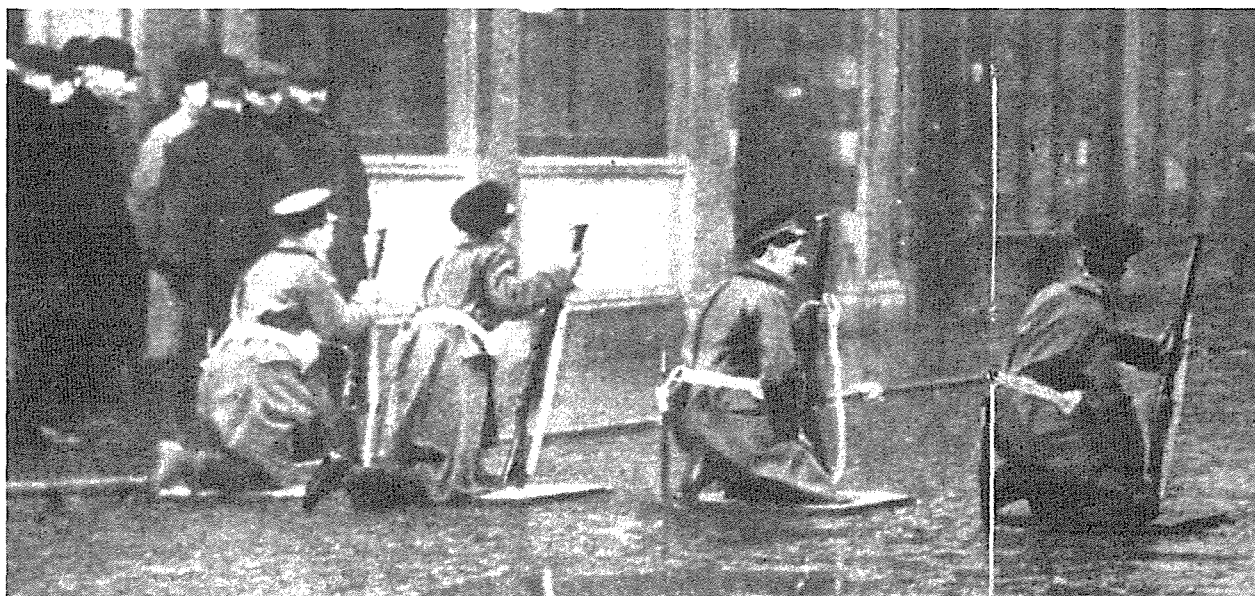
Cuando nos quedamos solos, trató de convencerme de las excelencias del ideal anarquista, pero no siguió, cuando yo le declaré mi manera de pensar y al saber de quién se trataba.

Por lo visto, había sido influido por las conferencias que dio en su país Emma Goldman, a las que había asistido.

Pocos días después estalló la revolución en Portugal y se proclamó la República, y entonces partió para aquel país, para hacer una información completa a la prensa de los Estados Unidos.



Barrio obrero de Londres a principios de siglo (▲). Movilización de tropas en los sucesos de Sidney Street (▼).



Al pasar por Madrid, visitó en mi nombre a Salmerón, y éste lo recomendó a Portugal, donde encontró toda clase de facilidades.

Al poco de volver de Portugal, tuvo que partir para la China, donde se estaban desarrollando grandes acontecimientos.

De ambos países me mandó una información particular, desde el punto de vista de su criterio anarquista, que siento no haber conservado, porque se desarrollaron luego los sucesos como había previsto.

A la vuelta de sus viajes, nos reuníamos, americanos e ingleses, y yo, y se discutía sobre las ideas que profesábamos. Aquellas reuniones eran muy interesantes, en las cuales también intervenían las mujeres.

Luego Charles P. Steward, y su bella señora partieron de vuelta a su país, y al despedirlos en la estación se mostraron profundamente emocionados con nuestra separación.

* * *

Desde niño era muy amante de los libros y trataba de aumentarlos en mi biblioteca; un hermano mayor tenía las mismas inclinaciones.

Para comprar libros mis padres no regateaban el dinero. Pero ocurrió que los que pude reunir en España y Francia, que no eran pocos, me fueron robados en los registros de la policía, y nunca devueltos.

En Londres, durante los años que estuve, reuní tantos, que cuando la dueña del piso en que vivía venía a cobrar la renta se preocupaba del peligro de un hundimiento por el peso de la biblioteca. Se trataba de una casucha muy vieja que amenazaba ruina.

Cuando llegaba Malatesta a mi casa y contemplaba tantos libros me decía con razón: "Ahora tienes muchos libros, pero con los años te quedarás sin ninguno, como a todos los revolucionarios les ha ocurrido".

Yo conocía todos los lugares de Londres donde se podían encontrar libros usados, algunos raros y a poco precio. Pero mi lugar favorito para buscar libros era un mercado de animales situado en el norte de la capital, que los miércoles se convertía en un mercado de libros y otros muchos objetos. Allí no había más que dos precios para venta de los libros, según el tamaño de los volúmenes, los mayores a 10 centavos, y los menores a 5 centavos. Una vez encontré un volumen de las *Máximas Políticas* del secretario de Felipe II, Antonio Pérez, recomendado de escribir por Enrique IV de Francia. También encontré en pergamino las memorias de Letude, el prisionero de la Bastilla. La colección de Autores Españoles de Rivadeneira, la encontré casi completa, a 10 centavos el volumen.

Un profesor de la Universidad de Tokio llegó una vez a Londres, comisionado por el gobierno japonés para buscar toda clase de libros antiguos de matemáticas. Alguien me lo recomendó, y yo lo llevaba a todos los lugares donde podía encontrar esos libros, pero nuestro sitio favorito era el mercado que he citado y que tenía lugar todos los miércoles. Allí hacíamos dos montones, uno para él, de los libros de matemáticas, y el otro para mí, de toda clase de libros que me gustaban. Luego los cargábamos en un carruaje y los llevábamos a nuestro domicilio. Lo que nunca me permitió el japonés es que yo pagara los míos, y los pagaba él porque su gobierno tenía más dinero.

Entonces arrendé allí cerca una casa grande, quedándome con el piso bajo para colocar mi laboratorio y biblioteca, subarrendando el resto, el primer piso a un matrimonio francés y el segundo a una señora inglesa.

* * *

Los colegios de los trabajadores, verdaderas universidades nocturnas, estaban repartidos por todos los barrios de la capital. Los edificios eran grandes, como palacios, con muchos departamentos, y bien dotados de material de enseñanza. Los amantes de la cultura, los ricos y los intelectuales habían contribuido a su construcción y mantenimiento.

Describiré uno, y creo que todos eran iguales, que se encontraba cerca de Tolmer Square, hacia la parte norte de Londres, donde vivía. Algunos vecinos de la localidad, yo entre ellos, íbamos por allí como amigos de la institución, pero no como estudiantes, porque ya se nos había pasado la edad.

Los estudiantes del Colegio pasaban de centenares, hombres y mujeres, y los cursos eran nocturnos, cuando ya habían acabado en el día el trabajo a que se dedicaban. Había numerosos cursos de letras y de ciencia, y los alumnos se agrupaban por afinidad de estudios, en club o sociedades, como el club de idiomas, de historia natural, etc. Los estudiantes capacitados habían fundado un teatro y una banda de música. Los días festivos se hacían excursiones a diferentes lugares instructivos y se aprovechaba el tiempo para estudiar.

En aquel tiempo, un hombre noble y rico, que vivía en una ciudad cercana, le regaló a aquélla el parque que allí tenía, en el que había un estimable museo de historia natural, pero conservó su hermoso palacio.

Como director de aquel museo se nombró a un alumno del Colegio que se había distinguido en sus estudios como naturalista, siendo un modesto carpintero. Allí fui una vez a visitarlo y estaba ocupado en clasificar los muchos objetos allí llevados, como conchas, caracoles, etc.

Una vez que aquel señor estaba ausente, fueron los alumnos del club de historia natural, y yo, entre ellos, invitados por el nuevo director del museo a un banquete en el Palacio, que se celebró en el salón principal, en el cual estaban los grandes retratos de los nobles que por allí pasaron. Y al terminar el banquete, los allí reunidos cantaron en coro el himno revolucionario, en aquel entonces, "La Internacional". Era un mundo nuevo que entraba en el Palacio Secular.

* * *

Dusa Roche era anarquista y pertenecía al grupo de Freedom, que estaba bajo la influencia de Kropotkin. Cuando yo la conocí tendría unos 40 años, y era hija de un antiguo refugiado francés, llamado Roche, del que tuve algunos libros de educación. Era hermana de la mujer de un abogado, hijo del famoso novelista inglés Dickens. Como pretendiera viajar con un tío suyo por España, le di algunas lecciones de español, y ella a mí de inglés, leyendo *David Copperfield*, de Dickens. Si no me equivoco estaba emparentada con Heine, el poeta alemán. Era una israelita típica, muy inteligente, y había visitado los Santos Lugares. En una visita que hice con ella

a la casa de su hermana, me enseñaron una obra de Dickens impresa para la reina Victoria.

* * *

Hubo una época que daba conferencias sobre el neo-malthusianismo en diferentes locales de Londres, siendo muy concurridas, precisamente porque esa propaganda estaba prohibida desde hacía mucho tiempo y nadie, por temor, trataba el asunto en público, aquella labor era eminentemente práctica, valiéndome de una linterna de proyección que reflejaba en la pantalla los medios de que podían valerse, químicos y mecánicos, para evitar la concepción.

Algunos amigos bien intencionados me advirtieron el peligro que corría de ser juzgado y condenado por una ley muy severa promulgada en tiempos antiguos, pero yo no tuve en cuenta el peligro e insistí en mi propaganda, porque me parecía razonable.

Pero un día vinieron a visitarme a mi casa dos agentes de la policía secreta para tratar de mis conferencias. De pronto me impresioné de la visita, pero pronto se explicaron y recobré la calma.

Habían asistido como particulares a mis conferencias, y habían tomado algunas notas dudosas por la semioscuridad que reinaba en el salón. Les corregí las notas y se mostraron muy agradecidos.

Y antes de retirarse me dijeron: “Tenemos un sueldo muy reducido y no queremos aumentar el número de nuestros hijos, porque no podríamos alimentarlos, vestirlos y educarlos como es necesario. No creemos que lo molesten a usted en su propaganda, porque el problema de la sobrepoblación se va agudizando y está en el ánimo de todos ponerle remedio”.

* * *

Hablaba un día con un inglés muy rico, cuyo nombre he olvidado, principal accionista de una compañía de ferrocarriles de Londres, y observé durante la conversación que me suponía católico. Al decirle que no lo era, cosa que le extrañó en un español, ni tampoco protestante, me citó para la tarde siguiente, que era domingo, a tomar el té en su casa, momento que aprovecharía para convertirme al protestantismo, cosa fácil para él.

Llegué a su casa al día siguiente y en la discusión que tuvimos, al exponerle mis puntos de vista religiosos, exclamó: “Ya sé por dónde va usted, y no insisto; a usted no puedo convertirlo al protestantismo, porque tiene un ideal anarquista bien definido”.

Tomamos el té, hablamos de cosas corrientes y nos despedimos amigablemente.

De vez en cuando nos encontrábamos en la calle y conversábamos un momento, sin tocar las ideas religiosas.

Una vez leí en la prensa la noticia de que un soldado español protestante, se había negado a oír misa y había sido reducido a prisión y que se le celebraría un consejo de guerra.

Entonces volví a la casa de aquel hombre y le conté lo sucedido, rogándole que interviniera en favor del detenido, ya que era él muy influyente y tenía amigos en el parlamento y en la prensa.

—Si usted no es protestante —me dijo—, ¿cómo se interesa por ese soldado que lo es?

—Porque mis ideas anarquistas no permiten que nadie sea perseguido por su manera de pensar.

Le pareció muy bien aquella opinión y me prometió ocuparse del asunto, y su intervención fue tan eficaz en la prensa y el parlamento, que a poco llegó la noticia de que el soldado había sido puesto en libertad.

* * *

Durante la guerra en España, una noche andaba casualmente por las calles de Vich, en Cataluña, al lado de un compañero italiano, que pertenecía a las Brigadas Internacionales. La ciudad había quedado a oscuras por temor a la aviación. Mi acompañante me dijo: “Fui en Londres íntimo amigo de Pedro Vallina, hoy médico en nuestras filas, que todavía no he podido encontrar”. Empujé a mi compañero hacia una tienda en cuyo interior había luz, y al reconocermme nos abrazamos estrechamente. Hacía muchos años que no lo había visto, y el día que nos separamos quedó herido por una explosión que él provocó con su impaciencia en un laboratorio de química que yo tenía en Londres. Como había pasado mucho tiempo ya no me acordaba del nombre de aquel italiano, pero creo que se llamaba Bartolini.

Lo ocurrido en Londres con aquel compañero italiano fue lo siguiente: tenía un laboratorio bien montado en la planta baja de una casa, en el que entonces hacía experiencias sobre la soldadura del aluminio y la oxidación de los metales durante el trabajo, por encargo de una fábrica alemana establecida en Londres. Los dos problemas quedaron resueltos favorablemente.

Pero lo que más me interesaba era la fabricación de explosivos, de los cuales tenía ya algunos preparados. Un día en que hacía una pequeña prueba del poder explosivo de uno de ellos, pareció que el italiano que estaba presente, no quedó muy conforme y trató de emplear mayor cantidad de explosivo para la prueba, estando yo ausente. Terminado mi trabajo, me pasé al jardín posterior de la casa, para disfrutar un día de sol en Londres. El italiano se quedó en el laboratorio curioseando. Los habitantes de las casas vecinas estaban también sentados en sus jardines tomando el sol.

Pero de repente se oyó en mi laboratorio el ruido de una explosión, seguido de los gritos de una persona, que despertaron la inquietud de los vecinos. Corrí al laboratorio y me encontré al italiano con quemaduras en la cara y chamuscadas cejas y pestañas, que él mismo había provocado la explosión con su imprudencia.

Le llevé a curar a una clínica cercana, expliqué a los vecinos el origen de la explosión, y las cosas se quedaron así. Ni siquiera intervino la policía.

* * *

Las manifestaciones de los sin trabajo a través de las calles de Londres me impresionaban profundamente. El ambiente era gris, los hombres eran grises, como cortados por las mismas tijeras. Caminaban silenciosos por calles que encerraban grandes riquezas, sin una palabra de cólera y sin ningún gesto de amenaza. Una vez llevaba uno un largo palo, y en lo más alto, clavada una maceta con tierra sin hojas ni flores.

Y del mismo palo, más bajo que la maceta, un cartón con este letrero: “La única tierra que poseo en este gran imperio”.

Muchos años antes, en una manifestación de los sin trabajo, se incorporó Salvochea, y al pasar por una de las calles más lujosas de la capital, alguien rompió de un golpe los cristales de una joyería, y los sin trabajo, trabajaron aquel día, dejándola vacía, y sus hijos comieron pan mucho tiempo.

* * *

Nicoll era un antiguo anarquista que en otra época se había visto envuelto en un asunto de explosivos y sufrido mucho tiempo de cárcel. Cuando yo lo conocí tendría unos 40 años de edad y me visitaba con mucha frecuencia. Siempre me llevaba algún número antiguo de periódicos anarquistas que yo coleccionaba y además un supuesto periódico que él hacía, un pliego de papel cubierto de frases y dibujos incoherentes que nadie entendía, porque no estaba bien de la cabeza. Le hacía comer alguna cosa, y además le regalaba algunas monedas por los papeles que me dejaba.

¡Pobre Nicoll! ¡Pobre loco que soñaba con un mundo de cuerdos!

* * *

Todos los años la Sociedad Racionalista de Londres celebraba un gran banquete muy concurrido por un personal escogido de gente culta. Para presidirlo se nombraba una personalidad universalmente conocida, que al final disertaba sobre un tema de interés.

Yo era siempre invitado a aquellos banquetes por un socio prominente de la sociedad, amigo mío. La última vez que recuerdo, presidía el famoso médico de los EE. UU. William Osler, y el tema de su conferencia fue “La vida”, que se imprimió después en un bello librito.

* * *

Conocí a un joven negrito, con cara de pillo, que era un gran hablador, y esa mala cualidad le valió para colocarse como conferenciante pagado por una sociedad reaccionaria de Londres.

Un día lo encontré subido a una tribuna y rodeado de gente en Regent Park y hablaba contra la Revolución Francesa. El público lo escuchaba silencioso, pero disgustado por lo que oía. Pero yo, rompiendo las normas de tolerancia establecidas, no pude contenerme y grité: “¿Cómo te atreves a hablar contra una revolución que te bajó del árbol en que estabas subido como un mono, rascándote las nalgas, y te convirtió en un hombre libre...?” y entonces sonaron voces de aprobación en el público, y el charlatán detuvo su perorata, confesando que hablaba así, porque era bien pagado. Bajó de la tribuna y al marcharse, una voz del público le gritó: “Busca un trabajo más decente del que tienes, y así vivirás honradamente”.

Si hubiera sido más sincero en sus expresiones, nadie le hubiera molestado por mucho que hubiera dicho contra la Revolución Francesa.

* * *

Conocí en Londres a Pierre Ramus (Rudolf Grossmann) que era un anarquista judío austríaco, muy versado en cuestiones sociales. Era muy aficionado a los libros y tenía en su casa una buena biblioteca. Entonces publicaba la revista *Die Freir Generation* para la que le di algunos artículos que publicó sobre la historia del movimiento obrero en España.

Con frecuencia lo encontraba en la Biblioteca del Museo Británico, donde hacía unos estudios sobre William Goodwin.

Murió en un barco que lo conducía a México, huyendo de la reacción alemana.

* * *

También en Londres tuve relación con el médico italiano doctor Isoña y hasta visité con él su clientela italiana. Lo encontraba con frecuencia en el club anarquista de Charlotte Street. Había estado prisionero en Abisinia después del desastre italiano, y el emperador, que era católico, se lo mandó de regalo al Papa, además de un león enjaulado.

* * *

Gavrois había nacido en Panamá, pero muy joven se fue a los Estados Unidos, donde hizo fortuna. Se casó con una mujer italiana, que no acababa de elogiar por sus buenas cualidades, de la cual tenía bellos hijos. Cuando tenía 40 años, liquidó sus negocios en los Estados Unidos y con un buen capital se fue a vivir con su familia a Sevilla, buscando en qué emplear su dinero para hacer nuevos negocios.

Después de permanecer algún tiempo en la capital andaluza, quedó decepcionado por el ambiente reaccionario que allí encontró. Sin rodeos le dijeron: "O ingresa usted en la orden de los jesuitas, que aquí lo dominan todo, o puede marcharse a otra parte, porque sin ese requisito, todos los negocios que emprenda serán obstaculizados". Y como era un hombre digno y un verdadero librepensador, decidió marcharse de Sevilla.

De paso por Londres, traía mi dirección y vino a avisarme y contarme sus amarguras en Sevilla.

* * *

Cuando yo conocí en Londres al alemán Bugner, el pintor de vitrinas, tendría unos 40 años de edad y andaba muy despacio a causa de un defecto congénito de los pies. Siempre se expresaba con amargura, y hablaba del Kaiser con profundo rencor. Se comprende que había llevado una vida muy atormentada en su país. La policía lo vigilaba estrechamente y lo tenía como un hombre muy peligroso. Una vez cayó enfermo y tuvo que internarse en un hospital alemán situado en un sitio céntrico de Londres. La policía no imaginaba dónde podía encontrarlo y lo buscaba con extremo interés. Un día fui a visitarle al hospital, y al salir a la calle, observé a dos policías con la lengua fuera y muestras de cansancio. Al conocerme se acercaron y me dijeron si podía decirle algo de Bugner, que lo habían perdido de vista y se había escapado. Y eso que es cojo, les dije riendo a los policías.

Años después me escribió desde Chile y me decía que vivía bien dando lecciones de pintura a las jóvenes.

* * *

Cuando se aproximaba la primera guerra mundial, se podía observar en Inglaterra una intensa efervescencia revolucionaria en los medios obreros, que después fue apagada por el estampido de los cañones. En Irlanda estalló una huelga de grandes proporciones, pero no recuerdo los motivos y las peripecias, pero sí que absorbió la atención pública en extremo. En aquella lucha se destacó y se hizo popular la figura de Jim Larkin que más tarde había de jugar un papel importante en la lucha del proletariado inglés.

Para tratar de aquella huelga se convocó al pueblo de Londres a un mitin monstruo, que se celebraría en el local de la Ópera, donde había cabida para varios millares de personas.

Los organizadores del mitin tuvieron noticias de que los enemigos del socialismo se preparaban para atacar la reunión y disolverla a puñetazos. Con todo sigilo se tomaron las medidas adecuadas para que aquellos insolentes llevaran su merecido. Es por este motivo que yo recibí un nombramiento como celador del mitin, con la misión de restablecer el orden si algunos lo perturbaran, y al mismo tiempo lo recibieron otros hombres, escogidos entre los más decididos. Como ignoraba los verdaderos motivos del nombramiento, lo acogí con indiferencia, creyendo que se trataba de una simple medida de rutina, que de haberlo sabido lo hubiera aceptado con sumo gusto y entonces hubiera estado en el puesto que me fue señalado.

El mitin tuvo el mayor éxito y el local se llenó pronto y, por falta de sitio, numerosísimos quedaron en la calle. En la concurrencia estaban las sufragistas que entonces daban lecciones de coraje a los hombres. No acepté el brazalete de guardián que se me ofrecía, ignorando lo que se preparaba, y me senté en la tribuna de la prensa para enviar a nuestros periódicos de Barcelona una reseña de tan importante acto.

El mitin comenzó con la exposición de una película cinematográfica, referente a una huelga recientemente ocurrida en el Transvaal, que despertó el entusiasmo del público, por los cuadros de luchas que se sucedieron.

Acababa de hablar el primero de los oradores cuando se dio la voz de alerta, y se abrieron de par en par todas las puertas de la rotonda, apareciendo una masa de hombres que con los puños en alto amenazaban invadir el edificio. Yo pegué un salto en mi asiento, como movido por un resorte, pero una sufragista, una linda joven, me cogió de un brazo con dulzura y me sentó a su lado mientras me decía: "Tenga paciencia que no ha llegado todavía nuestra hora".

Y todos siguieron tan tranquilos, sentados en su sitio y fumando la pipa, pero alertas por si tenían que intervenir. Pero un joven hijo del diputado laborista Landbury, se arrojó desde el último piso y aplastó en su caída a uno de los asaltantes. Era un arma nunca empleada. Sólo los que estaban situados en las primeras filas, cerca de las puertas, hicieron frente a los atacantes, luchando unos y otros con los puños. Se conoce que Larkin era un hombre de empuje, porque saltó al escenario y gritó con todas sus fuerzas: "A ellos, bravos irlandeses, que son nuestros enemigos".

Como el ataque era esperado, se había organizado en la retaguardia una fuerte columna de hombres, entre los cargadores del muelle, todos de recios puños y fuerzas hercúleas, que aparecieron en el momento culminante de la lucha, atacando al enemigo por las espaldas, mientras los combatientes del mitin los acosaban por delante. El resultado fue que el enemigo huyó a la desbandada, no sin dejar en la calle a numerosos individuos molidos a puñetazos y con las quijadas fuera de sus sitios.

El potentísimo órgano de la Ópera tocó la Internacional, coreada por la concurrencia y volvió a reanudarse el mitin.

Los discursos fueron de extrema violencia contra los políticos, servidores del capital. Entre los oradores recuerdo a James Connelly, el líder de los obreros irlandeses, y autor de una notable obra sobre la historia del movimiento laborista en Irlanda, y que fue fusilado después, durante la guerra, como rebelde contra el dominio inglés.

Bernard Shaw, que estaba en la cúspide de su talento, pronunció una notable oración, influido por el estado de espíritu de la asamblea y la justicia del caso que se debatía. El tema de su discurso fue éste: “Cómo la clase explotadora se organiza y se arma para someter por la violencia a los explotados, procurando por todos los medios tenerlos desorganizados y desarmados”. “Esta conducta de los opresores —decía—, es la prueba más palpable de su perfidia”.

Creo que aquella oración es lo mejor que hizo Bernard Shaw en su vida, en un momento de sinceridad y de clarividencia, y es lástima grande que no se conservasen impresas sus palabras.

Un extenso relato de aquel importante mitin, que yo escribí, apareció en uno de nuestros periódicos de Barcelona, creo que en *Solidaridad Obrera*.

Poco tiempo después amenazó la guerra y entonces pude escuchar por última vez en Londres, la voz autorizada de Bernard Shaw, en un mitin que se celebró para oponerse a la contienda. Otro de los oradores de aquella noche fue un hombre notable por sus ideas y sus escritos: el francés Anatole France. Pero todos los esfuerzos fueron inútiles, el de los hombres de la calle, el de los oradores en la tribuna y el de los escritores en la prensa; el crimen de la guerra tuvo lugar en contra de la voluntad de los pueblos, desorganizados y desarmados para oponerse al mal.

Aquí se cumplieron los vaticinios de Bernard Shaw en el mitin de la Ópera: “un pueblo desorganizado y desarmado, sin una visión justa de las cosas, no va a ninguna parte, como no sea al matadero”.

La primera guerra mundial

Cuando llegué a París en 1902, la propaganda antimilitarista se hacía activamente en todos los medios revolucionarios. El folleto de Ivetot, el *Manual del Soldado*, circulaba entre los sindicalistas, y Grave imprimía *Guerra-Militarismo*, que era leído por los anarquistas. Había grupos antimilitaristas cuya consigna era: “Antes que la guerra, la insurrección”.

Así que cuando en Amsterdam se convocó a un congreso antimilitarista internacional organizado por Domela Nieuwenhuis, numerosos delegados franceses partieron

para Holanda, y entre ellos Siegfried Nacht y yo, representando a Portugal y España respectivamente.

Aquel congreso tuvo extraordinario éxito, por los delegados de diferentes tendencias pacifistas que se presentaron, las reuniones que tuvieron lugar colmadas de público, y los acuerdos que se tomaron. En el congreso dominaron los elementos libertarios.

Allí se acordó la fundación de una Internacional Antimilitarista y se nombró un comité que la representara y que estuviera alerta ante los acontecimientos que pudieran presentarse.

Después se celebró en París un gran mitin en el local de las "Sociedades Sabias", para hacer conocer a la opinión mundial la presencia y los acuerdos de aquel congreso. Hablaron delegados de diferentes países, cada uno en su idioma, y Sebastián Faure cerró el acto con un magnífico discurso.

En Amsterdam, como en París, el entusiasmo alcanzó un alto grado y se concibieron grandes ilusiones acerca de la paz del futuro...

Tanto fue así, que algún tiempo después, tomando una tarde el té en Londres con mi viejo amigo, el anarquista B. Harvey, me aseguraba con toda formalidad que las guerras se habían terminado en el mundo, y como yo le hiciera alguna objeción, admitía que podía declararse alguna guerra pequeña en un país como los Balcanes.

Parecía que la atmósfera social estaba muy tranquila, pero en el fondo se estaba preparando la tormenta.

* * *

Se estaba bastante confiado en el triunfo de la causa de la paz, cuando de pronto se empezaron a oír voces de alarma.

Primero fue Kropotkin, que dio la voz de alerta, y renunció aquel año a su viaje a Suiza por motivos de salud ante la proximidad de la guerra. Pero el toque de alarma no era nuevo en Kropotkin, porque los que lo trataban de cerca sabían que hacía mucho tiempo que venía anunciando la catástrofe.

Luego fue desde París, el revolucionario italiano Amilcare Cipriani, el antiguo combatiente de la Comuna, el ayuda de campo de Flourens, que desde las columnas del diario *L'Humanité* advertía que los militaristas estaban dando el último retoque a las armas para empezar la contienda.

Y por último, una familia francesa, de paso en Londres para Canadá, vino a visitarme y me dijo que el motivo de su viaje era porque no quería participar en la guerra próxima, que no podía interesar más que a los capitalistas.

Una cierta inquietud fue invadiendo los espíritus, y una mañana el ama de la casa en que yo vivía me introdujo en mi habitación un diario de Londres, donde se anunciaba el asesinato de Jaurés en París. Le indiqué que se trataba de un pacifista francés muy conocido y que me parecía un signo de mucho peligro.

* * *

El 28 de junio de 1914 fue asesinado en Sarajevo el heredero del trono austríaco y su esposa por un estudiante de Bosnia. El atentado tuvo su origen por motivos pura-

mente nacionalistas. El archiduque Francisco Fernando era particularmente odiado en Serbia, pues pasaba por ser la cabeza del partido de la guerra en Austria y se había manifestado, ya en tiempo de la segunda guerra balcánica, en favor de la invasión de Serbia por las tropas austríacas.

El 6 de julio informó la prensa que el emperador alemán había dejado al gobierno austríaco las manos libres para proceder en Serbia según su propia voluntad, advirtiéndole que Alemania no rehusaría su ayuda.

El 23 de julio envió el gobierno austríaco a Serbia un ultimátum de 48 horas con varias exigencias. Serbia las aceptó todas para evitar la guerra menos la última, que consistía en una intervención directa en los asuntos internos de Serbia. El gobierno austríaco no se dio por satisfecho y retiró su representante de Belgrado, y entonces Rusia movilizó su ejército.

El 28 de julio se produjo la declaración de guerra de Austria a Serbia. Al día siguiente presentó el gobierno alemán un ultimátum a Bélgica, para imponerle el paso eventual de tropas alemanas por territorio belga.

El 1º de agosto declaró la guerra Alemania a Rusia y el 3 de agosto se la declaró a Francia.

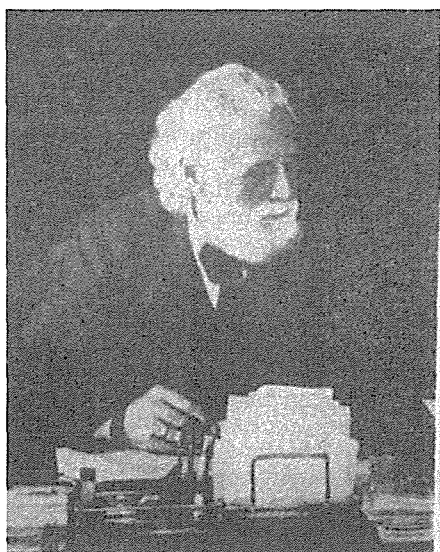
* * *

El día que el Parlamento inglés declaró la guerra a Alemania, una multitud ansiosa esperaba a la puerta su decisión, y yo era uno de los que estaba entre ella. La inquietud era indescriptible, y parecía que todas las cosas habían suspendido sus funciones y sólo existía lo que se acordase allí dentro. Cuando llegó fuera la noticia fatal de la declaración de guerra a Alemania, la multitud allí presente se retiró indignada y dispuesta a oponerse al crimen horrible que se preparaba. La fecha de la declaración de guerra de Inglaterra a Alemania fue el 4 de agosto.

A la mañana siguiente, el pueblo inglés se manifestó ardientemente contra la declaración de guerra, y de todos los barrios de Londres partieron manifestaciones al grito de “¡abajo la guerra!”, concentrándose en la plaza de Trafalgar Square dos millones de personas. De la parte norte que yo me encontraba, partí a la cabeza de una inmensa columna de trescientos mil hombres que se manifestaban contra la guerra.

Nunca contemplé una multitud tan inmensa y agitada como aquélla. En los cuatro frentes del gran monumento a Nelson hablaban otros tanto oradores, y a los extremos de la plaza se levantaban otras tribunas. En las calles que allí desembocaban se apiñaban las multitudes, y las columnas de manifestantes no cesaban de engrosar las filas, algunos con sus bandas de música a la cabeza, tocando sonos revolucionarios.

El venerable jefe del Partido Laborista Independiente, sir Hardie, que se erguía majestuoso en el pedestal del monumento de Nelson, agitando su larga barba blanca, como un profeta bíblico, confesaba ingenuamente aquel día que la declaración de guerra contra Alemania se había preparado a espaldas del Parlamento británico, del cual era miembro activo. A lo que le grité con todas las fuerzas de mis pulmones, encontrándome de pie cerca del pedestal: “¡Lástima de tiempo que habéis hecho perder a los trabajadores con la mentira parlamentaria!”



DOMELA NIEUWENHUIS

Al campo ácrata llegó en forma progresiva y partiendo de los linderos más opuestos, prácticamente, ya que a los 22 años toma su punto de partida en las filas religiosas graduándose de pastor protestante. Rompe con su iglesia después, pasa al socialismo parlamentario y alcanza, finalmente, la escena anarquista de la que no se apartará ya más. Escribirá *Van chriten tot Anarchist* (De cristiano a anarquista) y muchas obras más, siendo la más importante *El Socialismo en Peligro* que Reclus le prologara y que tuviera gran trascendencia en su época. Aferrado sólidamente al antimilitarismo, como Ulises en el palo mayor de su nave, Nieuwenhuis puede resistir victorioso los cantos de sirena del belicismo que lle-

garan a impresionar a un Kropotkin, a un Grave, a un Malato y a su propio conterráneo libertario Cornelissen, y se mantiene firme en su posición condenatoria de la primera conflagración mundial, “mientras tantos hombres se han mostrado —dice Emile Armand—, en el curso de la tormenta, por debajo de lo que nos hacían creer en tiempo tranquilo”. (Del calendario de S.I.A. y *Ruta* de Venezuela, 1966. Texto: Víctor García)

FERNANDO TARRIDA DEL MÁRMOL

Nacido en 1861, de familia acomodada, estudió en Barcelona, luego en Toulouse y nuevamente en la Universidad de Barcelona. En sus primeros años juveniles fue republicano federal, y ya se distinguió por su elocuencia en los centros culturales liberales que frecuentaba. Amigo entrañable de Anselmo Lorenzo, que influyó grandemente en su espíritu, ingresó en la Regional Española de Trabajadores. Los escritos de Bakunin, Kropotkin y Proudhon — como él mismo dice— le hicieron anarquista a los 18 años. Falto de la protección de su padre por esta causa, para continuar sus estudios, debió costeárselos por su propio esfuerzo, dando lecciones que frecuentemente perdía por el terror que sus ideas inspiraban a los padres de sus alumnos. Mas al fin, obtuvo el diploma de ingeniero industrial en Madrid.

De vuelta en Barcelona, participó con ardor y eficacia en el movimiento obrero como brillante orador. Por sus estudios y temperamento, fue uno de los primeros en preconizar el “anarquismo sin adjetivos”, rechazando toda solución parcial; motivo de ardientes discusiones en aquella época entre anarquistas colectivistas y comunistas.

Después de una corta prisión en Montjuich a raíz del atentado de Cambios Nuevos, gracias a los esfuerzos de escritores catalanes, especialmente de Santiago Rusiñol, liberado, marchó a París, donde en unión de Malato y otros anarquistas, organizaron una intensa campaña contra los inquisidores de Montjuich.

Expulsado de Francia a raíz de la ejecución de Cánovas del Castillo por Angiolillo, pasó a Bélgica, refugiándose después en Londres, donde pasó todo el resto de su vida. Allí fue el defensor infatigable de todos los perseguidos de España y Cuba que llegaban incesantemente; entre ellos, Pedro Vallina. Sus campañas contra la tiranía española fueron de la mayor eficacia. Murió prematuramente en 1915. Fue una figura de las más valiosas del anarquismo español.

¡Quién hubiera podido transformar aquella masa humana en un ariete y haber destruido en Inglaterra a los culpables de la guerra, los que habían contribuido a la paz armada y a la carrera de los armamentos, dando a los otros pueblos el ejemplo para que hicieran lo mismo, única manera de acabar de una vez con la guerra!

* * *

Quedaba por resolver la incógnita de Italia, que estaba aliada con Alemania y el Japón, pero esto no tardó en resolverse.

Me encontraba una mañana solo en mi casa, cuando llegó Malatesta y me dijo: “Hoy se decide la actitud de Italia en la guerra, y si la declara contra Inglaterra, estallará una revolución en Italia, para lo cual está preparado un barco en el Támesis para que vayamos los dos a aquel país. Así que no salgas de casa que yo volveré a comunicarte la noticia”. Y volvió un largo rato después y me dijo que no había lugar al viaje, porque Italia no lucharía contra Inglaterra.

Tratándose de un hombre como Malatesta no había que decir una palabra.

Si hubiéramos ido los dos habríamos luchado, no en favor de un Estado, sino por el pueblo italiano para que viviera en una organización anarquista.

* * *

La noche del día de la manifestación celebrada en Trafalgar Square, se reunieron en un salón privado numerosos representantes de las organizaciones revolucionarias de Londres, para discutir la situación en que nos encontrábamos una vez declarada la guerra.

Yo comencé por hacer constar todos los esfuerzos inútiles que habíamos hecho hasta aquí para evitar la guerra: los discursos y las resoluciones de los congresos, así como los escritos antimilitares, habían sido fuego fatuo que no habían servido para nada. Ni habían influido en los gobiernos para evitar la guerra, ni a los pueblos para rebelarse activamente contra los culpables. Dada la agitación formidable que se había manifestado contra la guerra en Londres, podría intentarse la declaración de una huelga general revolucionaria que, si llegara a su mayor intensidad, podría ser de resultados eficaces.

Un distinguido líder obrero nos contestaba, no sin cierta lógica: “Por ahí deberían haber comenzado los obreros alemanes y franceses; pero no lo han hecho, y si lo hiciéramos ahora nosotros solos, lo más que lograríamos a estas alturas sería facilitar la invasión de Inglaterra por los alemanes”.

Su argumento fue reforzado al día siguiente por un suceso desgraciado que nos hizo perder toda esperanza de una rebelión del pueblo inglés, a la que parecía tan propicio.

Algunos cruceros de guerra alemanes, ocultos por las espesas nieblas, atacaron aquella mañana en la costa unos poblados de humildes pescadores, causándoles dos mil bajas, entre muertos y heridos.

Este incidente sirvió a las mil maravillas a los capitalistas ingleses para arreciar su campaña guerrera, y el pueblo a regañadientes aceptó la guerra como un mal al que se veía fatalmente arrastrado.

* * *

Ante el desconcierto reinante, y siendo la declaración de guerra ya un hecho confirmado, como miembro de la Internacional Antimilitarista y de acuerdo con otros amigos, mandé un comunicado urgente a los países beligerantes para que vinieran a Londres a informarles de la situación de cada uno con relación a la guerra.

Vinieron pocos delegados, entre ellos tres alemanes, que nos comunicaron que la causa de la paz estaba perdida en aquel país, porque el partido socialista alemán había respondido en masa a la movilización, cogidas las armas y aceptada la guerra.

Sólo los anarquistas alemanes se oponían a la guerra, pero eran pocos en número y, por lo tanto, impotentes.

Siendo así, los partidos socialistas de los otros países habían seguido la misma conducta de los alemanes, aceptada la movilización y empuñadas las armas para defender sus fronteras.

Los partidos socialistas traicionaban los principios que habían procesado: era la quiebra moral del socialismo político.

* * *

Hubo una época en que los millones de votos socialistas en Alemania despertaron el mayor entusiasmo en el socialismo mundial. En España, los socialistas nos presentaban como modelo la táctica política de los alemanes y se lamentaban que una buena parte del proletariado español, influido por los anarquistas, se apartase de la lucha parlamentaria, que estaba dando tan óptimos frutos.

Y cuidado que Bismarck, el canciller de hierro, había dicho clara y terminantemente: "Las grandes cuestiones de nuestros días no se resuelven en el Parlamento con discursos y votaciones de una mayoría, sino con la sangre y el fuego". Y Bismarck, como han demostrado los hechos, tenía razón. Los que estaban completamente equivocados eran los socialistas "científicos" víctimas de la mayor equivocación.

Gracias a su táctica política fue posible la primera guerra mundial, y sumamos a su cuenta la segunda, pues en vez de educar a las masas obreras de su país en los principios más elementales de la dignidad humana, las convirtieron en rebaños de castrados, buenos únicamente para empuñar las armas a la voz de mando de los tiranos; y gracias a su conducta servil y antisocialista, posteriormente se hizo posible la intervención de Alemania en los asuntos de España, lo que contribuyó a nuestra derrota.

Algunos días antes de declararse la primera guerra mundial, viendo el grave cariz que tomaban los acontecimientos revolucionarios en que nos encontrábamos, convocamos con la mayor urgencia a los representantes del proletariado europeo. La reunión se celebró con la asistencia de delegados de diversos países que pudieron llegar en la fecha señalada, y entre ellos un escaso número de alemanes. Éstos nos informaron seriamente que el partido socialista alemán se negaba a cumplir la consigna dada por los franceses, de "antes que la guerra, la insurrección", y que estaban prestos para empuñar las armas, como un solo hombre, a las órdenes de su emperador. Para ese crimen iban a servir los millones de votos socialistas, que una vez fueron la esperanza de muchos trabajadores del mundo. Sólo podían contarse en aquella crítica situación con unos diez mil hombres para oponerse a la guerra, todos

de tendencias anarquistas, número insignificante entre tantos millones de guerreros alemanes, franceses, italianos, ingleses, rusos y austríacos.

Si los millones de votantes socialistas alemanes hubieran cumplido con su deber y no hubieran traicionado el ideal socialista, se hubieran empuñado las armas, no para apoyar a los enemigos del pueblo, sino para defender los principios de justicia social, entonces aquella guerra no hubiera tenido lugar, ni tampoco nuestra derrota por los fascistas.

Los socialistas alemanes cometieron con su traición el crimen más nefando que registra la historia de la humanidad.

* * *

Copiamos unos párrafos muy oportunos del libro de Rocker *Revolución y Regresión* sobre la conducta de los socialistas alemanes durante la guerra, y que podría aclarar también su intervención en la revolución de su propio país después de la guerra, que con su mentalidad autoritaria hicieron fracasar y despejaron así el camino de la subida de Hitler.

“Se ha intentado frecuentemente atribuir todos esos sucesos a la traición consciente de los jefes socialistas; pero en realidad las causas eran mucho más profundas. Alemania era un país casi sin tradiciones revolucionarias. Los jefes espirituales del socialismo alemán, Marx, Engels y Lasalle, eran, por su manera de pensar, autoritarios declarados y partidarios de un centralismo político, que combatían fundamentalmente todo impulso libertario. De Marx y Engels tomó el proletariado alemán simplemente la creencia en la obligatoriedad del desarrollo económico, que, con todo fatalismo, no podía ser favorable a una revolución del pensamiento; pero Lasalle tomó todo el arsenal de su actuación política, que debía resultarle todavía más funesto. Lasalle fue toda su vida un nacionalista prusiano declarado, que tuvo grandes simpatías por la política exterior de Bismarck, y en su ardiente idolatría estatal intentó poner en armonía los intereses del estado nacional con sus planes de reforma socialista”.

* * *

Lo primero que llamó nuestra atención en Londres, al declararse la guerra contra Alemania, fue el cambio de frente de la prensa más reaccionaria, insertando los llamamientos más demagógicos al pueblo inglés, en el que se le invitaba a empuñar las armas en defensa de la libertad y de la patria, ambas en peligro. Eran periódicos cloacas al servicio de los poderosos del dinero, que siempre han recogido en sus columnas toda la inmundicia de la sociedad.

Por otra parte, los empleados eran empujados por sus patronos para dejar sus puestos, con la promesa que los encontrarían vacantes a la vuelta de la guerra, si por casualidad volvían, y no les quedaban otros recursos que alistarse como voluntarios en el ejército o perecer de hambre.

Y una nube de muchachas recorrían la ciudad reclutando soldados, y los que se resistían a la invitación, eran adornados con una pluma de gallina sobre la solapa, en señal de cobardía.

En pocos días Londres sufrió una transformación completa de ciudad pacífica, obrera, mercantil e industrial, en imponente máquina de guerra. El trabajo útil se fue abandonando por la labor bélica. Los coches ofrecían sus servicios gratuitos hacia los centros de reclutamiento. Los trenes iban abarrotados de hombres con arreos militares. Los parques, plazas, escuelas y grandes locales se convirtieron en lugares de preparación militar. Las mujeres inglesas alternaban los ejercicios religiosos con los de tiro al blanco. En los escaparates de los establecimientos aparecieron por millares grandes rótulos, algunos ornados de flores, de los más feroces guerreros azotes de la humanidad. Las imágenes de los sabios y demás bienhechores del género humano fueron colocadas en los rincones oscuros de los sótanos. El "no matar" del Evangelio fue considerado como frase subversiva. Se apagó todo reflejo de bondad en los espíritus y el odio anidó como víbora en los corazones. La moral humana se desplomó estrepitosamente desde las alturas, y cayó en el lodo y la sangre fue convertida en cenizas.

Entonces vivíamos nosotros con una familia inglesa, compuesta del matrimonio, una hija y tres hijos, estos últimos convencidos socialistas y ateos. Pues bien, los impíos se negaron resueltamente a participar en la guerra, a pesar de las amonestaciones que les hacían los padres y las hermanas, religiosos fanáticos, para que marchasen como voluntarios en defensa de la vieja Inglaterra. Aquellos ateos estaban tan cerca de Cristo como los deístas, siempre con la Biblia a cuevas y la plegaria en los labios, lo estaban el demonio. ¡Y se dice muy formalmente que la religión es un freno contra las malas pasiones!

* * *

La declaración de guerra ocasionó una división en los elementos anarquistas de Londres, aunque en lo más mínimo se alteraron las relaciones fraternales entre ellos. Kropotkin, Tcherkesof y otros se declararon enemigos de la causa alemana y abogaron por su derrota. Igual actitud adoptaron un buen número de compañeros franceses, entre otros Grave y Malato. Aquellos hombres podían estar equivocados, pero creían de buena fe que así servían mejor la causa de la libertad. No les guiaba ninguna ambición de recompensa o mando, y siguieron siendo los espíritus generosos de siempre.

El impresor de la revista anarquista *Freedom*, compañero Keell, que por aquel entonces se publicaba en Londres, rechazó enérgicamente las pretensiones del grupo editor. Kropotkin y algunos de sus amigos, que pretendían convertirla en una publicación al servicio de la causa de los aliados. Keell era un hombre muy modesto y silencioso que llevaba todo el trabajo manual de la publicación. En aquella ocasión se irguió de improviso, rompió con los otros y se incautó de la revista en nombre del ideal anarquista que trataba de vulnerarse. En seguida convocó a los militantes residentes en Londres, entre otros Malatesta, les explicó los motivos de su actitud y les hizo entrega de la publicación.

Los allí reunidos aprobamos unánimemente la conducta de Keell y acordamos publicar un manifiesto antimilitarista contra la guerra, en el que expondríamos nuestros puntos de vista. El manifiesto fue redactado por un anarquista francés, Combe, y yo, retocado por los allí presentes.

Los firmaron los anarquistas más significados que se encontraban en Londres, en nombre de sus respectivos países, y Sebastián Faure mandó su adhesión desde Francia, aunque no pudo firmarlo por lo peligroso de su situación. Es un documento que ha pasado a la historia de nuestro movimiento.

La actitud de muchos antimilitaristas alemanes y franceses, que residían en Londres, fue digna del mayor elogio. Se negaron resueltamente a participar en la guerra, perdieron su trabajo y cayeron en la miseria, pero el espíritu se conservó incólume. Un grupo de compañeros fundamos una cocina comunista en un pequeño salón situado en el centro de la ciudad, donde por el módico precio de diez centavos se servía una comida que consistía en un tazón de sopas, legumbres y carne. Cuando el odio más feroz reinaba en la calle, aquellos alemanes y franceses se unían en un estrecho abrazo y se agrupaban en su desgracia. Unas veces era un alemán el que pagaba la comida de un francés sin recursos, otras veces era un francés el que facilitaba los diez centavos a un alemán necesitado. Al mismo tiempo, en el barrio judío, funcionaba otra cocina comunista parecida, aunque con más amplitud. Todos los días tenía la costumbre de pasar un rato por la cocina comunista para reconfortar mi espíritu con tan magnífico ejemplo. Una vez me dirigía allí, cuando desde una panadería vecina me hicieron señas para que me acercara. “Pase usted al despacho y aguarde un poco —me dijo la panadera—, pues la policía ha invadido el local y pudieran molestarle”. Y en efecto, al poco rato salía una larga columna de antimilitaristas alemanes y franceses, encuadrados por un pelotón de policías armados, acusados del grave crimen de amarse como hermanos, en vez de degollarse como bestias feroces.

Desfilaron con la frente alta y la sonrisa en los labios, no como reos de alta traición, sino como guardadores de la moral humana, que había sido destruida por pasiones insanas y por la ferocidad capitalista. Fueron a parar a los campos de concentración y los perdimos de vista para siempre; pero muchas veces, en nuestros sueños generosos, se nos aparecen sus rostros bondadosos y enérgicos.

* * *

En el momento más crítico de la situación aquella, llegó a mi casa un hombre joven alto, fornido, de pelo rubio y de mejillas rosadas; tenía el tipo evidente de un francés. Me fijé atentamente en él y exclamé: “¿Manuel Devaldés?” “Soy el mismo —me dijo—, y como toda mi vida he escrito contra la guerra y en favor de la paz, en este momento decisivo quiero sostener mis ideales a costa de mi libertad y de mi vida, si fuera necesario”. Y allí lo alojamos de todo corazón, como se han alojado siempre los que han llamado a mi puerta. Manuel Devaldés traía la documentación de un compañero español y con mucho peligro de ser descubierto y fusilado llegó hasta allí. Un hombre en tales circunstancias no podía estar sin ocupación, sin que se hiciera sospechoso y fuese detenido por la policía. Entonces lo colocamos en un restaurante en el trabajo más humilde que había, en el lavado de platos. Pero como no sabía una palabra de español y podía ser descubierto, le dábamos todas las noches al salir de su trabajo un curso de urgencia para que aprendiera lo más necesario en su nueva ocupación. Y aquella mano que había manejado una pluma maravillosa en defensa de la verdad, entonces le servía para lavar platos sucios de

un restaurante: ¡labor más hermosa que mancharse las manos con la sangre de sus semejantes en los campos de batalla!

El tiempo que estuvo a mi lado conservó la serenidad de espíritu y la satisfacción de conducirse como un hombre completo.

* * *

La actitud de Manuel Devaldés no fue seguida por muchos, y un buen número de anarquistas tomaron voluntariamente las armas, excitados por la más inflamada propaganda guerrera. Recordamos a un compañero francés, llamado Volé, que residía en Montevideo y que dejó allí a su compañera y cuatro hijos pequeños para participar en la guerra. Al pasar por Londres estuvo a visitarme y no ocultó su extrañeza al encontrarme en actitud pacifista. Según aquel inolvidable compañero, había que sacrificarse para ganar la guerra, que sería la última en el mundo. ¡Cuántos murieron pensando lo mismo, espíritus idealistas y generosos, engañados por la nobleza de su corazón!

Si hoy fuera posible que volvieran a la vida, que tan estérilmente perdieron, se darían cuenta que aquella no fue la última guerra, sino la penúltima, y a las que le sigan.

* * *

Florentino Gómez, del pueblo de Abarán, Murcia, era un querido amigo común de Nicolás Salmerón y García y mío, que pasaba la mayor parte del tiempo ocupado en un negocio de frutas, enviadas desde España. Era médico, pero había dejado de ejercer su profesión a causa de una hemotisis que tuvo y que lo llenó de pavor. En Londres trabajaba poco y se limitaba a gestionar la venta de frutas que le enviaban sus hermanos, con los cuales estaba en compañía.

Cuando se declaró la guerra, como los viajes eran peligrosos, decidió venir a vivir a mi casa, con una niña que tenía educando en un colegio de Londres.

Un día que nos paseábamos aburridos por las calles de la capital, vimos un grupo de hombres apiñados en la puerta de un local, que nos dijeron era un centro de reclutamiento de voluntarios para la guerra, que por cierto me era de nombre conocido. Estaba dirigido por un aventurero inglés, que había estado en la guerra del Transvaal y organizaba ahora una columna de voluntarios para llevarlos a la guerra que acababa de empezar.

Considerando un deber aliviar los sufrimientos de las víctimas de la matanza, entramos en la oficina de reclutamiento y nos aceptaron para sanidad militar. A Florentino Gómez, como era de más edad, le nombraron capitán, y a mí oficial, y nos destinaron al local de una escuela donde se practicaban ejercicios militares y de primeros auxilios a los heridos.

Pasó el tiempo y la columna en organización gozaba de poco crédito a causa de la incapacidad del individuo que la dirigía, y mientras yo estuve en Londres, no intervine absolutamente en la guerra.

En aquellas circunstancias tuve noticias de que se había otorgado en España una amnistía general, que la confirmaba mi madre en una carta, diciéndome que fuera lo más pronto posible a su lado.

Entonces decidí acogerme a la amnistía, tanto para ver a mi madre como para tomar parte en la lucha revolucionaria que iba a tener lugar contra la monarquía.

